

# encrucijadas del tiempo

RECOPILACIÓN DE  
GROFF CONKLIN



Lectulandia

Contiene los siguientes relatos:

- *Presunción injustificada*. Hal Clement (*Assumption Unjustified*, 1946)
- *Reunión de águilas*. Joseph H. Kelleam (*The Eagles Gather*, 1942)
- *El astrólogo de la reina*. Murray Leinster (*The Queen's Astrologer*, 1949)
- *Taxidermia loca*. Theodore Sturgeon (*Derm Fool*, 1940)
- *Cortesía*. Clifford D. Simak (*Courtesy*, 1951)
- *Secreto*. Lee Cahn (*Secret*, 1953)
- *Dios sediento*. Margaret St. Clair (*Thirsty God*, 1953)
- *La mutación del hermano*. Fritz Leiber (*The Mutant's Brother*, 1943)
- *Brigada de estudio*. F. L. Wallace (*Student Body*, 1953)

**Lectulandia**

AA.VV.

# **Encrucijadas del tiempo**

ePub r1.0

chungalitos 25.07.14

Título original: *Crossroads In Time*

AA.VV., 1953

Traducción: M. Giménez

Editor digital: chungalitos

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

La antología original en inglés (*Crossroads in Time*) fue dividida en dos partes por la editorial española, siendo la otra parte *Encrucijadas del espacio*. La fecha de publicación indicada corresponde a la edición original.

# INTRODUCCIÓN

No hace mucho tiempo, un artículo de una revista científica describía algunos de los más sensibles y complicados ingenios de control remoto empleados en las plantas de energía atómica. En aquella descripción de los instrumentos, a éstos se les denominaba *waldos*. Éste, naturalmente, no es más que un cariñoso apelativo, de carácter familiar, que no conserva ninguna relación con los nombres específicos, mucho más etimológicos. Sin embargo, creo que este apelativo es muy usado por los científicos y técnicos que se ocupan de los aparatos de control remoto. No tratan de definir el término; no es necesario. La mayoría de ellos sabe que fue inventado en un relato de ciencia ficción de Robert A. Heinlein, en 1942, cuando creó, literalmente, un aparato similar, aunque no radiactivo.

En la novelita de Heinlein, *Waldo*, el protagonista, es un hombre que padece de distrofia muscular, o sea un fallo casi completo de los músculos de su cuerpo. Para sobreponerse a los efectos de su dolencia, Waldo, un hombre acaudalado e inventor de solera, crea y construye una estación espacial para un solo hombre, donde existen todos los lujos... pero no la gravedad. Sin la condición de la gravedad, la distrofia muscular resulta prácticamente de poca importancia, ya que los objetos no pesan y Waldo puede moverse sin esfuerzo. Sin embargo, tiene que controlar a aquellos: empezar a moverlos cuando los necesita, guiarlos y detenerlos; ya que incluso los objetos situados en los espacios faltos de gravedad conservan su inercia y se necesita cierto esfuerzo para ponerlos en movimiento y detenerlos. A este fin, Waldo inventa unas máquinas de control muy complicadas: las *waldos*; que le posibilitan la vida en su luna particular.

De aquí nació el nombre de waldo aplicado a las instalaciones de energía atómica que realizan operaciones similares.

Existen otros muchos términos empleados en la ciencia ficción, que han sido asimilados por la técnica espacial y que están en la memoria de todos los aficionados al género. Gran parte de los mismos aparecerán ante los ojos del lector en las siguientes páginas. Que en las mismas halle el buen aficionado a los relatos de ciencia ficción motivo de esparcimiento e interés es lo que sencillamente desea.

Groff Conklin

# *Presunción injustificada*

HAL CLEMENT

*"¿Qué pensaríamos si, en calidad de ciudadanos de un Imperio Galáctico, llegásemos a un pequeño planeta de un sol de escasa importancia y halláramos una civilización en proceso de desarrollo... pero muy atrasada con respecto a nosotros, aunque reconocible? Nuestra guía turística podría mencionar el planeta, pero a nosotros nos sorprendería ver que sus datos están ya pasados de moda; porque la civilización del mismo se ha desarrollado con excesiva premura.*

*Bien, esto es lo que sucede cuando Trykar y Tess llegan a la Tierra. Ambos nos visitan como turistas, procedentes de un sistema estelar muy distinto, y también para recoger ciertas... provisiones.*

*El brillante colorido con que Hal Clement ha hecho posible que nos contemplemos a nosotros mismos a través de los ojos de estos visitantes no humanos, convierte esta novela en uno de los relatos más inolvidables de toda la moderna literatura futurista o de anticipación.*

*Hal Clement es un científico que se dedica a la enseñanza de la biología. Nacido en Nueva Inglaterra, vive en la actualidad en Albuquerque, Nuevo Méjico. Su primera novela de ciencia-ficción apareció en 1942."*

Trykar observó el resplandor que delimitaba el tronco del pino y enviaba una sombra imprecisa al lugar donde él se hallaba tendido, y comprendió que a partir de aquel momento debía conducirse con extremada prudencia. Claro está, halló seres vivos cuando se abrió paso a través de las tinieblas por la ladera de la frondosa montaña; pero se trataba de pequeños e inofensivos animales que huyeron precipitadamente cuando los sonidos denotaron su tamaño o el olor que daba a entender su extraña procedencia llegó a sus olfatos. La luz artificial, sin embargo, que él y Tess habían vislumbrado desde la cumbre del monte y que ahora se hallaba casi a sus plantas, significaba inteligencia, y la inteligencia significaba... cualquier cosa.

Sentía lo ridículo de su postura. La idea de tener que ocultar no sólo sus intenciones, sino su propia existencia a unos seres inteligentes, por fuerza debía parecerle estúpida a un miembro de una cultura que abarca literalmente millares de razas físicamente diferentes, por lo que sentía grandes impulsos de ponerse de pie y andar abiertamente por la calle principal del pequeño poblado del valle. Resistió la tentación, en particular, porque no era esperado; la guía afirmaba que tal reacción cabía dentro de lo probable... y prevenía en contra de ceder a la misma.

Por lo tanto, reemprendió su avance arrastrándose por el suelo, colina abajo, hasta que llegó junto al árbol. Pegándose al tronco, ocultos los dos metros y medio de su cuerpo, dejó oír la señal convenida de antemano con Tess por el pequeño telecomunicador que llevaba, y empezó a examinar atentamente el pueblo y el terreno que se extendía entre él y las primeras casitas.

No era un poblado grande. Moraban en el mismo unas tres mil almas, aunque Trykar no estaba familiarizado suficientemente con los seres humanos para calcularlo por el número de edificios. Supuso que algunas construcciones no debían ser viviendas; la finalidad de la estación del ferrocarril se le apareció completamente clara cuando un tren entró en la misma renqueando y otro salió velozmente en dirección norte. La mayor parte de las luces se hallaban concentradas en unos cuantos bloques de casas de la estación, y fue sólo en esta zona donde Trykar divisó las móviles figuras de los seres humanos. Unas cuantas ventanas iluminadas y unos faroles callejeros era todo lo que indicaba las dimensiones del pueblo.

Sin embargo, había otro centro de actividad. Cuando el rugido del tren murió en la distancia, un zumbido rítmico se dejó oír en los órganos auditivos de Trykar. Parecía proceder de su derecha, de la parte de población más próxima a la falda de la montaña. Asomándose por detrás del árbol, no consiguió distinguir nada en dicha dirección, pero un hecho que antes había sólo anotado subconscientemente se le presentó de pronto en su cerebro.

Sólo a unos metros más abajo, la ladera descendía abruptamente en una especie de acantilado que parecía, en las tinieblas reinantes, extenderse durante cierta distancia a cada lado del lugar donde estaba Trykar. La maleza que cubría la ladera

llegaba hasta el mismo borde del barranco, por lo que el extraño ser volvió a tenderse y a arrastrarse por el suelo hasta que pudo mirar por el precipicio. Esto no le solucionó gran cosa el asunto, ya que la oscuridad era punto menos que impenetrable, pero los sonidos le resultaron algo más claros. Decididamente, procedían de su derecha y más abajo; y al cabo de un instante de vacilación, Trykar comenzó a serpentear a lo largo del reborde del barranco en aquella dirección. Los arbustos, que en aquel sitio crecían más espesos le molestaban al avanzar, ya que la flexibilidad de su cuerpo, que no era más grueso que el de un ser humano, se veía obstaculizado por los grandes apéndices triangulares que en forma de aletas sobresalían medio metro a cada lado de su cuerpo. Sin embargo, dichos apéndices eran también flexibles, compuestos de materia cartilaginosa, por lo que consiguió adaptarse a aquella incómoda manera de trasladarse.

Habría avanzado unos cien metros cuando vio que el borde del barranco se curvaba hacia fuera y abajo, como si fuese el labio de un pozo irregular cortado en la montaña. Esta impresión quedó fortalecida cuando la curva derivó hacia la izquierda, más lejos del origen del sonido que Trykar deseaba investigar, pero continuó siguiendo por el borde hasta llegar a su punto más inferior, que debía hallarse directamente bajo el lugar por donde él se asomó antes. Entonces empezó a sentirse profundamente interesado.

A la izquierda de Trykar —o sea, dentro del pantano—, la caída del agua era perfectamente audible; y al mismo tiempo los arbustos y las rocas irregulares desaparecieron, por lo que se halló en lo que no podía ser más que una carretera mal conservada. Al principio no se dio cuenta de su condición, pero a los pocos pasos halló un reguero que cruzaba el camino, dentro de una especie de zanja profundamente excavada en la tierra. Investigando este curso de agua, descubrió que su fuente era la excavación en forma de pozo, que aparentemente se hallaba llena de agua hasta el nivel del camino. Con creciente entusiasmo, Trykar vio que el agujero tenía unos ciento cincuenta metros en la dirección que corría paralelamente al plano de la montaña, y durante su descenso vio que se hallaba lleno hasta la mitad en la otra dirección. De ser bastante profundo... Estaba a punto de entrar dentro del agua que estaba investigando, cuando se acordó del telecomunicador que podía quedar dañado si se mojaba, y de su promesa a Tess de no separarse del mismo. En vez de investigar en el pantano, retrocedió, siguiendo el camino hacia los sonidos que antes habían despertado su curiosidad.

Su avance, con sus piernas ridículamente cortas para su estatura, no fue rápido. A los quince minutos había pasado por otros dos pantanos llenos de agua, y se acercó a un tercero. Éste pudo examinarlo con más detalle que los otros dos, aunque sin aproximarse tanto, ya que el camino en aquel punto, y asimismo el agua, estaban iluminados por el primer farol del pueblo. Unos metros más adelante, al lado del

camino opuesto a los embalses, empezaban a ser visibles las casas iluminadas, por lo que Trykar se detuvo a meditar.

El sonido procedía evidentemente del interior del pueblo. Si continuaba investigando, no sólo tendría que pasar por sitios iluminados, sino que cabía esperar una concentración de seres humanos. Por otra parte, como su piel era de color oscuro y las luces no abundaban, y él sentía gran curiosidad respecto a los sonidos que continuaban sin interrupción, supuso que aunque topara con algún ser humano, con un poco de suerte éste no llegaría a enterarse. Por lo tanto, Trykar decidió seguir avanzando con la máxima circunspección.

Escogió el lado de la carretera opuesto a los pantanos, primero porque allí eran más densas las tinieblas, y segundo, porque le procuraba más amparo en forma de setos y cercas delante de las casas, que ahora comenzaban a ser más numerosas. Andaba, con su paso afectado, muy cerca de aquéllas, erguido en toda su estatura y dejando que sus grandes e independientes ojos, asentados a cada lado de su cabeza rígida y sin cuello, girasen constantemente a todas partes. De esta forma pasó por delante de otro pozo, pero a un centenar de metros más adelante, al lado derecho, apareció un muro que le obstaculizó la visión de todo lo demás, si es que existía algo más. Era una valla, sólidamente construida, y rebasaba en más de medio metro la altura de Trykar. Los sonidos parecían proceder de un lugar detrás de aquella barrera, pero bastante más lejos.

Habiéndose adentrado tanto, el extraño ser fue lo bastante sensato como para disgustarle la idea de gastar en vano sus esfuerzos. Cruzó el camino por un punto situado entre dos faroles. Entre los pantanos, la falda de la montaña cubierta de maleza llegaba casi hasta la calle, por lo que Trykar volvió a tenderse de nuevo para aprovecharse del refugio ofrecido por la maleza mientras avanzaba al extremo más cercano del muro. Esperaba hallar acceso al otro lado de la barrera, pero vio que, en vez de empezar donde primero le fue visible, el sector que corría a lo largo del camino no era más que una prolongación de una estructura similar que descendía desde la montaña, y Trykar consideró que era una pérdida de tiempo rodear toda la valla hasta tener la ocasión de hallar una abertura.

Volvió a incorporarse y miró cuidadosamente a su alrededor. Todo parecía desierto. Aplastándose contra las tablas de la cerca, levantó un miembro, logrando que las puntas de sus cuatro delgados tentáculos se curvaran sobre la parte superior de la valla. Los apéndices, incluso en su unión con el cuerpo, no eran más gruesos que el pulgar de un hombre, ya que en realidad eran, anatómicamente, partes separadas de las grandes aletas laterales y no piernas y pies modificados para un uso prensil; a menos que pudieran curvarse completamente sobre un objeto no tenían tanta fuerza como la mano o el brazo humanos. Trykar, sin embargo, dejó que su cuerpo se doblara en forma de S y de repente se enderezó, saltando hacia lo alto. Al

mismo tiempo ejerció poderosa fuerza con sus delgados miembros. El esfuerzo resultó suficiente para llevar la parte superior de su cuerpo a lo alto de la cerca y durante los pocos segundos que fue capaz de sostenerse en aquella posición vio lo bastante como para satisfacerle.

Había otros dos pantanos al otro lado de la valla, levemente iluminados por luz eléctrica. Prácticamente no contenían agua, y eran muy profundos... El más próximo, cuyo fondo era visible para Trykar, se hallaba a más de sesenta metros del lindero de los bloques de piedra sueltos que yacían en lo hondo. Los pantanos eran canteras, con toda seguridad. Los bloques de piedra y los instrumentos, así como las innumerables caras lisas de los muros de granito lo pregonaban con toda claridad. Los ruidos que despertaran la curiosidad de Trykar procedían de las máquinas situadas en el fondo del pantano más cercano, y la existencia de unas amplias tuberías que salían de las mismas, así como la completa ausencia de agua, le indicaron que se trataba de bombas.

Pudo realizar otra deducción por la ausencia de agua. Estos seres humanos eran estrictamente de respiración aérea, lo cual ya se lo había informado la guía turística a él y a Tess, de lo cual se infería que los pantanos que se hallaban en la falda de la montaña, y que estaban llenos de agua, no se utilizaban. Si esto era así, uno de ellos sería un lugar ideal para esconder la nave.

Ante este pensamiento, Trykar volvió a bajar al suelo. Flexionó su cuerpo un par de veces para aliviar el dolor que sentía en el lugar donde las tablas de la valla habían penetrado en su carne, y empezaba a extender sus tentáculos con el mismo propósito cuando de pronto se inmovilizó. A sus espaldas, en la carretera por la que había venido, apareció un resplandor amarillento que fue creciendo de intensidad rápidamente, tanto, que antes de poder moverse el origen de la luminosidad estaba a la vista rodeando la última curva del camino y Trykar se quedó como clavado en la valla por los focos de los dos faros de un automóvil.

Cuando el vehículo llegó al sector recto de la calle la luz lo abandonó, pero Trykar comprendió que había estado expuesto a plena luz durante unos segundos. A medida que el coche se le acercaba contuvo la respiración, y tan pronto como el vehículo hubo pasado corrió montaña arriba durante unos treinta metros, buscando refugio entre los matorrales, tendiéndose después con la máxima inmovilidad posible para su cuerpo. Escuchó atentamente mientras el ruido del motor se iba desvaneciendo en la distancia, hasta que pudo exhalar un suspiro de alivio. Evidentemente, aunque fuese inverosímil, el ocupante o los ocupantes del auto no le habían visto.

No se le ocurrió que, aun cuando el conductor hubiese reparado en la extraña figura de Trykar a la luz de los faros, parara el coche para investigar de qué se trataba hubiera sido la última cosa del universo que hubiera hecho. El mismo Trykar, y todas

sus amistades —que no se hallaban limitadas ni mucho menos a su propia raza—, hubiesen considerado este asunto de la misma manera.

Estaba un poco trastornado por aquel suceso. Hubiera debido anticiparlo, naturalmente y, por lo tanto, había sido una estupidez escalar la valla tan cerca de la carretera; pero lo que habría sido evidente para un soldado, un detective o un ladrón no entraba dentro de la esfera de actividades diarias de un investigador de química en su luna de miel. Si Trykar hubiese sabido algo respecto a la Tierra antes de emprender aquel viaje, no se habría acercado siquiera al planeta. Lo único que había observado era que se trataba de una estación de refresco cercana a la ruta directa hacia el mundo que él y Tess habían planeado visitar durante aquellas vacaciones; y hasta que no cortó la órbita de Mercurio no se molestó en enterarse de más detalles. Éstos no eran demasiado alentadores, pero un rodeo habría consumido casi todo su período vacacional en el vuelo, y como Tess dijera, lo que otros habían ya hecho, ellos también podían llevarlo a cabo. Trykar sospechaba que su flamante esposa tenía una idea exagerada de sus habilidades, pero no opuso ninguna objeción. Y aquí estaban.

El coche le produjo un buen efecto a Trykar, ya que se tornó mucho más prudente. Tras haber satisfecho su curiosidad respecto a los sonidos, comenzó a retroceder hacia la nave, donde se hallaba Tess, pero esta vez permaneció muy apartado de la carretera, moviéndose en línea paralela a la misma, hasta que los abandonados pantanos, o antiguas canteras, le impidieron avanzar en tal sentido. Entonces dejó el bosque y descendió por la ladera sólo lo suficiente para permitirle penetrar en el agua sin chapotear. Nadó rápidamente, manteniendo el comunicador fuera del agua con un tentáculo, y emergió para continuar andando. Perdió el menor tiempo posible, ya que el pantano que acababa de atravesar era uno de los relativamente bien iluminados por un farol.

En el siguiente, sin embargo, perdió más tiempo. En vez de llevar el comunicador consigo, lo escondió bajo un arbusto próximo a la carretera y desapareció por completo bajo el agua. En el interior de aquella masa líquida reinaba la más completa oscuridad, por lo que tuvo que confiar exclusivamente en su sentido del tacto, y recordando lo que había visto respecto a los muros de granito de las canteras, no se atrevió a nadar con rapidez por miedo a romperse la crisma en una roca. En consecuencia, tardó media hora en obtener una buena idea del pantano como escondite. El veredicto no fue muy bueno, aunque plausible. Finalmente, Trykar saltó al suelo, recogió su comunicador y continuó hasta el pantano siguiente.

Pasó varias horas examinando los grandes pantanos. En total eran siete; dos estaban en pleno uso, rodeados por la valla, destinados a canteras, completamente secos; uno era inutilizable debido al farol callejero, por lo que quedaron cuatro que le llamaron la atención. El primero encontrado era en realidad el último y más alejado

del pueblo; pero fue el contiguo el que le resultó más conveniente. No sólo era el que se hallaba más apartado de la carretera —unido a la misma mediante un sendero de veinte metros hasta el borde del agua—, sino que estaba excavado a unos diez metros bajo la superficie del terreno, en la ladera de la montaña. La hondonada no era del todo suficiente para ocultar por completo la nave, pero sería una buena ayuda. Trykar se sintió completamente satisfecho cuando surgió por segunda vez de este posible escondite. Tras recuperar su pequeña cajita comunicadora, efectuó la señal con la que avisaba a Tess su regreso. Después, sostuvo el aparato levantado hacia el monte, moviéndolo lentamente de lado a lado y de arriba abajo, hasta que una platina hexagonal de la caja resplandeció súbitamente con una luminosidad roja. Satisfecho al saber que encontraría la nave, el extraño ser inició la ascensión.

Poco antes de penetrar en el espeso bosque más arriba de los pantanos, miró otra vez hacia el pueblo. Prácticamente, todas las casas estaban ya a oscuras, pero la estación seguía iluminada, lo mismo que los faroles de las calles. Las bombas de las canteras todavía zumbaban, y satisfecho por no haber creado ningún conflicto con su presencia, Trykar reemprendió su ascensión.

Sus cortas piernas tardaron mucho tiempo en apartarle del fondo del valle y trasladarle hasta lo alto del monte donde se hallaba la nave. Había esperado poder esconderla antes de que naciese el nuevo día, pero mucho antes de llegar a la cumbre abandonó tal plan. Al fin y al cabo, la nave era invisible hasta que una persona llegaba al borde de la hondonada donde se hallaba, y Trykar estaba prácticamente seguro de que ningún ser humano visitaría tal lugar... aunque la guía mencionaba que los terráqueos todavía cazaban animales salvajes por deporte y procurarse el sustento. Él y Tess podrían alternar turnos de vigilancia en cualquier caso, y si se acercaba un cazador... ya adoptaría las medidas oportunas.

Dos veces durante la ascensión hizo uso del comunicador, preguntándose constantemente por qué tardaba tanto en llegar. A la tercera, sin embargo, la platina resplandeció con más fuerza, por lo que emprendió la dirección indicada en vez de limitarse a seguir subiendo. Tardó otra media hora en localizar la nave, pero por fin llegó a bordo del barranco y divisó la brumosa radiación que surgía de la parcialmente abierta puerta de la escotilla. Se deslizó por la pendiente y penetró en la nave por la rampa de metal.

Tess se hallaba junto a la escotilla, con la ansiedad reflejada en su semblante.

—¿Qué estuviste haciendo? —le preguntó—. Capté tu señal de regreso, y comencé a enviarte señales, pero has tardado tanto que empecé a preocuparme. No llevas armas y no estamos seguros de que todos los animales de la Tierra teman atacarnos.

—Todas las criaturas que he visto, huían de mí —le aseguró su esposo—. Naturalmente, no sé si alguna atacaría a un terráqueo de mis dimensiones. Pueden ser

sólo herbívoros; pero de todos modos, ya sabes que podríamos encontrarnos en un conflicto por llevar armas en un planeta de baja cultura. De todas formas, he hallado un escondrijo ideal para la nave, muy cerca del pueblo. Si no estuviese tan cansado, podríamos llevarla allí ahora mismo, pero opino que será preferible aguardar a mañana noche. Todo el asunto nos costará varios días planetarios.

—¿Has visto a algún representante de una raza inteligente? —quiso saber Tess.

—No exactamente —replicó Trykar.

Acto seguido le contó su encuentro con el automóvil, mientras ella le preparaba la comida, y entre dos bocados le fue describiendo la hondonada acuática donde planeaba esconder la nave y desde donde podrían efectuar las salidas necesarias. Tess se entusiasmó, aunque todavía estaba ignorante del método que Trykar emplearía para obtener lo que necesitaba de un ser humano sin que éste se enterase de la presencia extraña. Su esposo le sonrió.

—Como dijiste, ya se hizo antes —observó—. Ahora voy a dormir; hacía años que no me sentía tan agotado. Mañana te lo explicaré todo.

Se levantó, metió los utensilios de la comida en la lavadora y se dirigió a su dormitorio. Los tanques ya estaban llenos, y se deslizó dentro sin el menor chapoteo, quedándose dormido antes de que el agua le ocultase por completo. Tess siguió su ejemplo.

No había exagerado su fatiga. Durmió hasta mucho después de estar levantada su mujer y haberse desayunado. Ella se hallaba en la biblioteca leyendo nuevamente los capítulos dedicados a la Tierra y sus habitantes, cuando él apareció. Uno de sus ojos giró hacia arriba mirando a Trykar.

—Al parecer, esos seres humanos son lo bastante primitivos como para mostrar una marcada tendencia a la superstición, achacando todo lo que no comprenden a una intervención sobrenatural. ¿Tratarás de disimular tus actividades en este sentido?

—No pienso realizar ningún esfuerzo específico en tal dirección —contestó él—, aunque podría ocurrir la reacción que han mencionado. Comprenderán que ha sucedido algo fuera de lo normal, cosa que no veo cómo puedo evitar, a menos que tengamos una suerte extraordinaria y tropecemos con un individuo que no pueda ser echado en falta por sus congéneres en uno o dos días. Estoy seguro, sin embargo, de que un empleo juicioso de un anestésico impedirá que el sujeto inquiera datos que le permitan llegar a conclusiones desdichadas. Si me dejas esta guía unos momentos, intentaré hallar qué es lo que puede afectar a sus sistemas.

—Creo que tenemos muy pocas drogas, y ningún anestésico —objetó Tess.

—Cierto; pero poseemos bastantes productos químicos y reactivos. Recuerda cuál es la ocupación de tu marido, querida.

Cogió el libro, sonriendo, y se instaló en una percha. Leyó silenciosamente durante diez minutos, hojeando el libro rápidamente atrás y adelante de una manera

que sugería que sabía qué estaba buscando, pero que hacía muy difícil para su esposa la lectura por encima de su hombro. Sin embargo, no dejó de intentarlo. Por fin, Trykar se detuvo varios minutos en una misma página. Luego levantó la mirada.

—Creo que esto nos ayudará —declaró—. He de ver si tenemos materiales necesarios. ¿Quieres ver a un químico trabajando, querida concertista?

Ella lo siguió, claro está, contemplando absorta cómo su marido iba realizando el inventario de lo que llevaban en calidad de productos químicos, midiendo, mezclando, combinando, calentando y enfriando, destilando y recolectando; la joven poseía cierto conocimiento de las ciencias físicas, pero ahora pudo apreciar que su esposo, en su trabajo, era un artista tan bueno como ella en el suyo. Era este conocimiento, compartido por algunos, de este lado de su carácter, lo que la había llevado a casarse con él, un individuo considerado por todas sus amistades como anodino, aparte de su ciencia.

Trykar conectó el agotado tubo de su última destilación a una pequeña bomba rotatoria, confinando el gas resultante en un cilindro que podía ser transportado con facilidad. Incluso Tess comprendió el significado de esta última operación.

—¿Si es un gas, cómo piensas administrarlo? —preguntó—. A juzgar por los retratos, estos seres humanos son mucho más fuertes que nosotros. No nos será posible ponerles una mascarilla en el rostro, y no sabemos si un chorro de gas puede ser práctico a distancia. ¿Por qué no empleas un líquido o un sólido soluble que pueda usarse con una flecha, por ejemplo?

—Cuanto menor sea el equipo que llevemos, mejor para nuestro asunto —replicó Trykar—. Si el aire está relativamente inmóvil y no llueve, podré lograr que este gas sea absorbido en una aspiración. Ya se ha hecho antes en este planeta. Tendrías que prestar más atención a lo que lees —giró los ojos hacia su esposa—. ¿Nunca has hecho una burbuja?

Tess permaneció quieta un momento, meditando. Por fin se iluminó su semblante.

—Claro. Ahora te entiendo. Y pasando a otra fase del problema, ¿cómo y cuándo hallarás a un ser humano solo?

—Nos ocuparemos de esto después de haber movido la nave. Tendremos que estar al acecho uno o dos días, para aprender algo de sus costumbres en este distrito, ya que el libro no ayuda mucho en tal sentido. Si un cazador o un viajero solitario se nos acerca bastante, el problema se solucionará por sí mismo; pero no podemos contar con esto. Hasta ahora he hecho cuanto he podido, querida. Tendremos que esperar a que anochezca para mover la nave.

—Está bien —se conformó Tess—. Voy a salir un poco; nuestra vista del planeta a pleno día fue hecha desde mucha altura. Aunque no podamos acercarnos a los pequeños animales, pueden haber plantas o rocas, o sólo un paisaje, que valga la pena contemplar. ¿Vienes?

Trykar asintió, con la condición de que ninguno de ambos se alejaría mucho de la nave. Estaba perfectamente enterado de sus limitaciones en un ambiente sin civilizar, y sabía que cualquiera podía acercárseles sin que se diesen cuenta. Al aire libre podían enfrentarse con innumerables peligros; con la nave y su equipo a mano, siempre podrían adoptar ciertas medidas.

Salieron juntos, dejando abierta la escotilla, aunque podía cerrarse y abrirse eléctricamente, pero Trykar había leído el caso de un individuo que en una situación semejante regresó a la nave descubriendo que la fuerza eléctrica no existía ya por haberse fundido un fusible, dejándole en una posición verdaderamente embarazosa. El cielo estaba encapotado, como desde que habían llegado, pero había ciertas señales indicadoras de que el sol deseaba asomarse. El bosque estaba húmedo, lo cual resultaba muy incómodo para los seres espaciales. La temperatura era, desde su punto de vista, fría; pero no desagradable.

Había mucha vida animal. Aunque ninguno de los diminutos seres permitió que se les acercasen, pudieron examinarlos con bastante detalle; las células de la retina eran menores que las de los ojos humanos, pero sus órbitas eran tres veces mayores, lo cual les permitía distinguir claramente objetos para los que un ser humano necesitaría una lupa. La vida de los pájaros era de particular interés para Tess; tal clase de criaturas no existía en su planeta, por lo que realizó una buena colección de plumas.

El animal más grande que divisaron fue un ciervo. Éste los vio en el mismo instante de pie al borde de un precipicio, en un lugar sombreado por copudos árboles; los contempló fijamente medio minuto tratando de digerir aquel nuevo factor en su existencia. Después, cuando Tess realizó un leve movimiento hacia el animal, éste dio media vuelta y, saltando desapareció al momento por el abismo. Ambos apresuraron el paso hasta el lugar donde había estado, esperando echar una ojeada final a tan hermoso ejemplar pero tardaron demasiado, por lo que nada era visible entre los árboles cuando llegaron al lugar. Tess se volvió a su compañero,

—¿Por qué no es posible utilizar un animal como éste? Sería posible no perjudicarlo y debe ser semejante a los seres humanos.

Trykar movió una aleta negativamente.

—Yo soy químico, no biólogo, y no lo sé. Pero creo que tiene algo que ver con el grado de desarrollo del sistema nervioso del donante. Puede parecer extraño que esto afecte a su sangre, pero así es... Recuerda que cada célula del cuerpo de un ser, tiene los cromosomas y los genes, y lo que sea, que los biólogos conocen, lo cual hace teóricamente posible que nazca un nuevo animal de la misma especie de cualquiera de dichas células. No creo que se haya logrado todavía —añadió con cierto humorismo—, ¿pero quién soy yo para saberlo?

Tess le interrumpió con el gesto.

—Dime, Trykar, ¿este zumbido que oigo es producido por las bombas? Me sorprende que pueda oírse desde aquí. Escucha.

Trykar la obedeció, meditando un instante hasta que por fin hizo un ademán negativo.

—Es una máquina, pero no sé cuál. No creo que esté en la falda de la montaña, ya que la oiríamos más directamente. Puede hallarse entre los montes... no muy lejos, claro, y su eco nos confunde. Podría ser un avión, porque suena muy alto y... ¡cuidado! ¡No te muevas, Tess!

Se inmovilizó de repente y su esposa siguió su ejemplo. En el momento en que su advertencia era pronunciada, el zumbido creció hasta llegar a ser un rugido estruendoso que, por fin, tenía una dirección definida. Los ojos de los seres espaciales giraron hacia arriba para seguir la forma alada y plateada que cruzaba por el cielo, a unos doscientos metros más arriba de sus cabezas.

El piloto del A-26 no vio a aquellos extraños seres ni a su nave. Pasó directamente por encima de ésta, por lo que quedó fuera de su alcance visual, y aunque Trykar y Tess comprendieron que estaban a plena vista en medio del claro, la velocidad del aparato y la preocupación del piloto en la conducción del mismo impidieron que pudiera fijarse en nada más.

Cuando el rugido volvió a convertirse en un simple zumbido, Trykar se puso inmediatamente en movimiento. Corrió a la hondonada, hacia la nave. Y Tess, tras un momento de vacilación, le siguió.

—¿Qué pasa? —le preguntó—. No creo que nos haya visto, y además, ya es demasiado tarde para nada.

—No es esto lo peor —murmuró Trykar, ascendiendo por la rampa de entrada—. Esta mañana mencionaste algo respecto a la superstición del ser humano. Si todavía se hallan en este estado de desenvolvimiento social, sólo deberían poseer unos escasos rudimentos de las ciencias físicas. Como recordarás, el libro dice muchas cosas que deseo verificar ahora mismo.

Cogió la guía, que se abrió por sí misma en el apartado referente a la Tierra, y empezó a leer. Tess, se esforzó por no interrumpirlo; pero no tuvo que esperar mucho tiempo. Su marido no tardó en mirarla y comenzar a hablar.

—Es como creía. Según dice esta guía, la humanidad tiene como uno de sus mecanismos más adelantados, la locomotora movida a vapor. Anoche vi una, según recordarás. Presumí, sin concederle mucha importancia al asunto, que las bombas de las canteras también estaban movidas por vapor. Aquí afirma que se emplean animales como tiro de carga para cortas distancias. Todo esto se relaciona con una cultura aún influida por la superstición. La guía no menciona ninguna clase de avión... pero ese aparato no estaba movido por vapor. Llevaba motores de combustión interna. Y ahora sé que las bombas de los pantanos poseían similares

plantas de fuerza, y si los hombres pueden construir aparatos de vuelo, ligeros y poderosos, es que saben más respecto a la física y química molecular de lo que debieran.

—¿Pero por qué tiene que ser un aparato construido por el hombre? —objetó Tess—. Al fin y al cabo, aquí estamos nosotros. ¿Por qué no puede tratarse de otra nave espacial que ha llegado al mismo tiempo? La Tierra es una estación de refresco.

—Por una multitud de razones —replicole Trykar—. Primera, cualquiera que venga aquí para descansar procurará mantenerse invisible, como hacemos nosotros, y ese avión volaba a plena vista del pueblo, y hacía un ruido suficiente como para ser oído en muchos kilómetros a la redonda. Segundo, no era una nave espacial, ya que habrás observado que la conducción se ayudaba con unas palas que giraban y otros fijas pegadas a los costados. ¿Por qué vendría nadie de otro planeta molestándose en construir aquí un avión, cuando es infinitamente más sencillo el traslado mediante una nave espacial? No, Tess, ese aparato está hecho por la mano del hombre y la guía está equivocada. Supongo que es culpa de la última revisión de este sector... realizada hace sesenta o setenta años atrás. Espero que no esté tan atrasada la guía respecto a la biología y la fisiología. Ciertamente, no desearía causarle el menor daño a un ser humano.

—¿Qué puedes hacer si el libro está equivocado?

—Continuar la labor empezada, pero con mucha más cautela. Ahora no podemos marcharnos. Tú estás a salvo puesto que todavía no tienes la edad, pero yo estaría en muy mala forma antes de llegar a otra estación de refresco. Seguiremos adelante con nuestro plan, y llevaremos esta noche la nave al pantano. Espero que la raza humana no esté tan avanzada en la electrónica como en otros aspectos; de lo contrario, nos exponemos a ser detectados. Me asombra cómo el individuo que efectuó el informe sobre este planeta cometiera un error tan fenomenal. Un fallo al medir los adelantos químicos y biológicos es perdonable, ya que no son tan obvios; pero pasar por alto la aviación, la luz eléctrica y los motores de combustión interna en general, ya es excesivo. Sin embargo —abandonó la candente cuestión—, esto es insoluble por el momento. Lo que ahora importa, Tess, es lo que mencionaste. Temo que no tomen como una superstición nuestras actividades, si las observan. Por lo tanto, tendremos que actuar con mayor sigilo. Si piensas en algo que pueda ayudarnos antes de caer la noche mucho te lo agradeceré.

Pero a ninguno de los dos se les ocurrió nada.

Llevar la nave por la ladera de la montaña resultó más difícil de lo que había pensado Trykar. No se atrevía a emplear los visores de microonda debido al temor que le inspiraba la probable destreza científica de la raza humana; fue necesario conducir la nave al nivel de las copas de los árboles, observando atentamente a través de las portillas, hasta que la pendiente se suavizó. Las luces del pueblo fueron

visibles durante el descenso, manteniéndolas a la izquierda de la nave; ahora retrocedió doscientos metros hacia lo alto, puso en marcha el altímetro de reflexión, cuyo rayo vertical esperó no se esparciese tanto como para provocar una reacción en algún receptor cercano, y se abrió paso a lo largo del paisaje en la dirección general de las luces.

Por fin llegó a cierta distancia al norte de los pantanos, hasta que por fin la aguja del altímetro dio un salto y ambos miraron por las portillas, mientras Trykar hacía descender la nave, sumamente despacio. Cuando el casco tocó algo... empezó a hundirse. Se hallaban en el primer pantano. La nave volvió a elevarse, esta vez un poco más para su seguridad, y prosiguió su rumbo montaña abajo. De nuevo un salto de la aguja, y otra vez el descenso. Pero esta vez le fue permitido a la nave bajar sin que el casco hiciera ningún contacto.

La nave dejó de sumergirse cuando se había hundido en sus tres cuartas partes, y Trykar la guió cuidadosamente al costado del gran pantano donde había localizado la gran excavación. Mientras la parte delantera iba rozando constantemente el muro de granito, permitió que el agua penetrase en todos los compartimientos hasta que el casco se halló completamente bajo el agua. Podía haber usado la dirección a motor, pero prefirió mantener la nave estabilizada en el escondrijo. Utilizó la energía eléctrica para asentarla en la hondonada, que localizó mediante el empleo de una sonda de ecos; sus impulsos no serían detectables fuera de la masa de agua que les rodeaba.

Dejando a Tess que mantuviera temporalmente el aparato en posición, Trykar pasó por la escotilla y anudó los cables metálicos a los salientes rocosos, afirmando la nave. Podía haber horadado algunos agujeros para tal efecto, pero con ello hubiera alterado el silencio. Una vez terminada su tarea, golpeó el casco para indicárselo a Tess. Ésta cortó la corriente, dejó que la nave se estabilizara y se juntó a Trykar en el agua. Era el primer baño desde que empezaran el viaje, por lo que pasó con su esposo una hora gozando del mismo.

Estuvieron cierto tiempo explorando el fondo del pantano y salieron a la carretera; luego, por si acaso el día siguiente resultaba excesivamente agotador, regresaron a sus dormitorios acuáticos. Trykar, antes de deslizarse en el agua fría, puso el despertador para levantarse antes de la salida del sol.

Sin embargo, antes de que el astro del día estuviese muy alto en el horizonte, él y Tess ya estaban trabajando. Exploraron una vez más, a la luz del día, los alrededores del pantano, y entre las matas y las piedras y bloques de granito hallaron varios lugares donde esconderse.

Ninguno era ideal. Necesitaban dos, más o menos visibles uno del otro, con vistas a un corto trecho de la carretera que pasaba junto al pantano. Uno era muy satisfactorio a este respecto, pero por desgracia se hallaba situado en el lado más

apartado del pueblo, cubriendo el tramo de carretera que consideraban más adecuado a sus propósitos. En el otro lado, hallaron un espacio bajo unos cuantos bloques de granito desde donde era posible divisar el otro escondite y el pantano, si bien para divisar la carretera era necesario arrastrarse unos veinte metros. Como el avance podía hacerse a cubierto de las matas, Trykar eligió este lugar y puso en él el cilindro con el gas y los demás auxiliares del equipo.

Desde el punto el que Trykar veía la carretera no divisaba el escondite de Tess, por lo que al cabo de un momento de indecisión la llamó. Se aseguró de que no hubiese ningún ser humano por los alrededores, pero a pesar de todo fue muy breve en su llamada. Luego, volvió arrastrándose al borde del pantano. Como su escondrijo se hallaba a cierta distancia de la falda de la montaña, estaba a unos veinte metros por encima del agua; pero se lanzó sobre el reborde de granito sin vacilación, y chocó contra la superficie con el mismo sonido efectuado por una pequeña piedra arrojada desde la misma altura.

Penetró en la nave sumergida, metió dos comunicadores como los utilizados la primera noche en sendas cajas impermeables, y las sacó a la superficie. Trepando penosamente hasta donde se hallaba Tess le entregó uno, y acto seguido regresó a su propio sitio de observación, cruzando todo el pantano.

Se dispuso a vigilar, seguro de que ambos escondrijos no podían ser observados desde las cercanías y aliviado al comprobar que Tess podría ver algo sin tener que advertirla.

No tuvieron que aguardar mucho. Tess fue la primera en indicar algo visible. Antes de que Trykar pudiera pedir detalles, él mismo oyó el motor del coche. Iba por la carretera hacia el pueblo, de carrocería antigua, aunque los seres espaciales no tenían referencias de comparación. Pasaron dos más, en la misma dirección, durante los quince minutos siguientes. Cada uno iba conducido por un ser humano. Eran hombres que trabajaban en las granjas del valle, que iban al pueblo a cumplir diversos encargos de sus amos, aunque los centinelas del espacio no lo sabían. Después, no ocurrió nada más durante una hora.

A las ocho, sin embargo, Tess volvió a hacer señales, y esta vez con el código que habían acordado indicaría la presencia de un transeúnte solitario. Trykar recibió el mensaje, pero no se movió. El transeúnte no iba solo; al cabo de cinco minutos pasó otro y luego un pequeño grupo. Eran los primeros seres humanos que veían los espaciales con toda claridad, aunque a considerable distancia, si bien la aguzada vista de aquellos extraños seres se sobreponía a tal obstáculo. Prácticamente, todos los terráneos llevaban libros o paquetes bajo el brazo. Variaban de estatura desde la mitad de Trykar hasta unos tres cuartos, aunque, como iban en grupos casi por estaturas, Trykar no tenía forma de compararlos.

Esto fue todo. Una vez aquellos seres humanos, muy parlanchines por cierto,

hubieron desaparecido en el pueblo, la carretera continuó desierta. Sólo una vez, poco antes de mediodía, regresó uno de los automóviles. Trykar supuso que era uno de los que avistara antes, pero no podía estar seguro, puesto que no se hallaba familiarizado todavía con aquellos vehículos, ni podía distinguir claramente los rasgos individuales de los conductores. Como antes, llevaba un solo ocupante, que no era claramente visible desde fuera. Durante siete horas interminables aquél fue el único nativo de la Tierra que interrumpió la soledad.

Tess, más joven y más impaciente que su esposo, fue la primera en cansarse de la guardia. Poco después del paso del solitario coche, empezó a tablear en el comunicador, según la clave general, que él había insistido en que aprendiera de acuerdo con la ley, preguntando con irritante insistencia respecto a la duración de la espera. Trykar ya había previsto esta impaciencia, por lo que no se mostró muy desagradablemente sorprendido.

—Uno de nosotros deberá quedarse de guardia hasta que anochezca, pero no existe ningún motivo que impida que vayas a la nave y comas y descanses, si quieres. Después, podrás traerme algo de comer, cuando tú hayas terminado.

Se arrastró hasta el lugar desde donde podía divisar el escondrijo de su mujer y vio cómo ella se dirigía al borde del pantano, y se zambullía con elegancia. Luego, volvió a su puesto de guardia.

Su esposa comió, descansó y le llevó la comida antes de que volviera a suceder algo. Fue Trykar esta vez quien vio a los recién llegados; y tan pronto lo observó no sólo informó a Tess, sino que se formó una hipótesis que daba una explicación a los movimientos de aquellos seres humanos e implicaba la posibilidad de entrar en acción dentro de poco. Los recién llegados eran dos individuos que llevaban libros. Trykar los vio pasar, madurando su idea, y cuando estuvieron fuera de vista llamó a Tess para que se le reuniese. La joven se acercó, abriéndose paso lentamente entre los matorrales y le preguntó qué quería.

—Creo saber qué pasa. Estas personas que hemos visto, aparentemente, viven cerca de la carretera, por entre esos campos y montes, pero por algún motivo ignorado tienen que pasar parte del día en el pueblo. Por lo tanto, es presumible que todas regresarán por el mismo sitio, poco antes de oscurecer. Estoy seguro de que los que acaban de pasar se hallaban entre los que hemos visto esta mañana. Así, pues, quiero que te quedes vigilando aquí, mientras yo bajo al lugar donde el sendero del pantano se une a la carretera. Cuando se acerque alguien hazme una señal, y yo, escondido junto a la carretera, podré apoderarme de uno de ellos si va solo. Si se acercan otros mientras esté trabajando, avísame, pero sólo tardaré unos segundos, y el individuo no necesitará estar inconsciente mucho tiempo. Aunque otros le sigan poco después, creo que podré arreglar las cosas para que parezca un accidente. Supongo, naturalmente, que no aparecerá nadie por la otra dirección. Es una alternativa a la que

hemos de arriesgarnos, pero el tráfico que hemos observado hoy parece justificar mi optimismo.

—De acuerdo —se conformó Tess—. Vigilaré desde aquí. Espero que no tardes mucho. Me estoy cansando mortalmente.

Trykar hizo un gesto de asentimiento y se dispuso a marcharse.

Jackie Wade habría simpatizado con Tess, de haber soñado con su existencia. También él se sentía mortalmente aburrido. El día anterior no fue tan malo: el primer día de clase siempre tenía el elemento de interés inherente a la novedad a los nuevos maestros y, concediendo mucho al interés general, a los nuevos libros; pero el segundo día ya era puramente educativo. Cinco años de estudios no fueron suficiente para que a Jackie le gustara estudiar; y al comienzo del sexto, lo consideraba simplemente como una de las necesidades menos agradables de la vida.

Miró, por enésima vez, el reloj colocado intencionadamente al fondo de la clase. Faltaban dos minutos para la salida. Comenzó a reunir los pocos libros que proyectaba llevarse a casa para cubrir las apariencias, y acababa de apretar la hebilla de la correa cuando sonó la campana. No se precipitó a la puerta, sino que esperó hasta que el profesor se hubo puesto de pie, contemplando a toda la clase y concedido su permiso verbal para salir. Quince segundos más tarde se hallaba ya delante del colegio.

Su hermano James, dos años mayor que él y más alto, se le reunió un momento después. Echaron ambos a andar hacia la carretera y al cabo de un par de minutos se les reunieron otros chicos de las granjas del valle. Cuando hubo aparecido el último, Jackie empezó a apretar el paso, pero su hermano le contuvo. Jackie le miró sorprendido.

—¿Qué pasa? —le preguntó—. ¿Sufres de reumatismo?

Jimmy gesticuló hacia las diminutas figuras que se veían al frente, a cierta distancia.

—Fatty y Alice. Deja que nos adelanten. Queremos ir a nadar, y Fatty es la peor chismosa de las chicas que conozco.

Jack asintió, comprensivo, y el grupo se demoró. El camino más corto hacia los pantanos los llevaría hacia las canteras en actividad y a las casas que se hallaban más alejadas de la carretera. Los habitantes adultos de una o dos de aquellas viviendas no gozaban de mucha popularidad entre los muchachos por haberse opuesto a sus partidas de natación; por lo tanto, antes de que la carretera llegase a tal sitio, los chicos giraron al norte una calle que corría paralela a la ruta deseada. La siguieron hasta que se convirtió en un sendero del monte; entonces doblaron a la izquierda hasta llegar de nuevo a la carretera. Los muchachos iban todos en fila india.

No había nadie a la vista, según los «exploradores». Las dos jóvenes ya estaban muy lejos. Por fin, el grupo cruzó apresuradamente la carretera y corrió hacia el más

apartado de los pantanos. Trykar no había sido el primero en apreciar esta cualidad. Trece muchachos, de siete a catorce años, se ocultaron convenientemente entre los arbustos, se despojaron de sus ropas con gran premura, y un momento más tarde estaban chapoteando en las profundas aguas.

Todos eran buenos nadadores, y sus respectivos padres, tanto del valle como del pueblo, ya había abandonado toda esperanza de mantener a sus retoños apartados de los pantanos, y la mayoría incluso alentaba a sus hijos para que aprendieran a nadar mejor. Jimmy y Jackie Wade se contaban entre los mejores nadadores.

Trykar, cuyo descenso hacia la carretera se vio interrumpido por la llegada de la alegre pandilla, no creyó tan buenas sus cualidades natatorias, pero era suficientemente listo como para comprender que aquellas deficiencias se debían en realidad a motivos anatómicos. Su primera emoción al verlos fue el temor de que pudieran descubrir el escondite del cilindro de gas y Tess, por lo que regresó lo más disimuladamente y de prisa posible. El temor anidó en él y Tess, mientras ambos vigilaban desde el borde del pantano. Pero no podían hacer nada para impedir el descubrimiento. En terreno seco no podían moverse tan de prisa como los chicos al correr, y había demasiados ojos alrededor para arriesgarse a zambullirse en el agua.

Dos o tres muchachitos treparon a los rebordes del pantano y se zambulleron, pero Trykar, después de observar los chapoteos que hicieron, decidió que no nadarían muy adentro, y se preguntó cuánto tiempo duraría su diversión; ya que era obvio que estaban nadando sólo por placer y no por un motivo definido. También se preguntó si se marcharían todos juntos, y cuando le asaltó esta idea contempló el cilindro del gas que tenía detrás.

Los chicos hubieran podido quedarse más tiempo, pero la geografía local influía en ellos hasta cierto punto. El pantano se hallaba en la ladera este de la montaña, era ya media tarde y la mayor parte del agua estaba en la sombra. A medida que el sol se hundía, privándoles del calor necesario para que el baño resultase agradable en septiembre, su entusiasmo empezó a declinar. El más pequeño recordó que vivía bastante adentro del valle y se retiró para volver completamente vestido y exhortando a los demás a acompañarlo. Jackie Wade lo miró sorprendido.

—¿Por qué te vas tan pronto? ¿Tienes miedo? —se burló.

—No —denegó el chiquillo—, pero ya es tarde. Mira el sol.

—Vete a casa si quieres, *niño* —rió Jack, sumergiéndose de nuevo en el agua.

Vivía a corta distancia y no era más travieso que otro cualquiera de diez años. Sin embargo, dos o tres apreciaron la fuerza del argumento esgrimido por el pequeño, y algunos desaparecieron entre los arbustos para recoger sus ropas. Uno de ellos fue James, el cual sabía que la distancia hasta su casa no le permitiría secarse el cabello. Al fin y al cabo, se suponía que no iban a nadar al pantano, y de nada servía buscar camorra.

Esta acción por parte del mayor del grupo produjo resultado; cuando Jackie volvió a salir del agua, no había nadie a la vista. Llamó a su hermano.

—¡Ven a vestirte, testarudo!

Jackie le hizo una mueca.

—¿Por qué tan pronto? —insistió—. Todavía no son las cuatro. Yo me quedo a nadar un poco más.

Unió la acción a la palabra, trepó a uno de los más altos bloques de granito y se zambulló desde el lugar más alto.

—¡Eres un cobarde, Jim! —gritó cuando su cabeza volvió a aflorar a la superficie—. ¡Me apuesto cualquier cosa a que no eres capaz de tirarte desde ahí!

Su hermano reapareció al bode del agua completamente vestido, excepto la camiseta que había usado como toalla, y que estrujó a fin de secarla antes de llegar a casa.

—Seguro que no —contestó, cuando Jackie volvió a trepar a su lado—, ni quiero probarlo hoy. Me voy a casa, y sé lo que te dirá papá si sabe que estás bañándote, solo. Aquí tienes tus ropas —se las arrojó, y fueron a caer junto a un pedrusco.

—¡Jim! ¡Jackie! —chilló una voz desde la carretera—. ¡Vamos!

Jim le contestó con otro grito inarticulado.

—Me marcho —le comunicó a su hermano—. Apresúrate y síguenos.

Le volvió la espalda y desapareció hacia la carretera. Jack volvió a hacerle una mueca.

Rebelándose contra la autoridad de su hermano, autoridad concedida por la edad, volvió a trepar a la roca desde la que se había zambullido, obligando a Trykar, que estaba bajando por la ladera con todo el equipo entre sus tentáculos, a dejarse caer detrás del refugio más cercano, una espesa mata espinosa. Jackie, sin embargo, no lo vio. El peligro que comportaba nadar solo le impidió sumergirse de nuevo, por lo que descendió de su elevada posición, poniendo un poco de sentido en su impetuosa juventud. Fue descendiendo por las rocas, se sentó sobre la cálida superficie de una piedra y empezó a secarse. Trykar reemprendió su silencioso descenso.

Mientras bajaba, iba considerando la situación. El ser humano estaba sentado sobre la piedra, de cara al agua; en aquel momento, Trykar se hallaba directamente a su izquierda, y un poco más elevado. Tess se hallaba casi al frente, más arriba todavía. Si soplaba la brisa sería insuficiente para rizar el agua y Trykar tuvo que recurrir a un método equivalente a mojarse el dedo. Lo hizo y observó que un tiempo muy débil soplaba aproximadamente desde el este... o sea por detrás de la figura sentada. Trykar se sintió agradecido por esto, aunque era una circunstancia muy natural. Con la piel todavía húmeda, Jackie sintió la corriente del aire y se volvió de espaldas a la misma, como reacción natural.

Trykar tuvo que colocarse detrás de él. El trayecto a través de las matas y las

piedras resultó bastante lento, y cuando el ser espacial hubo conseguido una posición satisfactoria, el chico estaba ya volviendo del revés su bañador, a fin de escurrirlo. Luego se agachó para deshacerse el lazo de un zapato, pues se los había quitado sin desanudarlos.

Trykar, mirándolo con un ojo, dejó el cilindro en el suelo, cuidadosamente comprobó la boquilla para limpiarla de polvo y tierra, y comenzó a ajustar las diminutas válvulas. Satisfecho al fin, lanzó el chorro a presión hacia Jackie y apretó un disparador en la misma boquilla. Vigilando atentamente, consiguió divisar la casi invisible burbuja que apareció y fue creciendo en el reborde mismo del orificio.

Estaba compuesta por una mezcla aceitosa de alta tensión superficial y baja presión de vapor; podía, en condiciones apropiadas, permanecer intacta largo tiempo. Ahora se estaba llenando de una combinación compuesta en parte de un anestésico que Trykar había creado, y en parte de gas hidrógeno. La combinación era más ligera que el aire a fin de mantener una burbuja de un metro de diámetro en equilibrio.

Por fin soltó el disparador cuando le pareció que la burbuja había alcanzado el tamaño apetecido. Otros dos pequeños controles lanzaron un chorro extra del fluido, dando paso a otro producto químico que coaguló la burbuja en la región próxima a la boquilla, a fin de permitirle separarse sin romperse, y la burbuja casi invisible empezó a flotar a través del espacio hacia el asiento de Jackie.

A Trykar no le habría sorprendido que la primera burbuja fallase; pero la suerte y el cuidado de la operación se combinaron para ofrecer un feliz resultado. El chico indudablemente sintió el roce de la película de la burbuja, ya que se llevó un brazo a la espalda, como para apartar una telaraña, pero no llegó a completar el gesto. Al primer contacto con su piel, la delicada burbuja estalló, soltando su contenido, y Jackie absorbió una bocanada de la potente mezcla al respirar. Por una vez, la guía turística estaba en lo cierto.

Trykar había conseguido, con cierta dificultad, mantener la burbuja bajo su observación, y cuando se desvaneció surgió por detrás de la piedra que le ocultaba y se precipitó hacia su víctima. Jackie, sentado con los pies separados del suelo, cayó hacia atrás y por un verdadero milagro Trykar consiguió llegar a tiempo de sostenerle la cabeza para que su nuca no chocase contra el suelo. El ser espacial no había previsto este peligro hasta que soltó la burbuja.

Dejó suavemente el cuerpo tendido de espaldas, y cuidadosamente le examinó el pecho y la garganta. En esta zona era visible el pulso, y Trykar movió la cabeza en aprobación. Una vez más, la guía tenía razón.

Trykar abrió la pequeña cajita impermeable donde estaba el equipo, y extrajo una botellita de un líquido oscuro y una jeringa hipodérmica parecida a las de la Tierra. Inclinandose sobre el cuerpo de Jackie, abrió el frasco y olió el perfume del alcohol al flotar en el aire. Ligeramente aplicó parte del líquido a una zona que cubría el pulso

visible; luego, con extremo cuidado insertó la fina aguja en el mismo punto, hasta que la sintió atravesar la dura pared del vaso sanguíneo, y muy lentamente atrajo hacia sí el émbolo. El cuerpo transparente del instrumento fue llenándose lentamente de un líquido carmesí.

Trykar retiró a continuación la aguja hipodérmica, aplicó al pinchazo un pequeño cuadrado empapado con una sustancia coloidal, secó la aguja con el mismo material y devolvió el equipo a la cajita. Toda la operación, desde el momento de la caída del muchacho, duró menos de dos minutos.

Trykar volvió a examinar el cuerpo y se aseguró que el pecho respiraba normalmente y de que el pulso latía como antes. Aquel ser parecía no haber sufrido el menor daño... Era muy improbable que la pérdida de menos de diez centímetros cúbicos de sangre pudiera lesionar a un ser de su tamaño, y sabiendo que los efectos de la anestesia desaparecían a los pocos minutos, Trykar se apresuró a volver al lugar donde le esperaba Tess.

—Tendré que llevar esto a la nave, y cuanto antes mejor. ¿Vienes? —le dijo.

—Creo que me quedaré vigilando hasta que se recupere —replicó ella—. No tardará mucho, pero deseo estar segura que no le ocurre nada irreparable. ¿Por qué tuvimos que venir aquí, Trykar, y realizar tantos preparativos para «robar» sangre de una raza de la que apenas nada sabemos, cuando existen tantos seres inteligentes en el universo que la hubieran cedido de buena gana? Este desdichado de ahí abajo parece tan desvalido que siento pena por él, a pesar de su monstruosa fealdad.

—Comprendo tus sentimientos —afirmó Trykar, blandamente, siguiendo la dirección de la mirada de su esposa y deduciendo por la misma sus ideas—. Hablando claramente, este mundo debería ser una estación de emergencia. Ya sabes que traté de conseguir un período de vacaciones posterior, de forma que pudiera obtener mi refresco antes de marcharnos; pero no logré mi propósito. De esperar en nuestro planeta hasta que yo hubiese terminado, tal vez todavía estaríamos allí, y no habría quedado tiempo para ver nada de Blahn. Lo único que cabía hacer era detenernos en ruta, y éste era el único lugar apropiado para ello. De haber cogido una nave transespacial, hubiéramos podido llegar a Blahn a tiempo para el tratamiento, o incluso recibirlo a bordo, pero esto me gustaba tan poco como a ti. Sé que todo este asunto no es agradable para un ser civilizado, pero te aseguro que no sufriré ningún daño. ¡Mira!

Señaló hacia abajo. Jackie se incorporaba ya, con expresión intrigada, expresión que, naturalmente, no distinguieron los dos observadores. Era un chico muy activo y lleno de vida, aunque no era la primera vez en su vida que se había dormido en pleno día. Pero jamás le había ocurrido estando sentado sobre un bloque de piedra. No estuvo intrigado largo tiempo. Sentía frío y los demás muchachos debían estar ya muy lejos, por lo que se vistió apresuradamente, buscó y encontró al fin los libros que

Jimmy no le había traído con sus ropas, y corrió hacia la carretera.

Tess lo vio marchar con una sensación de alivio casi exagerada. Tan pronto como el muchacho estuvo fuera de vista, Trykar recogió el cilindro del gas y la caja, se aseguró que ésta estaba bien cerrada, y de nuevo descendió la ladera con su carga. Rechazó la ayuda de Tess, de forma que ésta, libre de todo cuidado, no tardó en desaparecer por el borde del pantano. Se hallaba en la diminuta cocina preparando la comida cuando Trykar llegó a bordo; la joven le sirvió la cena a los pocos minutos y se quedó en el laboratorio contemplando las manipulaciones de su marido. Trykar trasladó la muestra de sangre a un estrecho frasquito, rodeado por un calorífero, que mantenía la sangre humana a la temperatura proclamada por la guía. El líquido no mostraba señales de coagularse; evidentemente, en la aguja hipodérmica había habido algún producto químico cuando se obtuvo la muestra. Tess observó con interés cómo Trykar se inclinaba sobre el frasco y permitía que un hilillo de su propio flujo sanguíneo, que manaba de una válvula existente en la gran vena de su lengua, se mezclara con la del ser humano. La válvula y los pequeños músculos que la controlaban era un producto de la cirugía; los biólogos de la raza de Trykar todavía no habían conseguido dominar a los genes para producir un mecanismo semejante en el transcurso del desarrollo normal. La delicada operación fue ejecutada al mismo tiempo que el individuo recibía su primer «refresco», y ésta era la parte más desagradable de todo el proceso. Tess, aún no poseía la edad conveniente, no asistía a aquel cambio con singular placer.

Una vez lleno el frasco, Trykar se enderezó. Su esposa contempló el recipiente con interés.

—Su sangre no parecía distinta de la nuestra —observó—. ¿Por qué esta mezcla?

—Existen suficientes diferencias para ser detectadas químicamente o por microscopio. Es necesario, naturalmente, que haya alguna diferencia; de lo contrario, no habría reacción por parte de mi sangre. Sin embargo, cuando la sangre es de dos especies distintas, es mejor dejar la reacción inicial fuera del cuerpo. Esto no sería necesario si mi donante fuese miembro de mi misma raza, pero de diferente tipo sanguíneo. Si tú no fueses del mismo que el mío, nos habríamos ahorrado una serie de conflictos y problemas.

—¿Por qué dos personas que han sido tratadas como tú, no pueden ayudarse mutuamente si desean utilizar la sangre uno del otro?

—En un flujo sanguíneo que no haya sido tratado, hay leucocitos, pequeñas células ameboidales incoloras, que actúan como defensores contra los organismos invasores. El tratamiento las destruye, o las modifica hasta tal punto, que dejan de ser entidades independientes... hablando vulgarmente; claro está, jamás son realmente independientes, formando una sola y gigantesca célula, cuyas ramificaciones se extienden por todo el cuerpo de su dueño, estando unidas al mismo de manera

ignorada, o al menos siendo muy sensible a su sistema nervioso. Como ya sabes, un individuo tratado puede detener voluntariamente la hemorragia de una herida, sobreponerse a una enfermedad y a los cambios químicos que se producen cuando avanza la edad. En realidad, el individuo puede tener un control sobre las funciones corporales usualmente llamadas «involuntarias», hasta el punto de hacerle inmune a todas las causas comunes de muerte orgánica. Dentro de uno o dos años —alargó uno de sus tentáculos para acariciar a Tess— tú tendrás ya la edad suficiente para seguir el tratamiento, y no tendrás que temer la separación.

Hizo una pausa y continuó su discurso.

—Pero volviendo a tu pregunta, el leucocito gigante, al cabo de unos meses, tiende a volver a su forma original, y poco después si este proceso es permitido hasta su completa reacción, las nuevas células no actúan ya como defensores poco eficientes, sino que atacan y la víctima muere de leucemia. La adición al flujo sanguíneo de las células blancas de otro tipo de sangre, usualmente detiene esta reacción, como si la gran célula fuese inteligente y comprendiese que su verdadera misión es la de continuar unida a fin de impedir que el lugar sea usurpado. Y en los pocos casos en que esto fracasa, al menos queda prevenida la leucemia.

—Estaba enterada de casi todo esto —contestó Tess—, pero no del peligro representado por la leucemia. Supongo que este ligero riesgo es aceptable, en vista de la ventaja que representa la longevidad. ¿Cuánto tiempo tiene que estar pasándose esta mezcla sanguínea hasta ser útil?

—Cuatro horas a lo sumo, aunque esto no es de gran importancia. Tomaré el preparado antes de irnos a la cama, dejaré que se produzca la reacción durante la noche y mañana le extraeré a otro ser humano una donación completa y... a continuación podremos empezar a disfrutar de nuestras vacaciones.

Jackie Wade corrió por la carretera esperando todavía alcanzar a su hermano. Sabía que se había dormido, pero estaba seguro de que sólo fue un momento. Jim no podía llevarle más de cinco minutos de delantera. No tenía la menor sospecha de lo que había sucedido durante aquel breve sueño; ya había perdido sangre en otros accidentes sin importancia, de esos que forman parte de la existencia normal de un muchacho activo y lleno de vida. Le dolía levemente la garganta, pero estaba bien enterado de las actividades de la familia de los mosquitos y sus parientes, y su única reacción a aquella picazón fue de enojo.

Como suponía, se unió a los demás antes de llegar a su casa, aunque por estrecho margen. Jim miró hacia atrás al oír los apresurados pasos de su hermano y lo esperó; los demás chicos se despidieron de ambos y se alejaron. Jackie llegó junto a su hermano y se detuvo, jadeante.

—¿Por qué has tardado tanto? —le increpó Jim—. Seguro que has vuelto a echarte al agua. Miró furioso a su hermano menor.

—No, de veras —jadeó Jackie—. He... venido despacio, meditando.

—¿Desde cuándo sabes meditar, mocoso? —una mano exploradora le rozó el cabello—. Bien, supongo que dices la verdad, tienes el pelo casi tan seco como el mío. Será mejor que no entremos todavía. Deja los libros en el porche y mira qué hora es.

Jackie asintió, cogió los libros de su hermano cuando cruzaron la verja y corrió hacia el porche posterior, donde los dejó todos. Mirando por la ventana de la cocina, consiguió divisar que faltaban unos minutos para las cuatro; después bajó saltando los peldaños y se reunió con su hermano. Juntos, consiguieron pasar la hora y media que faltaba para la cena, realizando algunas faenas que hubieran debido ejecutar a primera hora, y cuando su madre agitó la campana desde la puerta de la cocina, tenían el pelo y las camisetas completamente secos. Se lavaron en la fuente y entraron a cenar. No hubo preguntas fastidiosas durante la colación y los herederos de los Wade decidieron que por aquella vez estaban a salvo.

Mientras se desnudaban en su pequeño dormitorio común, Jackie preguntó:

—¿Cuántas veces crees que nos libraremos, Jim? Está tan cerca de la carretera... Siempre pienso que alguien nos sorprenderá. ¿Por qué no quieren que nademos allí? Lo hacemos mejor que nadie.

—Supongo que piensan que si nos ahogamos pasarían muchas penas para sacarnos. Dicen que tiene más de treinta metros de profundidad —respondió su hermano, distraídamente.

Jackie levantó la vista ante su tono. Jim se estaba quitando trabajosamente un calcetín, dejando al descubierto un arañazo de feo aspecto que debía haberse hecho cuando lo tenía puesto y Jackie se acercó a examinarlo.

—¿Cómo te has hecho esto? —inquirió.

—Tropecé contra una roca la primera vez que me zambullí. Me duele bastante —repuso Jim.

—¿No sería mejor que mamá te aplicara yodo?

—¿Y explicarle también cómo me lo he hecho? Ve tú mismo a buscar el yodo y me lo pondré, pero procura que no te vean.

Jackie asintió y corrió descalzo hacia la cocina. No tuvo dificultad en encontrar la botella, la llevó arriba, contempló como Jimmy se aplicaba el antiséptico y luego la devolvió a su primitivo lugar. Cuando regresó a su cuarto, Jim ya estaba acostado, por lo que apagó la luz y se deslizó bajo las sábanas.

La mañana siguiente fue clara y brillante, pero unos cuantos cirros implicaban la posibilidad de un cambio de tiempo. Los chicos, mientras recorrían la carretera en dirección a la escuela estudiaron aquellos síntomas y Jackie formuló una observación al pasar por delante del segundo pantano.

—Creo que en medio de una tormenta sería delicioso bañarse. No habría nadie

cerca y tendríamos una excusa para presentarnos mojados.

—Probablemente te romperías el cuello contra las rocas —replicó su hermano—. Ya resbalan bastante cuando están secas...

El pie de Jim todavía le molestaba un poco por lo que su actitud hacia los pantanos era negativa. Había conseguido ocultarle su dolencia a su madre, pero al andar cojeaba ligeramente. Ambos hermanos se habían rezagado de los demás chicos, que se les habían reunido en la puerta de su casa, y ahora se enfrentaban con la perspectiva de llegar tarde a clase. Jim lo notó al llegar al pueblo, y con un poderoso esfuerzo apretó el paso, consiguiendo llegar al colegio con tres minutos de adelanto, para satisfacción de Jim. Había ya previsto la necesidad de una disculpa por escrito, disculpa que tal vez le hubiese costado hallar.

Cuando se reunieron a la hora del almuerzo, Jim se negó a hablar del estado de su pie, y hasta Jackie comenzó a preocuparse por la situación. Sabía que su hermano no mentiría sobre la causa que le había ocasionado aquella lesión, y parecía muy probable que la cuestión llegase a plantearse sobre el tapete. Naturalmente, al salir del colegio. Jimmy insistió en que su hermano no lo aguardase, sino que se marchase a casa y se mantuviese fuera de vista hasta que él se hubiese enfrentado con sus padres. A Jackie le complacía la idea, pero quería ayudar a Jim en lo posible. Por fin triunfó la personalidad del mayor y Jackie se marchó con sus amigos, mientras James cojeaba detrás.

Aquel día no nadaron. Los mayores determinaron ir a jugar a lo alto de la montaña, y los jóvenes los acompañaron. Pasaron una tarde divertida, pensando poco en el transcurso de las horas, y Jackie oyó la campana de la cena cuando se hallaba a un centenar de metros de su casa. Echó a correr, se detuvo brevemente en la fuente, entró apresuradamente en la cocina, procuró recobrar su compostura y se dirigió pausadamente al comedor. Su madre levantó la vista al oírle entrar, preguntándole:

—¿Dónde está Jimmy?

Por la mañana, como el día anterior, Trykar fue contando los seres humanos que pasaban junto al pantano. Aunque aquel día sólo pasó un automóvil, el número de viandantes fue el mismo: quince personas habíanse dirigido al pueblo ambas mañanas; dos habían regresado por la tarde y trece se detuvieron a nadar. Llegó a la conclusión de que aquellos trece podían considerarse como clientes regulares, y así preparó su plan para la segunda tarde.

Esta vez se apostó muy cerca de la carretera, escondido entre los arbustos. Tess estaba en el mismo escondrijo del día anterior, dispuesta a avisarlo cuando viese gente. No contaba Trykar con apoderarse de uno de los bañistas rezagados en el pantano, sino de un viandante de la carretera.

En consecuencia, se sintió más que complacido cuando vio que los seres humanos no se detenían a nadar; el primer grupo fue de doce personas, grupo que Trykar

presumió pertenecía a los nadadores del día anterior, y el segundo estuvo formado por la pareja de chicas, aunque Trykar no podía reconocerlas como tales. Faltaba uno, y aunque parecía demasiado bueno para ser verdad, cabía la posibilidad de que pasara solo.

Así fue. Tess indicó su aproximación, y Trykar, sin esperar más, empezó a formar la burbuja. El viento soplaba en contra, por lo que tuvo que hacerla mayor y de material más consistente, dejándola en medio de la carretera. En consecuencia, era más visible que la otra, pero la situó a la sombra de un árbol. Jimmy no la hubiera visto aunque hubiese estado menos preocupado. En realidad, casi la esquivó, pero Trykar había colocado una trampa en el centro de la carretera, y Jimmy, gracias a una costumbre muy antigua, se apartó a la izquierda. Entonces se vio enfrentado con la burbuja, y cuando ésta se desintegró a su contacto, el hombre espacial no tuvo motivos para sentirse poco satisfecho del resultado.

El chico tocó el suelo antes de que Trykar pudiera cogerlo, pero no vio ninguna marca en su cabeza que sugiriese lesión cuando lo examinó. Trykar levantó la inconsciente figura con bastante dificultad, recogió los libros caídos en el suelo, y fue tambaleándose hacia el lugar donde había escondido el resto del equipo.

No era el sitio desde el que estuviera vigilando; ahora tenía consigo más materiales, ya que la operación sería más prolija y tendría que trabajar tan cerca de la carretera. Había hallado un amplio espacio entre grandes bloques de granito, entre el pantano y la carretera, y lo convirtió en su quirófano.

Antes de empezar a trabajar, aplicó una dosis extraordinaria del anestésico directamente a la nariz del muchacho, y dejó el cilindro que contenía la sustancia a mano. Cogió una aguja hipodérmica mucho mayor que la del día precedente, la insertó mediante un tubito transparente a un vaso graduado para medidas volumétricas y, no confiando en su memoria, abrió la guía y la puso al lado a fin de saber la cantidad de sangre que podía extraer impunemente de un ser humano... cantidad determinada mucho tiempo antes mediante diversos experimentos llevados a cabo por otros seres espaciales de su raza.

Lo mismo que el día anterior, mojó la garganta del chico con alcohol e insertó la aguja; una diminuta pera de goma, provista de una válvula unidireccional, unida al vaso volumétrico, proporcionó la succión necesaria, y el recipiente fue llenándose lentamente hasta la graduación límite. Trykar dejó de accionar la pera, extrajo la aguja, y cauterizó el pinchazo. Después, y antes de que la sangre pudiera enfriarse apreciablemente, quitó al vaso un pequeño tapón e insertó su afilada lengua, pasando dos minutos absorbiendo aquel líquido hacia su sistema circulatorio.

Realizada esta importante tarea, guardó rápidamente el aparato dentro de su estuche. Volvió a levantar en brazos el cuerpo de Jimmy y lo llevó a la carretera, al mismo sitio donde el chico había caído. Lo dejó boca abajo, casi en la misma actitud

de la caída, colocó los libros cerca de su mano izquierda y a los pocos segundos de búsqueda, Trykar encontró un fragmento de granito de abultado tamaño que colocó junto a los pies de Jimmy, como causa de su caída. Pensó en arrojarle otro pedrusco a la cabeza como motivo de la pérdida de conocimiento, pero no tuvo valor para lastimar a aquel ser humano.

Tras mirar atentamente a su alrededor para asegurarse de no haber olvidado ningún detalle, Trykar volvió a su puesto de observación a esperar la recuperación de su víctima. No albergaba temores respecto a la salud del paciente, pero recordaba el empeño de Tess el día antes y quiso poder tranquilizarla.

Permaneció inmóvil, observando. Empezaba a sentirse inquieto, sintiendo los efectos de una leve fiebre, como resultado normal de la reacción del refresco sanguíneo. Se hallaría en aquel estado durante un par de días. No tenía que preocuparse por ello, ya que podría descansar hasta la llegada de la noche, y tan pronto como oscureciera volverían al espacio.

Estaba un poco impaciente por el muchacho, que tardaba demasiado tiempo en recobrar el sentido. Naturalmente, la criatura había recibido una dosis de anestésico mucho mayor que la otra, habiendo perdido también más sangre; por esto, era posible que tardara más en recuperarse; pero Trykar había empleado más de diez minutos en la operación y la devolución del muchacho a la carretera, que era más del doble del tiempo que había tardado el ser humano del día anterior en volver en sí.

Su impaciencia creció de punto durante los otros diez minutos que tardó Jimmy Wade en empezar a agitarse. Su primer movimiento atrajo al punto la atención de Trykar, el cual se dispuso ya a alejarse rápidamente de su observatorio. Jimmy gimió, volvió a agitarse y de pronto rodó sobre sí. Al cabo de un momento abrió los ojos y contempló sin ver la sombra de un árbol; volvió a rodar sobre sí, esta vez ya con plena conciencia de sí mismo y comenzó a levantarse. Trykar, desde detrás del arbusto, también se incorporó. Pero sólo fue él quien contempló el movimiento, ya que el muchacho, aún apoyado en tierra con pies y manos, volvió a caer como si hubiera recibido una segunda dosis de gas, quedando tendido de espaldas en plena carretera.

Trykar permaneció inmóvil un instante, como si esperase caer a su vez; luego se relajó y fijó su mirada en la inerte forma de aquel ser humano durante medio minuto. Después, a riesgo de ser visto si el muchacho recobraba de pronto el conocimiento, se precipitó a la carretera y se inclinó sobre el cuerpo, avisando simultáneamente a Tess por medio del comunicador. Levantó de nuevo a Jimmy, pareciéndole como si sus tentáculos fuesen a desprenderse de su cuerpo, y lo trasladó otra vez a su improvisado quirófano.

Sus emociones eran indescriptibles. Decir que se sentía culpable por haberle causado una seria lesión a un ser humano, tan distinto de su propia raza, no sería

estrictamente cierto; aunque comprendía que aquellos seres humanos eran criaturas sociales comparables en un plano a las de su raza, no podía simpatizar con ellos en el sentido etimológico de la palabra. Al mismo tiempo, se sentía profundamente trastornado por lo que había hecho, y experimentaba un sentimiento de lástima aún más profundo que el de Tess el día antes.

Con sus tentáculos le desabrochó a Jimmy la camisa y buscó el corazón, como hiciera el día anterior. Todavía latía, pero con un ritmo mucho más acelerado del normal, y de manera tan débil que Trykar tuvo dificultades para localizarlo. El pecho se elevaba y descendía levemente. Un hombre se habría fijado al momento en la intensa palidez de la cara del muchacho, pero este detalle le pasó inadvertido al ser del espacio.

Tess llegó y se inclinó sobre la pareja, mientras su marido llevaba a cabo su examen. Trykar le contó lo ocurrido en pocas palabras, sin levantar la mirada. La joven pronunció una frase de entendimiento y acarició gentilmente la frente de Jimmy con un tentáculo.

—¿Qué podemos hacer? —inquirió.

—Aquí nada. Tendremos que llevarlo a la nave. Temo meterlo dentro del agua, ya que ayer ninguno de ellos permaneció más de unos segundos debajo y a muy pocos metros de profundidad. No me gusta, pero tendremos que subir la nave a la luz del día. Mira, yo me quedo aquí; tú, ve a maniobrar para que emerja. Haz que sólo quede al descubierto la escotilla superior. Yo estaré atento y cuando estés lista me avisas por el comunicador.

Tess giró sobre sí misma y corrió hacia el pantano sin discusión; unos segundos más tarde Trykar oyó el leve chapoteo de la joven al sumergirse. Debió maniobrar aceleradamente, ya que cinco minutos más tarde Trykar escuchó la llamada en el comunicador y cuando contestó, la parte superior curvada de la nave apareció inmediatamente al borde del pantano. Trykar volvió a levantar al muchacho, lo llevó junto al agua y penetró en la misma, cuidando de mantener la cabeza del inconsciente Jimmy fuera del agua. Nadó unos cuantos metros, localizó los peldaños con sus apéndices, ascendió por la curvatura de metal y le entregó la inerte forma a Tess, que se hallaba en la escotilla. Cuando recibió aquel peso estuvo a punto de caer hacia atrás, pero Trykar no había soltado por completo su carga, por lo que no se produjo ningún accidente. Unos momentos después, Jimmy estaba tendido sobre una mesa metálica en una cámara contigua a la sala de mandos, y la nave descansaba de nuevo en el fondo del pantano.

Tess tuvo que ir en busca del equipo que Trykar había dejado en el exterior, con inclusión de la importantísima guía. Tardó muy poco, comunicando que no se hallaba a la vista ningún ser humano.

Trykar cogió la guía, aunque prácticamente se sabía de memoria todo lo referente

a la Tierra y sus nativos. Tenía ya la cámara calentada a la temperatura conveniente a la sangre humana, y de no haber estado el aire saturado de humedad, las ropas de Jimmy se habrían secado rápidamente. Al menos, estaba a salvo del frío. El químico espacial verificó lo antes posible los apropiados valores para la frecuencia de respiración y los latidos del corazón, y buscó información en la guía sobre los síntomas de una excesiva extracción sanguínea, pero no pudo hallarla. Sin embargo, quedóle confirmada su primitiva opinión respecto a los latidos del corazón y la respiración: el pulso del paciente era demasiado rápido y la respiración poco profunda.

Sólo había una causa lógica, con guía o sin ella, con síntomas o sin. La única causa del trastorno orgánico de que Trykar tenía conocimiento era la extracción de sangre efectuada a aquel ser. La dosis extraordinaria de gas podía ser un factor más, pero el químico lo dudaba, ya que había observado los escasos efectos de la sustancia en el organismo humano el día anterior.

—¿Por qué este maldito manual tiene que tener razón en muchas cosas, haciéndome confiar en él, y cuando se presenta algo delicado, resulta del todo equivocado? —preguntó en voz alta—. Casi pensaría que nos hemos equivocado de planeta, por lo que afirma del nivel cultural de la raza; pero en cambio describe los aspectos físicos y veo que son exactos. Así, pues, tengo que confiar en haber extraído la debida cantidad de sangre... ¿Cuál es entonces el error?

—¿Qué dice de la estructura física? —inquirió Tess, en voz baja—. Ya sé que es altamente improbable, pero podríamos tener una referencia equivocada.

—Si tal es el caso, estamos perdidos sin esperanza —replicó el químico—. No conozco ninguna otra raza parecida a ésta en su estructura física para haberme equivocado ni un solo instante. Mira aquí, hay fotografías de los rasgos más positivos. Fíjate en el órgano auditivo..., ¿puede estar duplicado por casualidad en otro rostro? Y esta tabla da todas las medidas que he empleado: la temperatura media de la sangre, la coloración, la forma, la estatura, los pesos medios... ¡Tess!

—¿Qué pasa?

—¡Mira estas medidas y pesos! No habría podido mover un cuerpo de este tamaño ni un solo centímetro, cuanto menos llevarlo a costas veinte metros. ¡Sí tenías razón, se trata de otra raza... o... o... o bien...!

—O bien —continuó Tess, segura de sí misma—, éste es el planeta y la raza y las referencias son exactas. Pero estos valores se refieren a los miembros adultos de la raza, y nosotros hemos elegido como donante de sangre a un miembro menor... un niño.

Trykar asintió lentamente, agradecido a aquel plural.

—Temo que tengas razón. Le extraje sangre hasta el límite de tolerancia para un adulto, con un razonable margen de seguridad; pero este espécimen no está

plenamente desarrollado. Y el de ayer todavía debía ser más joven. ¿Cómo es posible que me haya mostrado tan descuidado? No es raro que volviera a caer. Bien, esperemos que este colapso no sea permanente. A propósito, Tess, ¿no podrías vendarle los ojos con algo sin lastimárselos? Creo que no será difícil. Si recobra el conocimiento, hay leyes que nosotros no podemos quebrantar.

—Nadie podría censurarte por esta equivocación —le consoló Tess—. Este ser es tan grande como los demás que hemos visto, ¿y quién podía pensar que a los niños se les permitía en este planeta evadirse por completo de la vigilancia de los adultos?

Mientras hablaba se dedicó a buscar un pedazo de tela que sirviera para la venda.

—La cuestión no estriba en censurar mi conducta, sino en reparar el error —replicó Trykar—. No puedo hacer mucho, pero haré cuanto pueda.

Y se volvió de cara al libro, al chico y al laboratorio.

Una cosa estaba bien clara: la sangre extraída debía ser recuperada por el cuerpo del paciente. La transfusión directa era imposible, por lo que el cuerpo del muchacho debía realizar la tarea. Con tiempo y material adecuado era posible, pero Trykar temía que le faltase tiempo, y no tenía medios de saber qué materiales podía emplear y cuáles serían aceptables por los órganos digestivos. De un producto estaba seguro que no le causaría ningún perjuicio al paciente: el agua. Y estaba ya a punto de introducirla por la garganta del inconsciente joven cuando recordó haber oído hablar a aquellos seres con sus bocas; en consecuencia, debía de existir alguna conexión entre los pasos alimenticio y pulmonar. Si todo era completamente automático, santo y bueno; pero en caso contrario, corría el riesgo de asfixiar al niño. Consideró la inyección intravenosa de agua esterilizada, pero sus conocimientos químicos le salvaron de tan funesto error.

Tess fabricó la venda, aplicándola a los ojos del paciente; tras lo cual, y bajo la dirección de su esposo, realizó comprobaciones periódicas de la temperatura de la sangre, el pulso y la respiración del sujeto. Esto dejó libre a Trykar para reflexionar y leer, con la esperanza de hallar algo que le capacitase para emprender una acción positiva. Sentándose y contemplando simplemente, la indefensa criatura moriría ante sus ojos, cosa imposible de soportar para él como para cualquier ser humano con el corazón más blando que la cera.

Incuestionablemente, podía emplear cualquier forma de azúcar; tal vez dextrosa, que el mismo Trykar podía digerir, o levulosa, fructosa... o incluso almidón. Esto era algo que Trykar sabía, aunque el manual no proporcionase ninguna información al respecto; por algo era químico y de los mejores en su planeta.

Pero no se atrevía a extraer otra muestra de sangre de aquellas venas, ni siquiera para una prueba. No podía resolverse a sufrir otro error que, probablemente, sería el último.

Un examen de la saliva podía darle la respuesta, pero Trykar ignoraba que un

jugo tan importante pudiera hallarse al comienzo del tubo digestivo de los seres humanos. No hizo nada, y la tarde transcurrió como un funeral, con la leve e intranquila respiración de su víctima martilleándole sus órganos auditivos.

Tess le habló cuando en el exterior el sol se estaba poniendo.

—Trykar, está cambiando. El corazón parece más fuerte, aunque todavía late muy deprisa; y la temperatura de la sangre ha subido varios grados. Tal vez se recupere sin ayuda.

El químico giró hacia la mesa.

—¿Ha subido? —exclamó—. Sí, ésta es la temperatura que debió tener antes... Si se ha presentado la fiebre...

No terminó la frase, sino que comprobó los hallazgos de Tess por sí mismo. Los datos eran correctos, y volviendo a compararlos con los del manual, no le cupo la menor duda de que aquel pequeño ser humano tenía fiebre, una fiebre que habría resultado sumamente peligrosa para cualquier miembro de su propia raza, y probablemente no lo era menos para la de los humanos. Trykar se quedó inmóvil junto a la mesa de metal, reflexionando profundamente.

¿Cuál era la causa de la fiebre? Ciertamente no la pérdida de sangre, al menos no directamente. ¿Padecía la criatura de alguna dolencia con anterioridad a la extracción de sangre? Muy posible, pero no podía saberlo. ¿Una peculiar tendencia orgánica, como resultado de la baja presión sanguínea, la inconsciencia prolongada o alguna causa similar? Tampoco podía probarlo. ¿Una herida previa? Esto, al menos, podía dar lugar a una prueba evidente. Durante los escasos segundos que había observado a su víctima antes de la caída, no había visto signos de trastornos físicos, pero las ropas que le cubrían podían haber ocultado tal detalle. La parte expuesta de la piel no mostraba nada de particular... ¿o sí? Trykar observó con más atención las dos bien torneadas piernas, desnudas desde los tobillos hasta las rodillas, donde empezaban los pantalones de paño.

Una —la derecha— era perceptiblemente más gruesa que la otra, y al tocar la bronceada piel, Trykar la sintió mucho más caliente. Rápidamente, desató y quitó ambos zapatos y luego los calcetines. Entonces vio la causa del trastorno: en el pie derecho, en la articulación del dedo gordo, había una región donde la piel aparecía arañada. En torno, la carne presentaba una coloración carmesí, y todo el pie estaba hinchado de tal forma, que Trykar se maravilló de haber conseguido quitarle el zapato. La hinchazón se extendía hacia la pierna, aunque en menor grado, llegando a la rodilla. Las venas del pie y el tobillo estaban marcadas por líneas rojizas.

A pesar de su ignorancia respecto a la fisiología humana, Trykar comprendió que tenía entre manos un caso de infección; considerándolo en relación con la fiebre, probablemente debía tratarse de un envenenamiento de la sangre, por lo que, aún más que antes, él nada podía hacer.

Naturalmente, tenía razón en todo. Jimmy, al ponerse el calcetín sobre la piel arañada, se había infectado, y el yodo había llegado demasiado tarde. A la mañana siguiente se había entablado una batalla campal en la vecindad de la herida. Su saludable sangre había estado reuniendo fuerzas durante toda la noche y el día, para hacer recular a los organismos que deseaban invadir su cuerpo; posiblemente, habría ganado la lucha sin más ayuda de no haberle ocurrido nada más; pero la brusca destrucción de sus poderes de resistencia mediante la extracción del medio litro de sangre había inclinado la balanza en favor de los microbios. James Wade era, pues, un muchacho extremadamente enfermo.

Tess, viendo cómo su esposo descubría el pie infectado, comprendió claramente la gravedad de la situación. El miedo que había albergado durante aquellas horas, una emoción compuesta por un puro terror egoísta, el terror de transgredir alguna ley por la que pudieran ser castigados, pero aún más por una verdadera lástima hacia los indefensos seres que involuntariamente habían ayudado a Trykar, acabó por estallar. Fue el propio químico quien precipitó la explosión:

—¡Gracias a los dioses! —exclamó, y su esposa giró en redondo hacia él.

—¿A qué te refieres? ¡Acabas de descubrir otra lesión que tú no le has provocado a ese pobre ser y te sientes contento por ello!

Trykar movió negativamente sus enormes aletas.

—Lo siento. Comprendo que mis palabras pueden haberte dado esa impresión. Pero no quise decir esto. No tengo ningún poder para salvar a esta criatura, y lo supe desde un principio, aunque me obstiné en no admitirlo. Es este descubrimiento lo que me ha abierto los ojos. Quise curarle yo mismo debido a la ley que prohíbe que nuestra presencia aquí sea conocida, y he perdido largo tiempo tratando de encontrar algo. O sea que estaba planteando el problema de manera errónea. No podemos curar a este ser nosotros mismos, por lo que nuestra presencia aquí continuará ignorada; lo que tenemos que conseguir es la ayuda de alguien de su propia raza, sin traicionar al mismo tiempo nuestro secreto. Supongo que presumí, sin pensar, que este último problema era insoluble.

—¿Cómo podemos saber si la raza humana posee una ciencia médica que pueda curar esta dolencia? —inquirió Tess—. Según la guía manual, su ciencia no existe prácticamente; todavía se hallan en la era de la superstición. Y pensando en ello, leí una vez una historia que se suponía transcurría en la Tierra, y los hombres trataban a un ser de su propia raza como si fuese un ser sobrenatural y diabólico. Quien escribió esa historia debió tener acceso a cierta información sobre este planeta.

Trykar sonrió por primera vez en varias horas.

—Probablemente, la misma información de que se sirvieron para compilar el manual. Tess, querida... ¿no comprendes que quien vino a investigar en este planeta no debió apartarse ni un kilómetro del lugar de aterrizaje... y que el mismo debió ser

un lugar muy primitivo? No mencionó los aparatos eléctricos, los descubrimientos metalúrgicos, los aviones... cosas todas éstas que hemos comprobado con nuestros propios ojos. La humanidad debe hallarse en la era del desarrollo científico. El investigador fue, pues, un criminal culpable de negligencia. De no ser por la ley, me daría a conocer a los seres humanos inmediatamente. Todas las ciencias tienden a progresar en relación unas con otras. No creo que una raza sea capaz de crear unas máquinas voladoras como la que vimos el otro día y, en cambio no pueda curar una infección de la sangre. Imaginemos la manera de poner a ese pobre chico en manos de personas de su propia raza nuevamente y esto solucionará el problema. Esta noche tendríamos que marcharnos de aquí.

Tess sintió liberarse de su mente un peso enorme. Estaba convencida ahora de que el programa propuesto por su marido era el más práctico.

—¿Pero cómo proyectas acercarte a un hombre, o a un grupo de ellos, transportando un miembro herido de su propia raza... sin que te vean? —preguntó, más por curiosidad que por crítica.

—No será muy difícil. No lejos de la carretera hay varias viviendas. Puedo llevar a la criatura hasta allí, dejarla en un sitio visible, retirarme a un escondite y atraer la atención de la gente tirando piedras, encendiendo un fuego o algo por el estilo. A estas horas ya debe ser bastante oscuro. Emerjamos al momento, y si todavía no ha anochecido esperaremos un poco más.

Era de noche. También llovía, aunque no mucho. La predicción del muchacho aquella mañana se había cumplido. Tess maniobró la pequeña nave lo más cerca posible del borde del pantano, mientras Trykar nuevamente trasladaba su carga a través del corto, pero inevitable trecho de agua. Saltó a la seca, relativamente seca, tierra e hizo señas a Tess para que cerrase la escotilla y se sumergiese. Tenía que esperarlo bajo el agua, dispuesta a partir tan pronto él regresase.

Acto seguido, Trykar se incorporó, flexionó los tentáculos dos o tres veces, como los hombres hacen con sus músculos después de una pesada labor, y se dio cuenta de que aquel recorrido de un kilómetro con una carga de cincuenta kilos, era una labor excesiva para él; pero la alternativa de aproximar la nave al pueblo era aún más improbable. Se agachó, recogió a Jimmy y echó a andar hacia la carretera, manteniéndose a la derecha del sendero que unía a aquélla con el pantano.

Era más dificultoso de lo imaginado. Tenía los músculos agarrotados y doloridos por el desacostumbrado ejercicio realizado a lo largo del día, y cuando estuvo a la mitad de su trayecto comprendió que debía encontrar otro medio de transporte. Dejó que su débil cuerpo se inclinara bajo su carga y suavemente la depositó en tierra.

Nunca supo si se descuidó o si la lluvia amortiguó los pasos del ser humano, pero no se dio cuenta de que no estaba solo hasta el momento en que un rayo de luz surgido de las tinieblas le hirió en los ojos, paralizándolo por el aturdimiento y la

angustia.

Jackie Wade tampoco oyó nada, lo cual puede ser atribuido a los pies descalzos de Trykar, a la lluvia y a la preocupación del propio muchacho, buscando a su hermano. No estaba excesivamente preocupado, aunque sus padres empezaban a estarlo. Un par de veces, uno u otro de los hermanos ya se habían quedado a cenar en casa de algún amiguito. Sin embargo, siempre telefoneaban en tal caso, y los severos castigos impuestos cuando no avisaban les impedía olvidarse de ello.

Jackie nada había dicho de la herida de su hermano; simplemente se había ofrecido, después de cenar, a ir a buscarle a casa de los amigos, por si se hallaba en alguna que no poseyera teléfono. No esperaba que Jimmy estuviera en el pantano; no había ningún motivo para que estuviese; pero al pasar por el sendero se le ocurrió que nada se perdía con mirarlo. Jimmy podía haber estado allí, dejando algún indicio de su paso.

No podía permitirse el lujo de llevar encendida continuamente la linterna, y sí sólo ocasionalmente, por lo que se encontró casi materialmente sobre aquella masa oscura antes de verla. Se paró bruscamente y sin pensar ni por un momento que se tratase de otra cosa que de un matorral o una simple mata, o quizá un montón de hierba abandonada por algún chico, enfocó el rayo de luz hacia allá.

Ni siquiera tuvo que ahogar el chillido de espanto y asombro que subió a sus labios. Su mirada giró en redondo, aceptando y olvidándose en un segundo del cuerpo de su hermano tendido en tierra, y se fijó rápidamente en el objeto inclinado sobre aquél.

Vio un negro y reluciente cuerpo mojado, ancho y grueso como el suyo en el torso, y ahuesado hacia abajo; una cabeza en forma de cúpula asentada sobre el torso sin cuello intermedio; unos apéndices grandes y planos, como unas alas, que sobresalían de los costados del cuerpo, y un par de ojos inmensos, anchos y fijos, y situados a cada lado de la cabeza, que reflejaban la luz de la linterna como los ojos humanos.

Esto fue lo que pudo captar antes de que Trykar se moviera, y aún esto no lo divisó con claridad. El extraño ser enderezó su flexible cuerpo, apartándose prestamente gracias a sus cortas piernas del cuerpo de Jimmy, y los músculos de su articulado torso y abdomen no compartieron en absoluto la debilidad inherente a sus finos tentáculos. Cuando se enderezó, lo hizo de golpe; no irguiéndose sino saltando hacia arriba y retrocediendo del cono de luz, con las aletas ampliamente extendidas para darse la máxima ayuda posible. Saltó el enorme bloque de granito que tenía detrás, y el ruido de su descenso al otro lado quedó ahogado por el segundo y más penetrante chillido de Jackie.

Por un momento, Trykar continuó inmóvil en donde cayó; luego inspeccionó en torno, a pesar de la oscuridad. Se hallaba en el espacio que aquella tarde había usado

como sala de operaciones, y entonces recordó la senda existente entre las rocas y los arbustos, por donde había trasladado al muchacho a la nave. Lo más quedamente que pudo se arrastró hacia el agua, pero no se atrevió todavía a avisar a Tess.

Detrás suyo oyó la voz del ser que había visto. Parecía estar gritando:

—¡Jimmy! ¡Jimmy! ¡Despiértate! ¿Qué te pasa?

Pero Trykar no entendió las palabras. Lo que sí entendió fue ruido de unos pies que corrían por el sendero, hacia la carretera y el pueblo. Instantáneamente le envió una llamada urgente a Tess, y abandonando toda precaución siguió corriendo a toda marcha hasta el borde del pantano.

A unos metros de distancia apareció un leve resplandor, señalando la presencia de la escotilla superior y Trykar se zambulló en el agua. Treinta segundos más tarde se hallaba a bordo de la nave y en los mandos, con la escotilla convenientemente cerrada, y sin más preámbulo ni demora, lanzó la pequeña nave hacia arriba, al vacío, cada vez más lejos de la Tierra.

Jackie, interrogado por su padre mientras el doctor estaba examinando el pie de Jimmy, contó toda la verdad, y en consecuencia se sintió agraviado por las dudas que su relato suscitó. Honradamente, creía que la forma que viera agazapada junto al cuerpo de su hermano tenía alas y que había salido volando. El doctor ya había observado y comentado el pinchazo en la garganta de Jimmy, y el cabeza de familia de los Wade había explicado cuanto sabía referente a los murciélagos vampiros. En consecuencia, ahora estaba haciendo cuanto podía para reducir la insistencia de su hijo menor respecto a haber divisado algo tan grande como un hombre. Pero no tenía mucha suerte en convencer a Jackie, por lo que empezaba a perder los estribos.

El doctor Envers, que entró en la estancia en aquel momento, y escuchó la conversación sin intervenir durante unos minutos, por fin se creyó obligado a inmiscuirse en la discusión.

—¿Qué hay de malo en la historia de ese chico? —inquirió—. No he escuchado su relato, pero parece estar muy seguro de lo que afirma. Asimismo —añadió, contemplando la contraída y llorosa cara del niño—, está un poco excitado, Jim. Será mejor que hagas que se acueste y dejes la cuestión para mañana.

—No creo su historia porque es imposible —replicó Wade—. Y si tú la hubieras oído, estarías de acuerdo conmigo. Y no me gusta...

—Tal vez sea, como dices, imposible, ¿pero por qué criticar esa historia sobre un solo aspecto? —miró la abierta enciclopedia indicada por Wade—. Si estás tratando de achacar el pinchazo de la garganta de Jimmy a un vampiro, olvídale. Ninguna herida causada por un animal estaría tan infectada como su pie, y éste parece haber recibido tratamiento médico. En cuanto a la herida del cuello está cicatrizada profesionalmente; y debió ser producida por una aguja esterilizada, de manera que no pudiera causarle ningún trastorno grave al muchacho, ni siquiera en su débil estado.

No sé qué causó el pinchazo ni me importa, ya que no tiene nada que ver con la infección.

—¡Ya lo dije yo! —gritó Jackie—. ¡No vi un vampiro! ¡Lo que vi era mayor que yo, me miró un instante y después huyó volando!

Envers colocó una mano sobre el hombro del muchacho y lo miró fijamente a los ojos. Tenía la cara enrojecida y su pequeño cuerpo temblaba de indignación.

—Está bien, hijito —le dijo con bondadoso acento—. Recuerda que ni tu padre ni yo hemos oído hablar nunca de un animal o ser como el que tú describes, y es muy humano que de momento nos cueste comprenderte. Ahora, olvídate de todo y procura dormir; mañana por la mañana iremos a echar una ojeada para averiguar qué pudo ser.

Contempló atentamente la cara de Jackie mientras hablaba y de repente observó un ligero bulto, con un minúsculo círculo rojo en el centro, visible en su garganta, casi en el mismo punto donde Jimmy tenía el pinchazo. Dejó de hablar un momento para examinarlo más atentamente y Wade se tensó en su asiento al observar aquella acción. Envers, sin embargo, no formuló ningún comentario y envió al chico a la cama sin que su padre pudiera reanudar la discusión. Después, permaneció sentado varios minutos, con una sonrisa apenas esbozada en su semblante. Por fin, fue Wade quien rompió el silencio.

—¿Qué has visto en el cuello de Jackie? Lo mismo que...

—No es como el pinchazo en la garganta de su hermano —replicó el doctor—. Si quieres una opinión médica, yo diría que se trata de la picada de un mosquito. Si tratas de relacionarlo con lo ocurrido a Jimmy, olvídale; si Jackie supiera que le había sucedido algo desusado te lo diría. Recuerda que ha intentado hacer que creyeras una historia extraordinaria. Yo, en tu lugar, dejaría de preocuparme por este asunto. Jimmy se repondrá tan pronto como haya eliminado los microbios de su cuerpo, y con su hermano no hay peligro alguno. Sé que es perfectamente posible ver algo dramático en las picadas de un par de mosquitos —también yo leí *Drácula* en mi juventud—; pero si deseas discutir conmigo, me retiro. Tú eres un hombre culto, Jim, y te perdono este trastorno mental porque sé que está justificadamente preocupado por Jimmy.

—¿Pero qué vio Jackie?

—Sólo puedo ofrecerte una opinión médica... que no significa nada. Era de noche y el chico posee una imaginación muy exaltada, que puede hacer que vea lo que no existe.

—Pero tanta insistencia por su parte...

El doctor sonrió.

—Cuando entré aquí parecías estar muy seguro, Jim. Hay algo en la naturaleza humana, que siempre busca la oposición. Creo que será mejor que sigas la misma

prescripción que le di a Jackie y te vayas a la cama. No necesitas preocuparte por ninguno de los dos.

Envers se puso de pie y alargó una mano. Wade pareció reflexionar un momento, luego rió de repente, se levantó, estrechó la mano que le ofrecían y fue en busca del abrigo del doctor.

Como Wade, Tess estaba seriamente inquieta, Cuando Trykar se apartó de los mandos de la nave espacial, satisfecho al comprobar que la misma estaba siguiendo el haz de rayos radial que emanaba del Sol en su órbita, dio salida a sus pensamientos.

—¿Qué puedes hacer respecto al ser humano que viste? —preguntó—. Hemos estado viviendo tres días en la Tierra, entregados a un alto grado de excitación, debida sencillamente a una ley que prohíbe que nos dejemos ver de los nativos de ningún planeta. Y ahora que hemos cumplido rigurosamente dicha ley, no pareces preocupado en absoluto. ¿Esperas que aquella criatura nos considere visitantes sobrenaturales, como debieron considerar a los primitivos inspectores?

—No, querida. Como ya dije antes, esta idea es una tontería. La humanidad se halla obviamente en un estado avanzado de su desenvolvimiento científico, y es erróneo pensar que esta teoría puede satisfacerlos. No... ahora están enterados de nuestra presencia, y tal vez lo hayan estado desde la primera visita de los inspectores de nuestra raza.

—Tal vez, simplemente, no diesen crédito a los individuos que vieron a los inspectores, y ahora quizá tampoco le presten crédito a ese niño que te ha visto a ti.

—¿Cómo es posible tal cosa? A menos que supongas que todos cuantos nos han visto son unos embusteros congénitos, conocidos como tales por sus compatriotas, y, sin embargo, dejados en libertad. Para desacreditarlos de otro modo sería preciso una línea de razonamiento demasiado alambicada para una mente adiestrada científicamente. Una racionalización de este género, Tess, es tan característica de la gente primitiva como la superstición. Repito que ahora están enterados de nuestra existencia y que han permitido el intercambio galáctico desde la llegada del primer inspector. No pueden haber cambiado tanto en sesenta años, al menos en el progreso material. Y éste, querida, es el motivo por el que no me preocupa que me hayan visto. Comunicaré todo el asunto a las autoridades competentes tan pronto como llegemos a Bahn y no hay duda de que seguirán mis recomendaciones, que consistirán en enviar inmediatamente un grupo oficial para que entre en contacto con la raza humana —sonrió un instante y volvió a poner grave el semblante—. Me gustaría disculparme con aquel chiquillo cuya vida puse en peligro por mi inadvertencia, y también con sus padres, que deben haber sufrido una gran ansiedad. Pero me imagino que no pasará mucho tiempo antes de que pueda hacerlo.

Se volvió hacia su esposa.

—¿Te gustaría, Tess, pasar tus próximas vacaciones en la Tierra?

## *Reunión de águilas*

JOSEPH E. KELLEAM

*«Este relato fue publicado en abril de 1942. El Proyecto Manhattan se hallaba en sus fases preliminares. Se conocía la energía atómica como resultado de la fusión de los átomos de uranio en sus componentes más estables, pero las armas atómicas eran sólo un sueño en la mente de unos cuantos científicos militares. En esta narración, olvidada de extraña manera, Joseph Kelleam buceó más allá del sueño de la bomba atómica hasta la pesadilla final de una raza con armamentos atómicos en un mundo casi destruido por la guerra. Esta narración puede incluirse entre las mejores de las que preveían la Era Atómica, entre las futuristas.»*

No había estrellas. El arruinado campo de aterrizaje estaba iluminado por las llamas ya mortecinas de una gran fogata. Con oscuros y profundos ojos, las maltratadas torres contemplaban el campo, las danzarinas llamas y el estropeado cohete espacial. Más allá del radio de luz, la noche aguardaba amenazadora.

A la sombra de una de las distorsionadas torres, un hombre se hallaba acurrucado delante de la hoguera y de cuando en cuando prestaba atención a una marmita palpitante que colgaba de un palo ahorquillado sobre las brasas. Era delgado y ancho de espaldas. Las crepitantes brasas iluminaban su rostro ocasionalmente, con los sombríos y grises ojos, los altos pómulos, la ancha y sensible boca y los rizos rubios que le caían sobre la despejada frente. Parecía estar perdido en sus pensamientos, y sólo apartaba su mirada de la fogata para contemplar el negro firmamento o agitar la marmita. Cuando se movió para arrojar la leña al fuego, lo hizo con la gracia sensual de un gato, y hasta su maltratado uniforme adoptó un porte militar.

Mientras contemplaba el fuego, escuchaba el ruido de una nave que se aproximaba, agitando las capas inferiores del aire. El rugido de la nave descendente aumentó, cambió de un zumbido a un chirrido, y después del chirrido a un estruendo.

Se produjo un trueno y una ráfaga de llamas. Un largo chorro de fuego pareció barrer el aeródromo como una guadaña, y otra nave espacial se deslizó por el campo poblado de maleza. Se detuvo cerca de la nave silenciosa ya. Ambos aparatos eran pequeños y habían sido reparados y parcheados innumerables veces —diminutas naves individuales que zumbaban por el espacio como abejas—, como si los planetas y asteroides fuesen maduros frutos de oro, listos para ser arrancados.

El hombre de la fogata no hizo otro movimiento que ajustarse el cinto, con lo que su fina y bronceada mano descansó sobre la culata de una pistola. Siguió sentado contemplando el fuego, a pesar de escuchar el sonido de unos pies que se acercaban por entre la cizaña. La noche era fría y con su mano libre se abrigó más el pecho con su remendada chaqueta de cuero.

—Hola —el visitante estaba ante él con una fría sonrisa, un hombre bajo con anchas y encorvadas espaldas y ojos tan azules como el acero.

El hombre que estaba delante del fuego gruñó algo y le indicó con la cabeza al visitante que podía sentarse.

—Huele bien —contestó aquél al sentarse, mirando la marmita—. Ha sido una suerte que tuviera encendido este fuego. De lo contrario, no habría podido aterrizar. No me quedaba ya mucho combustible.

Exhaló un suspiró.

—Está bien. Me figuré que habría más naves por ahí. Ahora vuelven a casa... Bueno, aquellas que aún conservan bastante combustible para la travesía. Me llamo Duane, Jim Duane.

—A mí me llaman Capitán —contestó el bajito—. Tengo otros nombres, pero casi

siempre contesto por el de Capitán. Soy militar de profesión —añadió con una leve sonrisa—. Como usted.

—Sí —asintió cansinamente Duane—, éste es mi oficio. Luchar en favor del mejor postor. Pero cuando los amos de la guerra se quedaron casi sin uranio me enviaron a casa —añadió con una maliciosa sonrisa—. Como a usted.

—Y ha sido una condenada suerte poder llegar. Hay muchos chicos vagando por allá arriba —Capitán levantó el mentón hacia el oscuro cielo—. Pero hallarán más uranio. Y volverán a llamarnos. Veinte años de guerra no pueden terminar de esta manera. Los amos de la guerra no están satisfechos. Habrá más combustible para estos trastos y los tipos como nosotros volveremos a ser unos caballeros, cobrando mensualmente sueldos de cuatro cifras.

Duane sacudió la cabeza.

—Se ha acabado. Lo han sacado de todas partes. Oh, han hallado mucho durante siglos. Pero lo han consumido en veinte años. Han destrozado el universo. Han luchado como perros salvajes. Y ahora se ha agotado. De lo cual me siento sumamente feliz.

Capitán entornó los párpados.

—No habla usted como un militar, amigo.

La mano de Duane se afianzó en la pistola.

—Un hombre no habla de guerras. ¿Pero quiere ver cómo lucho?

El hombre bajito se encogió de hombros.

—Yo sólo lucho por dinero. Tal vez algún día combatiremos en campos opuestos.

El rumor de unas botas sobre la maleza aflojó la tensión entre ambos. Dos figuras se acercaron a la fogata. Dos individuos vistiendo unas destrozadas chaquetas de cuero, pantalones deshilachados y botas remendadas se detuvieron súbitamente dentro del radio de luz, con los ojos hacia el suelo como esperando una invitación.

—Locos espaciales —comentó Capitán en voz no muy baja.

Uno de los recién llegados levantó la mirada y acarició un bulto de su chaqueta.

—Tengo una lata de tomate —sonrió tímidamente.

Era un tipo delgado con el pecho hundido y una nariz muy prominente. Sus profundos ojos eran negros e inexpresivos.

Duane había visto centenares de sujetos semejantes. Eran hombres que volaban por el espacio, hombres quebrantados por el agotamiento de las guerras devastadoras.

—Meta los tomates en la marmita —dijo Duane calmamente—. Siéntense y entren en calor. Me llamo Duane. Éste es Capitán... de nombre, no de graduación.

Uno de los recién llegados sacó una lata del bolsillo y un abridor.

—Yo soy Ted Shafer —se presentó mientras procedía a abrir la lata—. Tenía una nave de propiedad, pero la perdí. Hace un año llevaba una mercancía y me abandonaron aquí. Dijeron que estaba loco. Yo no estoy loco. Ustedes pueden ver que

no lo estoy. Bien, he vegetado por aquí durante un año, viviendo de lo que he podido encontrar. Por allá hay una ciudad en ruinas. Después, hace una semana tropecé con este compañero. Se llama... ¿cómo es tu nombre? Lo he olvidado.

El cuarto hombre, un tipo regordete y de abultado abdomen, con una nariz enrojecida y una barba descuidada y espesa, gruñó:

—Me llamo Belton. Bill Belton. Tú cada vez estás más loco. Llevo por aquí unos seis meses. Pero a mí no me abandonaron. Salté de la nave. ¿Hay algo que beber?

Capitán lanzó un juramento.

—Un par de gorriones. Lo mejor sería darles un buen puntapié...

Duane entornó los párpados.

—Es mi fogata —dijo suavemente.

—Está bien, está bien. Pero seguro que están llenos de piojos.

Shafer y Belton se acomodaron junto al fuego, con los hombros inclinados hacia adelante.

Duane buscó algo a sus espaldas, entre las sombras, y cogió un rollo de mantas con el equipo. Del mismo extrajo cuatro platos y cuatro cucharas de hojalata y empezó a servir la comida. Cuando terminó, Shafer y Belton le prodigaron su agradecimiento, pero Capitán se mostró desdeñoso.

—¡Sopa de carne! —exclamó—. ¡Maldición! He estado sentado a la mesa de los amos de la guerra. Veinte sabrosos guisos en platos de plata y vino y licores y lo demás, Y todo el mundo ataviado de gala.

Duane sonrió.

—Lamento no ser un amo de la guerra. Pero tal vez le gustaría un puñetazo en la nariz.

Capitán aceptó el plato, gruñendo.

—Lo siento. Me olvidé. Caramba, espero que no tarden en encontrar más uranio. Es muy difícil aceptar esto cuando se está acostumbrado a un salario de cuatro cifras mensuales.

Duane elevó la vista al cielo, que estaba muy negro, excepto en donde una ligera niebla se mezclaba con el humo de la hoguera.

—No encontrarán más uranio. Al menos, no muy pronto. He pensado mucho en ello. Todavía no estamos preparados para conquistar el espacio. Lo hemos revuelto todo. Oh, sí, teníamos naves y armas. Mecánicamente, éramos perfectos. Pero nosotros no lo éramos. Conquistamos el espacio, pero no hemos sabido conquistarnos a nosotros mismos. Y esto quizá llegará algún día.

—Habla usted como un clérigo —se burló Capitán.

Shafer comía vorazmente, pasándose de cuando en cuando el dorso de la mano por la boca y la punta de su prominente nariz.

—¿Qué le hace pensar que ya no se encontrará más uranio? —preguntó

agriamente.

Duane lo contempló largamente. Los dedos del hombrecillo temblaban.

—Podrían hallar más, claro que sí —contestó Duane—, pero falta organización. Se ha ido a paseo. Si hallamos uranio volveremos a perderlo. Y el porvenir será fatal. Tendremos que afianzarnos en la vieja Tierra y empezar por el principio. Personalmente, ahora me siento contento.

—Tonterías —gruñó Capitán.

—Queda aún mucho uranio —afirmó tercamente Shafer.

Capitán estrechó los ojos.

—¿Cómo lo sabes, vagabundo?

Shafer evitó aquella mirada acerada.

—Tal vez lo sepa, tal vez no —evadió una respuesta concreta.

Belton rebañó el último pedazo de tocino de su plato y luego eructó satisfecho.

—Yo era rico... —le dijo al fuego.

Capitán dejó oír una risita.

—Jamás has tenido el dinero que vale una copa en el bolsillo, amigo.

—Yo fui rico —repitió Bill Belton, paseando su mirada por los demás. Una brasa chisporroteó entre las llamas, iluminándole su bulbosa nariz y las hundidas mejillas—. Yo fui rico, más que muchos.

—De acuerdo —asintió Duane—. Quizá lo fueses. Adelante, cuenta tu historia y quítatela del recuerdo. Por otra parte, esta noche no tengo sueño.

—Será una mentira que ha soñado entre un robo y un hurto —bostezó Capitán.

Belton pareció apenado y abatió los ojos hacia la fogata.

—Yo fui rico. Gobernaba una nave minera por la órbita de Aquiles. No era una nave muy grande, pero era mía. Y de repente, me crucé con un cohete mercante, a la deriva. Un meteoro lo había desviado un cuarto de su rumbo y derivaba, girando en el espacio, mientras las estrellas le guiñaban los ojos como diamantes resplandecientes sobre un manto de terciopelo negro. Lo abordé, y allí no había ni una gota de oxígeno, y todos los muchachos estaban muertos y helados en la nevera del Viejo Padre Tiempo. Bien, el cohete estaba atestado de pieles. Supongo que venía de Pallas. Y las pieles eran todas mías por derecho de conquista. Un botín real. Las llevé todas a mi nave hasta que apenas tuve sitio para moverme. Y entonces, cerca de Marte, me abordó una manada de tipos salvajes, que me robaron todo el cargamento de pieles y huyeron rápidamente en una de las pequeñas naves de emergencia. Lo he meditado una y otra vez. Aquellas pieles eran mías. Yo era rico. Pero me robaron. Claro que recuerdo el nombre de la nave. Lo vi. Vi el nombre. Y algún día atraparé a alguno de aquellos canallas, y entonces...

Mientras Belton contaba su historia, Shafer iba acurrucándose más contra el fuego, sosteniendo las manos con las palmas vueltas hacia las brasas. Le temblaban

los dedos como si tuviera frío. Sus vacuos y entrecerrados ojos miraban a los demás furtivamente.

Dos pares de ojos estaban posados en él: los de Duane y Capitán. Éste se metió la mano en el bolsillo interior de su cazadora de cuero y sacó un frasco. Lentamente, lo descorchó y se lo brindó al hombrecillo, para luego echarse hacia atrás. Shafer, tembloroso, dejó que sus dedos siguieran el trayecto del frasco.

—Pareces un buen chico —le dijo Capitán—. Pero enfermo. Toma esto, es todo lo que tengo, pero... —se encogió de hombros y produjo una helada sonrisa.

Duane contemplaba la pequeña comedia desarrollada ante él. En sus profundos ojos había lástima por aquel hombrecillo y desprecio por el que jugaba con él.

—Cree que tú sabes dónde hay uranio —murmuró burlonamente—. Hará tratos contigo por una tonelada de uranio a cambio de un trago.

—¡Al infierno! —exclamó Capitán. Y luego a Shafer—: Adelante. Bebe esto. No le hagas caso a este abogado espacial.

El hombrecito obedeció. Belton lo contemplaba todo como fascinado.

—¿No puedo beber yo un poco? —preguntó.

—Ni una gota —los ojos de Capitán eran asesinos—. ¿No ves que ese sujeto es todo un caballero? Seguro que ha visto días mejores...

—¿No estamos todos en esas mismas condiciones? —objetó Duane.

—Dejad tranquilo a ese chico —Capitán le palmeó amistosamente la espalda a Shafer. Éste sonrió tímidamente y volvió a levantar el frasco.

—Gracias.

Se pasó el dorso de la mano por la boca y le devolvió el frasco a Capitán. Éste lo rechazó.

—No, sé bien cuando un individuo necesita un trago más que yo. Seguro que viste mejores tiempos. Pero tú eras más rico que ese imbécil que gime, proclamando que tenía un cargamento de pieles...

Belton enrojeció.

—¡Oiga...!

Una mano se posó sobre su estropeada chaqueta.

—Calma —le aconsejó Duane, acariciándose la culata de su pistola. Belton se echó para atrás y comenzó a gruñir para sí.

Shafer tomó otro sorbo del frasco. Una lucecita febril empezó a asomarle a los ojos.

—¡Pielés! —gritó despreciativamente—. ¡Unas malditas pielés! ¿A quién le importan un comino unas pielés? Vaya, yo poseo un pedazo de todas las riquezas del mundo. Algún día, los amos de la guerra me seguirán, suplicándome. Yo soy más rico que las estrellas porque tengo lo que todo el mundo quiere.

—Conocí a un tipo que también hablaba así —anunció Duane, en voz baja—.

Estaba cantando una canción parecida en un bar. Pero no tenía bastante dinero para pagarse la última copa y le echaron a la calle.

—¡Cállese! —sonrió Capitán, confiando en que Duane ya había jugado su mano—. ¡No hagas caso de este cínico!

Shafer miró a Duane y esbozó una sonrisa.

—¿Cree que miento, eh? Bien, pues ya verá. Utilicé mi propia nave. Y encontré una mina, una bella mina flotante. No tuve que denunciarla porque yo sólo sé dónde está.

—Seguro —asintió Capitán.

—Toneladas y toneladas de uranio —explicó Shafer, paladeando aquellas palabras como si fuesen ricos bombones.

—Seguro —repitió Capitán—. Bastante para todos. Viviríamos como reyes.

Shafer se irguió y lo miró, asustado. Sus ojos volvieron a apagarse.

—Está tratando de hacerme hablar. No, es mía, sólo mía. Yo la encontré. Nadie más sabe dónde está.

El Capitán volvió a palmearle la espalda a Shafer.

—Sólo estábamos interesados en tu historia, ¿verdad, amigos?

Duane gruñó su desprecio.

Shafer bebió otro trago.

—Sí, señor —continuó con voz soñadora—, yo iba navegando por el espacio, apartado de las rutas normales, cuando tropecé con la mina. Un pequeño asteroide de unos dos kilómetros de diámetro. Uranio sólido. Lo cogí. Lo desvié de su órbita unos centímetros. Antes podía hacer tales cosas. Y ahora es mío. Una y otra vez me lo he repetido desde entonces. Y también las coordenadas. Puedo olvidar muchas cosas, pero nunca aquella órbita. Y escribiré las cifras cuando alguien me ponga un montón de dinero en la mano.

Calló un momento. Luego tomó otro trago y habló para sí mismo.

—Sí, señor, hallé un asteroide de uranio macizo. Yo iba tan tranquilo en mi nave, la *Billikins*...

Se llevó una mano a la boca como para detener aquellas palabras. Se le arrasaron los ojos en lágrimas. Por entre sus huesudos dedos se le escapó un chillido.

Bill Belton estaba de pie llevándose una mano al interior de su chaqueta.

—¡Tú! —gritó—. ¡Maldito seas! ¡Recuerdo el nombre de esa nave! ¡Era la tuya! ¡Tú me robaste las pieles!

El hombrecito agitó unas manos temblorosas como protesta.

—¡No! ¡No, no, no!

La mano de Belton salió lentamente de la chaqueta. Empuñaba un largo y afilado cuchillo.

—¡Fuiste tú! —insistió. Levantó el cuchillo, trazando un arco mortal.

Entonces, el miedo de Shafer se trocó en desesperación. Dando un grito feroz, dio un salto atrás y se llevó también una mano a la chaqueta. Ahora actuaba velozmente. El miedo le había enloquecido. En su mano apareció una pequeña pistola. Disparó a la cara de Belton, casi a bocajarro.

Belton trastabilló y cayó. Se llevó las manos a la ensangrentada cara... que ya no lo era. Lanzó un chillido que acabó en ronco estertor. Luego rodó hacia el fuego, volvió a gruñir, trató de incorporarse, volvió a caer... y se quedó inmóvil.

—¡Todos me habéis engañado! —Shafer estaba de pie, dominando con su pistola a los otros dos que seguían sentados. Le relampagueaban los ojos, como dos pequeños charcos de fuego. Logró aquietar sus manos y apuntó a Duane con el arma.

La mano de Duane se movió como una víbora al atacar. Dos pequeñas llamaradas surgieron de su pistola. Shafer pareció tropezar y cayó.

Duane volvió su atención a Capitán. El hombrecillo se estaba sujetando un brazo roto. La pistola que estuvo apuntando a Duane se deslizó de entre sus dedos.

—¡Idiota! —gruñó—. ¡Le ha matado! Yo creí su historia. Ese tipo sabía dónde estaba el uranio.

Duane se encogió de hombros.

—Era un loco. Un asesino. Conozco a los de su especie, Capitán. Comprendí lo que usted pensaba cuando él insinuó que sabía dónde había un cargamento de uranio. Usted pensó que sólo usted y Shafer saldrían con vida de este campo. Usted ya estaba empuñando su pistola dispuesto a eliminarme, si Shafer fallaba.

—¡Maldito idiota! —juró Capitán—. ¡Oh, me gustaría tener aquí a alguno de mis hombres!

—Suelte la pistola y lárguese —le ordenó Duane.

—Pero es de noche. No puedo internarme en la oscuridad sin un arma.

—¡Fuera! —las palabras de Duane eran como agujas de hielo—. No tardará en amanecer.

Capitán se puso de pie. Estaba estremecido por la furia, el temor y el dolor de la herida en el brazo. Lentamente se apartó de la fogata.

—Y recuerde lo que dije —añadió Duane—: Los hombres conquistarán algún día el espacio... pero será después de haberse conquistado a sí mismos.

La figura de Capitán fue desvaneciéndose en la noche. El rumor de sus pasos murió también.

Duane continuó sentado delante del fuego, contemplando intensamente las llamas, olvidado de las dos figuras inertes que yacían en la sombra. Al fin se levantó. Por oriente nacía una plateada luminosidad. Cuando la miró, el color plateado se tornó más brillante, y en el cielo aparecieron como unos dedos de color púrpura.

Al nacer la mañana se disolvió la niebla. El cielo quedó iluminado. Estaba vacío... pero claro y lleno de promesas.

## *El astrólogo de la Reina*

MURRAY LEINSTER

*"Éste es uno de los pocos relatos medievales futuristas que hayan sido escritos. Sólo sé de otro llamado La fuerza, salido también de la pluma del prolífico Leinster. En este último, un personaje de otro planeta visita a un profesor incomprendido de la Edad Media. En el presente, por otra parte, la anticipación es nativa y local, sin interferencias foráneas. Y resulta extraño cuan vivida y real parece la «anticipación» en esta narración, a pesar de su ambiente medieval.*

*Murray Leinster era ya un gran autor de obras de ciencia ficción antes de que nacieran algunos de los demás autores que figuran en esta antología. Su primera novela bajo el pseudónimo de Leinster apareció en 1920, aunque como Will Jenkins (su verdadero nombre) ya había publicado otras."*

Cuando el desconocido llamó furtivamente a la puerta del Astrólogo de la Reina, en Ynarth, era casi de noche. Había nieve en los tejados de todas las achaparradas casas, y en las calles, una nieve fangosa y resbaladiza debido a las pisadas de los viandantes, y también una caperuza de nieve en la cabeza de Robin Ghaur, que estaba expuesta sobre un poste en la Plaza del Centro.

La Reina había hecho ejecutar a Robin Ghaur y de manera edificante, había hecho colocar su cabeza, por orden especial, no aplastada ni maltrecha, entre las mandíbulas de una monstruosa máquina, en la Plaza, para recordarles a sus vasallos que una revuelta no daba buenos resultados. También tomó otras medidas, en las que la mayoría de sujetos procuraron no pensar, pero en las que a veces soñaban. En consecuencia, la ciudad y el reino de Ynarth eran desesperadamente leales a la Reina que vivía en su palacio, frunciendo constantemente el ceño hacia sus súbditos.

El desconocido llegó a la ciudad hacia el crepúsculo, antes de que se cerrasen las puertas, cojeando y apoyado en su cayado, como un mendigo muerto de hambre. Fue vagando por las calles hasta que halló un mesón ampliamente surtido, donde gracias a unas monedas de cobre obtuvo comida, que tragó vorazmente, y pareció dormir mientras escuchaba atentamente todas las conversaciones. Pero ninguna charla le resultó informativa porque la Reina tenía muchos espías. Al final, el desconocido, que hablaba con ligero acento extranjero, tuvo que preguntar dónde se alzaba la casa del astrólogo de la Reina.

Y ahora estaba llamando furtivamente a su puerta. Se produjo una espera impresionante. Por fin, una vacua cara sonriente llenó la obertura enrejada. El desconocido puso una moneda entre las rejas. La moneda cayó al suelo, tintineando como oro. La puerta se abrió al instante y el criado del astrólogo sonrió servilmente, cediendo el paso al forastero. Volvió a cerrar y a atrancar la puerta y sin una sola palabra lo condujo arriba.

El desconocido se detuvo cuando la luz lo deslumbró. Se hallaba en una vasta estancia con una monumental chimenea a un extremo. Las llamas crepitaban confortablemente en el hogar. Había un lagarto embalsamado que colgaba del techo y búhos y murciélagos en los muros, y por todas partes se veían las cartas y planos del astrólogo, desplegados de manera impresionante. Pero el astrólogo de la Reina se hallaba ataviado con un atuendo corriente, ocupado en una complicada confusión de tubos de cristal y líquidos en matraces. Levantó la cabeza y enarcó las cejas.

El desconocido, sin decir una sola palabra, se desposeyó de las ropas de mendigo. A medida que caían las ropas, debajo iban apareciendo otras prendas más lujosas. El astrólogo estaba admirado. Por fin se incorporó y saludó gentilmente.

—Vienes de lejos —observó—. Vistes cómo los sacerdotes de Ars, más allá de las montañas. Me siento abrumado por tanto honor. Nosotros no adoramos a Ars, aquí en Ynarth, pero te ofrezco lo que parece apropiado como cortesía.

El forastero asintió y tomó asiento.

—Esperaba tu cortesía. Vengo en busca de ayuda —contestó con frialdad.

—Estoy a tu servicio en todo aquello que la Reina aprobaría —repuso secamente el astrólogo—. Filtros de amor, horóscopos, encantos, magia de tres colores... todo lo que no sea una traición lo haré con sumo gusto por un colega.

Al observar que el forastero lo miraba extrañado, el astrólogo explicó:

—Nuestra Reina es sumamente inteligente. Tiene espías, y espías de espías, y espías que espían a los espías de los espías. Te aseguro que ningún hombre cuerdo de Ynarth soñaría en traicionar a la Reina. Y yo soy un hombre cuerdo.

El desconocido se encogió de hombros.

—No pienso en ninguna traición —fue la respuesta—. Se trata de religión. Ya habrás oído hablar de la gran imagen de oro de Ars, en Scliit. Tiene quince palmos de altura, es de oro sólido y lleva una armadura, hecha con los huesos de los enemigos de nuestra nación. Indudablemente, también habrás oído alabar su enorme, brillante y único ojo, tan rojo como el fuego, tan brillante como el odio y con las llamas del infierno en sus entrañas. Tal vez la noticia no haya llegado tan lejos; pero un sacrílego ladrón ha sido tan osado y listo como para robarlo.

—Me siento sumamente perplejo —confesó el astrólogo de la Reina, cortésmente.

—Y espero tu ayuda —prosiguió el forastero— para recuperarlo.

—Por desgracia —se quejó el astrólogo—, mi magia no es muy grande en esta especialidad. Vacas extraviadas, esposas huidas, amantes... sí, he tenido algunos éxitos hallando tales seres. Pero nunca ojos de ídolos. Temo que esté un poco enmohecido en los procesos mágicos para la búsqueda de ojos de ídolos.

—¡Un higo por la magia! —gruñó despreciativo el sacerdote de Ars—. ¡Un bleo por la astrología! ¡Al fuego los encantos y sortilegios! Reconozco el aparato en que te ocupas. Trata de algo que yo conozco.

El astrólogo se sobresaltó ligeramente. Miró el aparato y luego de nuevo a su visitante.

—¿Sí? Bueno, lo cierto es que tengo algunas dificultades...

—Los niños oyen los chillidos de los murciélagos —le atajó el extranjero— que ningún adulto puede oír. Tú quieres saber el motivo. Has fabricado un silbato que emite hasta una nota que tú no puedes oír, y, sin embargo, los niños insisten en que lo oyen. ¿Es verdad? ¿No te ocupas de un aparato que fabrique sonidos que ningún oído lo pueda captar?

El astrólogo respiró hondamente.

—¡Por los cielos! No esperaba hallar un científico en un sacerdote de Ars. ¡Seguro! Los perros también oyen esos sonidos que el hombre no puede percibir. La Reina...

Calló. El forastero sonrió plácidamente.

—En Scliit hay perros sagrados de la diosa Tici, que odian a los delincuentes y revelan todos los crímenes. Cuando una persona acusada de un crimen lo niega, es conducido ante los perros, en medio de otros individuos inocentes. Los perros sagrados muestran la cólera cuando el culpable se les acerca. Han sido amaestrados para gruñir cuando oyen un sonido que los oídos humanos no pueden oír.

—Pensé que tenía una conciencia que me molestaba a veces para servir a la Reina —observó el astrólogo—, pero veo que los sacerdotes de Ars y Tici sois de mi especie. Excepto... —su tono se tornó más cortés— que estáis mucho más adelantados.

—Cierto —afirmó el otro, ufano—. Nosotros conocemos los sonidos que no son audibles por los hombres. Unos son demasiado estridentes y otros excesivamente bajos. Hay un sonido que incita al temor, aunque su oyente no lo oiga. Hay otro sonido que despierta la pasión amorosa. Nuestros sortilegios de amor no fallan en el templo de la diosa del amor, Nus.

El astrólogo de la Reina esbozó un gesto para interrumpirlo. Llamó a su siervo y le comunicó que el visitante se quedaría a cenar y a dormir. Encargó los más apetitosos manjares para los dos, que deberían ser servidos de la mejor posada de la ciudad. El criado, medio idiota, se precipitó por la escalera.

—Estarás mal servido —se disculpó el astrólogo—, pero si tuviera un criado inteligente, mis clientes... aparte de la Reina, pensarían que es un espía de palacio y temerían acudir a mí. Hago un buen negocio con las maldiciones, las pociones para el amor y los filtros para impedir el adulterio. Como trabajo con afán y pulcritud y como siempre comunico fielmente a la Reina las demandas que pueden perjudicarla, vivo tranquilo y en la gracia de su majestad.

Dispuso una mesa, colocando encima platos y cubiertos, amén de un enorme jarro de buen vino en honor de su invitado.

—Pero respecto al ojo de Ars... —hizo una pausa y luego preguntó—: ¿Debo inclinarme o saludar al pronunciar este nombre?

El sacerdote sonrió.

El astrólogo continuó:

—Perdón. Pensé que creías en tu dios. Bien, temo que no pueda hacer nada por la recuperación de esta joya. Es de infinito valor, de ello estoy seguro. Pero ningún ladrón se atrevería a venderla en Ynarth. Los espías de la Reina lo prenderían. Su majestad lo condenaría a muerte por su crimen y la joya...

—Se la quedaría ella. Seguro. La joya todavía está en Ynarth —añadió el forastero confiadamente—. De esto estoy seguro. ¿No ha habido ninguna revuelta últimamente?

El astrólogo se encogió de hombros.

—Robin Ghaur encabezó una conspiración —explicó con voz inexpresiva—. Su majestad lo invitó a una entrevista Particular y él tuvo el mal gusto de observar que los amantes de la Reina morían jóvenes y acto seguido huyó del país. Su majestad se enfadó justamente.

El sacerdote de Ars tornó un sorbo de vino.

—¿Y...?

—Su esposa y sus dos hijos también desaparecieron —continuó el astrólogo—. La Reina expresó su indignación, asegurando que habían huido del reino. Juró que colgaría a todo aquel que osara decir que ella los había hecho asesinar despechada por lo de Robin, de forma que nadie se atrevió a decirlo. Pero Robin se presentó en la frontera para vengarlos, reunió unas tropas y derrotó al ejército de la Reina en dos sangrientas batallas.

—¿Y...? —volvió a repetir el sacerdote.

—Dos espías de la Reina lo apresaron. Eran valientes aquellos espías. Lo secuestraron de en medio de los rebeldes, y la revolución concluyó de repente. Robin podía inflamar el furor de los enemigos de la Reina. Los demás sólo inspiraban miedo.

El forastero asintió y sonrió.

—La Reina se vengó —añadió el astrólogo, sin entonación—. Se requirió a todo el pueblo a que acudiese a contemplar a los rebeldes, sus cuellos apretados entre los muros de una nueva edificación que la Reina estaba construyendo. Algunos, al ver allí a sus hijos, fueron tan indiscretos que enloquecieron. Pero los rebeldes murieron entre gritos y espasmos de dolor. Tardaron casi una semana en morir todos.

El forastero, ricamente ataviado, asintió con aire de completa satisfacción.

—Naturalmente —agregó el astrólogo—, que Robin Ghaur fue tratado con especial severidad. Vivió casi diez días. Su cabeza se halla ahora en la plaza pública.

—Él poseía el ojo del ídolo de Ars —afirmó el sacerdote—. Estoy seguro de ello. Por esto pido tu ayuda para encontrarlo.

Hubo un ruido abajo. El criado idiota trepó por la escalera con gran estruendo. Llevaba una enorme cesta de la que surgían agradables aromas. La dejó sobre la mesa que el astrólogo acababa de preparar, y puso al descubierto un ganso humeante y pastel de carne, pan blanco como la nieve y algunos otros aderezos.

Tras producir un ruido extravagante se retiró al lado de la chimenea, donde se puso de cara al fuego. El astrólogo acercó sillas a la mesa y se inclinó ante su invitado. Éste se levantó y ocupó su lugar en la mesa. El astrólogo lo imitó. Parecía terriblemente inquieto.

—Si quisieras decirme...

El sacerdote de Ars gruñó con la boca llena.

—Hay sonidos que no pueden oírse —repitió al cabo de un instante—, pero que

afectan al corazón. Ya hablé de los sonidos que inspiran temor. En Scliit estos sonidos se fabrican en el templo del dios Plut, que rige el más allá. Hay sonidos que promueven a la piedad. En el templo de Nus, la diosa del amor, los sonidos incitan a sus devotos a tal frenesí, que sus amorosos transportes son indudablemente muy del gusto de la diosa —su tono era pura ironía—. Y también he mencionado a los perros sagrados de Tici, la diosa de la justicia. Yo soy sacerdote de Ars, dios de la guerra.

El astrólogo asintió.

—La imagen de Ars está hecha de resonantes placas de oro —explicó el forastero. Bebió—. Suena como una copa de cristal cuando el coro entona un himno... ¿Y puede una campana sonar sólo con su propia voz?

El astrólogo, masticando pensativamente, sacudió la cabeza.

—Claro que no —objetó el sacerdote—. Colocándose uno debajo de una gran campana y gritando, contestará con el reflejo de su propia voz. El ojo del dios Ars es de cristal, inteligentemente tallado por los maestros de la antigüedad. Suena como una campana. Pero ningún hombre puede oír su sonido. Sin embargo, el sonido existe. Es un sonido que incita al odio.

El astrólogo dejó de masticar. Miró fijamente al sacerdote de Ars, que sonrió.

—Sería muy instructivo para quien hurga en la ciencia de los sonidos inaudibles asistir a una ceremonia en honor a Ars. El sumo sacerdote del templo se dirige a los devotos, refiriendo las maldades del enemigo nacional. El ojo de cristal tintinea bajo el imperio de la voz. Pero lo hace en un tono que el oído humano no puede captar pero sí responder al mismo. Y levanta oleadas de ira. El pueblo grita. El griterío hace que el cristal suene más, lo cual aumenta el furor. Los tambores resuenan. Los hombres chillan, enfurecidos por el odio propagado por el ojo de cristal. Cuando salen los devotos, están enloquecidos. Diestramente, se les ha imbuido el odio en sus corazones.

El astrólogo de la Reina tragó saliva y calló. El forastero rió.

—Naturalmente —continuó—, sentirían furor en cualquier caso. Es lo que produce el sonido inaudible. Pero cuando se encolerizan están oyendo además propalar las fechorías del enemigo nacional. Podemos, los sacerdotes de Ars, dirigir el odio del pueblo hacia los sacerdotes de otro dios o contra nuestro propio rey. Por esto, los sacerdotes de Ars somos los más poderosos de todos los de Scliit.

El astrólogo de la Reina esbozó un gesto de desamparo.

—Pero Robin Ghaur... ¿Entonces, no era el furor honrado de los hombres honrados lo que incitaba a sus seguidores?

El sacerdote volvió a reír. Su risa era cínica.

—Robin Ghaur —explicó—, era hijo de una danzarina del templo, a la que raptó su padre. Éste era un noble y cabalgó velozmente, poniéndose a buen recaudo. Transcurrieron quince años antes que la vigilancia de sus guardianes se relajara, y

nosotros pudimos entonces matar al hombre y a la mujer, gracias a la daga de un asesino a sueldo.

—Indudablemente, este Robin Ghaur estaba enterado del secreto de nuestro templo por medio de su madre, quien debió contárselo antes de ser asesinada. Luego, él robó el ojo de Ars para promover la cólera de este pueblo contra la Reina. Pero —su sonrisa se trocó en otra de cruel malevolencia—, cuando los espías de la Reina lo rodearon, a su alrededor se extendieron oleadas de odio. ¡Los espías de la Reina lo odiaban! Él estaba en sus pensamientos cuando se encrespó su furor, no la Reina. Así, una vez le apresaron no hubo promesa ni soborno que los conmoviera, ya que lo odiaban como la multitud del templo de Ars odia a quienes les ordenan odiar sus sacerdotes.

Ahora el astrólogo había palidecido.

—Bien —declaró sin sonreír—, yo pensaba en mí sin ilusiones. Pero creía en Robin Ghaur. Creí en el furor de los que lo seguían, ganando batallas imposibles. Envidié su valor, aun sin esperanza. Pero ahora ya no me parece envidiable haber provocado la cólera del pueblo mediante unos arteros sonidos que enloquecen a los hombres. No es glorioso, sino perverso, ganar batallas debido a la calculadora ciencia de los sacerdotes de Ars. Estoy desilusionado. Me siento como un bobo.

El sacerdote forastero estaba divertido.

—¡Y tú eres un científico! —se burló con sarcasmo—. Yo te ayudaré a fabricar ese aparato que crea los sonidos inaudibles. Yo lo ajustaré al sonido producido en el templo de Nus. Y cuando una buscona acuda a ti en demanda de un filtro para algún patán cuyo amor ella desee provocar, llenarás sus oídos con un sonido que ella ignorará. Pero se sentirá poseída por tal deseo que serás tú, por estar a su lado, el objeto de su amor. Cualquiera mujer que...

El astrólogo de la Reina sacudió negativamente la cabeza.

—Esto es algo que la Reina debe saber —reflexionó—. Pero no. Soy un loco. He sido un canalla, pero llegué a pensar que había hombres mejores que yo. Tú has destruido esta creencia —tragó saliva—. Tú eres más inteligente que yo, gran sacerdote de Ars. Eres mi invitado. Pero me fastidias. No sé nada de la joya que buscas. No puedo ayudarte.

El extranjero sonrió amistosamente.

—¡Vamos, vamos! Una gran joya, roja como el fuego, brillante como el odio, con las llamas del infierno en su corazón... ¡Este tesoro no puede perderse! ¿Qué espías capturaron a Robin y dónde pudieron ir a vender esta gema? Búscalos y yo te daré más oro del que puedes soñar. No quiero vengarme del robo. Robin Ghaur ya pagó el castigo. ¡Me has dicho que tardó diez días en morir!

El astrólogo se estremeció ligeramente.

—Creo que también yo lo he pagado. Tú no sabes qué consuelo representa creer

que hay otros hombres mejores que uno. Es un pensamiento confortador pensar que puesto que hombres más grandes, más sabios, creen en los dioses —dioses que no es posible conocer ni alcanzar—, estos dioses deben existir y pueden incluso tolerar a los hombres que son demasiado ciegos para verlos. Esto es lo que tú me has robado.

El sacerdote de Ars se alzó de espaldas.

—Te ofrezco mucho oro.

—Que es el pago de nada —el astrólogo de la Reina cerró los ojos—. ¡Déjame que piense! El cuerpo de Robin Ghaur fue arrojado en un hoyo —lo que quedó de él — por orden expresa de la Reina. Nadie osaría tocarlo o enterrarlo. Los dos espías que lo apresaron se pelearon en presencia de la Reina, disputando por cuál de ellos había contribuido más a la captura. La Reina los hizo colgar por su insolencia. Ha habido, pues, un asesinato... pienso que dos, y una pelea...

Meditó, contraído el rostro. Al cabo de unos momentos se levantó. Escribió algo en un pergamino. Llamó a su sirviente. Juntos abandonaron la estancia. El astrólogo de la Reina regresó solo.

—Si le has notificado a la Reina mi presencia aquí —observó fríamente el extranjero—, y me prenden, juro que tendrás que entregarme el ojo de Ars, cuando lo encuentres.

El astrólogo de la Reina sonrió.

—De haberle enviado un aviso a la Reina sería diciéndole que tú me habías propuesto traicionarla. Pero no lo he hecho —luego añadió con humildad—. Lo que he hecho es enviar a mi criado al lugar donde supongo que está el ojo de Ars. No sospeché nada hasta que tú me hablaste de su poder. Y envié allí a mi siervo porque un hombre inteligente no iría en busca de esa joya. Tendremos que esperar su retorno. Si entretanto quieres dignarte instruirme en la ciencia de los sonidos inaudibles...

El sacerdote de Ars sonrió despreciativo. Pero vació su copa de vino y empezó a hablar, con precisión. Luego se puso de pie y poniendo manos a la obra, fue modificando el aparato del astrólogo a medida que hablaba.

—¡Ah, sí! —repitió el astrólogo una y otra vez cuando el extranjero de más allá de las montañas calló—. ¡Notable! ¡Ingenioso! ¡Admirable!

En vista de tal aprobación, el sacerdote se sintió más ufano que antes. Una cosa es fingirse el portavoz de una deidad imaginaria. Otra muy distinta recibir el tributo de admiración de un hombre que es capaz de comprenderlo todo sin esperanzas de igualarse con uno mismo. El sacerdote de Ars rebosaba de satisfacción.

El tiempo fue transcurriendo. El sacerdote extranjero comenzó a embriagarse entre el vino y la reverencia del astrólogo. Llegó un momento en que los guardias hubieran podido prenderlo con toda tranquilidad si el astrólogo de la Reina le hubiese traicionado. Un poco tambaleante, observó que si el criado del astrólogo volvía, podría comprobar el efecto de ciertos sonidos.

—Vendrá —le aseguró el astrólogo—. Tal vez ha tenido que esconderse de una patrulla de la Reina. Recorren todo el país por la noche, apresando a todo el que vaga en la oscuridad, sospechando que actúa en contra de la Reina. Pero todos saben que mi criado es idiota y yo gozo del favor de la Reina. No hay por qué temer.

El sacerdote de Ars volvió a beber. Más tarde, tambaleándose en la silla, se durmió en medio de una frase en la que se alababa sin recato de los sonidos que él podía fabricar sin que se oyeran. El astrólogo de la Reina continuó paseándose por la cámara, frunciendo el ceño.

El extranjero llevaba roncando apaciblemente media hora cuando abajo se oyó un leve arañazo. El astrólogo se apresuró a abrir la puerta. En el umbral se hallaba el sirviente, los ojos desmesuradamente abiertos por un terror animal. Respiraba jadeando. Temblaba. Gruñó cuando el astrólogo cerró la puerta. Con tembloroso dedo puso algo pequeño y duro en la mano de su amo. Después pareció estar a punto de sufrir un colapso. Pero el astrólogo lo llevó arriba, ante el fuego, y le entregó un vaso lleno de vino.

—Así que lo encontraste —musitó el astrólogo. Sus ojos se posaron en las ropas del servidor. Estaban manchadas de tierra, brillantes de nieve y algunas manchas parecían de sangre.

—Cogiste la joya y la llevaste al palacio de la Reina, tal como te ordené, ¿verdad? El idiota asintió, estremeciéndose.

—¡Ah! —prosiguió el astrólogo—. Llamaste a la puerta, te reconocieron como mi criado y te dejaron entrar, enviándote a presencia de la Reina, ¿eh? ¡Ah...! Y tú le entregaste a su majestad mi pergamino.

El criado inclinó la cabeza aterrado.

—Creo saber el resto —añadió el astrólogo, quedamente—. La Reina llamó a todos sus guardianes y cortesanos y les contó que gracias a mi magia había recuperado una joya que uno de ellos le había arrebatado a Robin Ghaur y que el traidor trataba de sustraer a su admiración. Les llamó traidores y canallas, ¿verdad?

El idiota sollozó al recordarlo.

—¿A cuántos ordenó matar? —preguntó el astrólogo, ansioso—. ¿Estaba encolerizada, eh? Empezó a hablar con suavidad, y poco a poco fue montando en cólera, llameantes los ojos y la cara contorsionada, la voz estridente, ¿no es eso?

El criado gritó de espanto.

—Los insultó. Gritó furiosa, acusándolos de odiarla. Y ellos empezaron a odiarla de veras. El salón se convirtió en un lugar mortalmente callado, excepto por el sonido agudo de su voz; pero los ojos de todos los guardias y cortesanos empezaron a centellear de odio. Avanzaron hacia ella, con los rostros contraídos, convertidos en sendas máscaras de odio. Avanzaron quietamente, paso a paso, apretados los puños, mientras ella seguía gritando furiosa.

El sirviente gimió. Aún estaba atemorizado por el pasado terror.

—Debió ser grato de ver —murmuró el astrólogo—. ¡Ah, sí, debió ser grato de ver! Y, de repente, uno perdió el dominio de sí mismo y saltó sobre ella, chillando... y sus compañeros, y también las mujeres, aullaron como lobos y saltaron para despedazarla con uñas y dientes. ¡Los nobles que habían vivido gozando de su favor, gracias a la sangre del pueblo! ¡Debió de ser un buen espectáculo! La destrozaron hasta no dejar más que diminutos fragmentos de su cuerpo, de su sangre, de su piel, ¿no es cierto?

»Y después continuó el tumulto y su odio fue mutuo, y todos lucharon enconadamente por los pedazos de lo que había sido su Reina, y proclamaron su odio y llamearon los cuchillos y las espadas y...

Temblaron las aletas de la nariz del astrólogo. El idiota sollozó y cayó implorante a sus pies. Su amo respiró profundamente.

—No, no estoy enfadado contigo. Hiciste lo que te ordené. Y esperaste a traerme la joya hasta que la viese la Reina. Lo hiciste muy bien. ¡Bebe!

Le sirvió otro vaso a la inmóvil criatura, que sollozaba ahora silenciosamente. Miró luego la gema que tenía en la mano. Brillaba, relucía a la luz del hogar. Era roja como el fuego, brillante como el odio y parecía haber llamas en su interior.

Pero el astrólogo la contemplaba con enojo. La colocó a continuación entre las mandíbulas de unas enormes tenazas. Apretó fuertemente y la joya se partió en dos fragmentos irregulares. Habló quedamente, mientras el criado le observaba por encima del borde de su vaso de vino.

—Una campana, una vez rota, no vuelve a tener la misma voz, por muy diestramente que sea reparada. Ahora un poco de goma para que mi huésped nada sospeche y, de todas formas, las sospechas recaerían sobre Robin y no sobre mí —volvió a juntar los dos pedazos limpiamente. Luego borró las señales del pegamento. Parecía igual que antes.

—Además, ahora tengo otros conocimientos que no poseía —musitó.

Dejó la joya sobre la mesa donde había cenado su invitado.

—¡Grandes conocimientos! —repitió con ironía—. Puedo producir sonidos inaudibles, que despierten terror, ambición y furia en todos los hombres. Y he aprendido que todos los seres de la tierra son unos canallas, no mejores que yo —se echó a reír secamente—. ¡Bien! Si no existe un hombre más honrado que yo, tengo que obrar como si yo fuese un hombre muy decente; y hacer lo que los hombres más nobles harían, caso de existir. Tengo que darle un poco de paz y justicia al reino de Ynarth, tal como Robin habría intentado hacer.

El idiota bostezó cavernosamente y se enroscó en el suelo, junto a la chimenea. Dormía como un muñeco, ladeando la cabeza.

—La Reina y toda su corte han muerto —meditó el astrólogo—. La locura hizo

presa en ellos y murieron. Haré correr la especie de que Robin lanzó una maldición contra ellos, contra la Reina y su corte, y contra todo rey y reina que la sigan, que la locura se apoderará de todos cuantos sean tiranos. ¡Y en efecto, fue una maldición la que lanzó cuando se tragó esta joya! Esto proporcionará cierta cordura durante uno o dos reinados... hasta que se den cuenta de lo irrazonable de tal cordura.

Contempló el aparato que el extranjero, el sacerdote, el científico de Scliit había modificado en su beneficio. Sonrió de repente con sequedad.

—Mientras tanto, yo estudiaré para aprender si hay algún sonido que haga honrados a los hombres, en lugar de seguir siendo fieras hambrientas.

Se encogió de hombros. El cielo brillaba imperceptiblemente por oriente. Volvió a contemplar la joya. Apenas se notaban la fractura y la reparación. Después se acercó a su invitado, que seguía roncando, lo despertó y le comunicó que, tras disfrazarse de nuevo con las ropas de mendigo, podía ya salir de la ciudad tan pronto como abrieran las puertas, y que podía hallarse perdido entre las montañas antes de que el pueblo de Ynarth se enterase de la muerte de su Reina.

# *Taxidermia loca*

THEODORE STURGEON

*"Aquí presentamos al buen Sturgeon, el de sus primeras armas en narraciones futuristas y de fantasía, el de 1940, menos de un año después de haber empezado a publicar sus novelas. ¡Un excelente Sturgeon! ¡Y vaya relato! Imagínese el lector qué clase de tipos y de vida pueden desenvolverse en lo alto de una inaccesible meseta en los desiertos del oeste, no produciéndose ninguna interferencia de vida "normal". Piense en particular qué podría suceder si una nave espacial la emplease como campo de aterrizaje e inadvertidamente dejase un ejemplar de una de las especies herpetológicas de su planeta.*

*Tome el lector el argumento a partir de aquí y vea si consigue imaginar un argumento tan gracioso y desenfadado como el creado por Theodore Sturgeon. En tal caso, no se demore, escríbalo y envíelo a una revista.*

*Theodore Sturgeon, que es uno de los cuatro o cinco escritores futuristas o de anticipación de primera línea, vive en un refugio terrestre, construido como una nave en Rockland Country, estado de Nueva York. En su casa tiene toda clase de artilugios e inventos destinados a hacerle más plácida y cómoda la existencia, lo cual, naturalmente, le permite escribir más horas."*

Generalmente, no soy un individuo desordenado. Un poco de basura en torno a mi refugio del oeste apenas me molesta. Lo que no cabe en un cubo puede arrojarse de casa a patadas hasta que el viento lo desparrama. Pero hoy era diferente. Iba a venir Myra y no podía permitir que la muchacha viese mi casa tan desordenada.

Y no es que a ella le importase. Me conocía de sobras para que no le importase. Pero aquella clase de «basura» podía resultarle un poco... especial.

Después de barrer, empecé a buscar por los rincones más extraños. No quería que una ráfaga de aire pusiese en evidencia tales pruebas en un momento inesperado. No, mientras Myra estuviese allí. Pensando en ella, casi me sentí tentado a dejar uno de aquellos objetos donde ella pudiera verlo. Generalmente es tan imperturbable que podía resultar divertido ver cómo se ponía histérica.

Aparté de mí un pensamiento tan poco caballeroso. Myra siempre se ha comportado honestamente conmigo. A veces me sentía algo enfadado con ella por gustarme tanto, cuando decididamente no es mi tipo. Al buscar bajo la cama encontré mis zapatillas. Mis pies todavía estaban dentro. Dejé una en la repisa y pasé al otro cuarto, donde pude sentarme y arrancar el pie de la otra zapatilla. Eran unas zapatillas muy raras; la izquierda mucho mayor que la derecha. Lancé una maldición y tiré del pie derecho. Por fin salió, crujiendo. Hice con él una bola y lo arrojé a la papelera. Veamos... oh, sí, había una mano todavía aferrando el asa de uno de los cajones de mi escritorio. Fui y la quité. ¿Por qué no me habría telefonado Myra en lugar de telegrafiarne? No podía impedir que viniese. Se limitaría a presentarse de improviso, como de costumbre. Y yo, con tantas cosas en la cabeza...

Cogí el dedo índice que había en el piano y lo tiré, así como el pie izquierdo. No sabía si debía hacerme del torso que colgaba de la percha del pasillo, pero me decidí en contra. Era una pieza excelente. De la misma saldría algo estupendo, una maleta, por ejemplo, o una chaqueta impermeable. Con todo aquel material a mano, era una tontería no aprovecharme.

Lo registré todo cuidadosamente. Mis pies habían ya desaparecido, por tanto, no tenía que preocuparme por ellos hasta la mañana siguiente. Lo mismo le ocurría a mi mano derecha. Esto iba bien. Tendría que estrecharle la mano a Myra y no me habría gustado que la mía quedara colgando de la suya. Tiré de la izquierda. Estaba ya un poco floja, pero no quise forzarla. No era una dolencia penosa mientras no se forzase en ningún sentido. Mi cara no tardaría en caerse. Procuré contener la risa y quizá conseguiría conservarla hasta que ella se hubiese marchado.

Me llevé ambas manos a la garganta y apreté un poco. Chascó mi cuello y la piel se desprendió al instante. Bien, todo iba bien. Me pondría corbata y Myra no podría distinguir el despellejamiento por encima del cuello de la camisa.

Sonó el timbre y me sobresalté. Al levantarme se resquebrajó la piel de mi pantorrilla y se desprendió como si fuese de celofán. La cogí, ocultándola debajo del

sofá y corrí a la puerta. Al alargar la mano, una de mis orejas crujió en aviso; la arranqué, me la metí en el bolsillo y abrí la puerta.

—¡David! —exclamó ella.

Con este saludo quería dar a entender que estaba encantada de verme, que llevábamos ocho meses desde la última vez, que estaba muy bien, que lamentaba no haberme escrito y que nunca contestaba ninguna carta... a nadie.

Pasó al interior de la casa y en el saloncito se detuvo como si estuviese plegando sus alas, se desprendió de la chaqueta sin parar mientes en si alguien detrás de él la recogía, porque estaba segura de mi acción, cruzó sus largas piernas y se instaló confortablemente sobre la alfombra. Le puse un cigarrillo en una de sus manos y un beso en la palma de la otra, y hasta entonces no me miró.

—¡Vaya, David! ¡Estás espléndido! Ven aquí. ¿Qué le pasa a tu cara? Está como agrietada. Pero estás muy bien. Has trabajado con exceso, ¿verdad? ¿Y yo qué tal estoy? Me encuentro muy bien. Mira, zapatos nuevos. De piel de serpiente. Y hablando de serpientes, ¿cómo estás tú?

—Hablando de serpientes, Myra, me caigo a pedazos. Poco a poco, por piezas que se desprenden de mí y van a parar a las entrañas de mi laboratorio. Tengo algo bajo mi piel.

—¡Qué horrible! —exclamó, sin que me hubiese prestado la menor atención. Estaba estudiando sus uñas, perfectas en su forma y color—. No será por mí, ¿verdad? ¿Te caes a pedazos por mí, querido David? Oh, no irás a casarte conmigo, suponiendo que quisieras preguntármelo, ¿verdad?

—No iba a pedírtelo, pero es agradable saberlo —le repliqué.

Me cayó la cara y la cogí, logrando esconderla bajo la chaqueta. ¡Afortunadamente, ella no lo notó! Esto significaba que me hallaba relativamente seguro por unas horas. Sólo me faltaba la mano izquierda. Si lograba desprenderme de ella... ¡Cielos, ya había caído!

Tal vez en la manija de la puerta. ¡Oh, ella podía verla! Fui al vestíbulo y la busqué afanosamente. No logré encontrarla. ¿Y si se había enganchado en la chaqueta de la joven? ¿Y si estaba en el suelo, cerca de donde ella estaba sentada? Pensándolo bien, comprendí que no podría soportar su histerismo. Myra era una muchacha... tan feliz... Por enésima vez desde que se me había escurrido el cuchillo de la mano, murmuré:

—Bien, ¿por qué ha tenido que ocurrirme esto a mí?

Volví al saloncito. Myra seguía en el suelo, aunque se había trasladado bajo la lámpara. Jugeteaba curiosamente con la mano y la sonrisa que iluminaba su rostro era digna de ver. Me quedé sin habla, esperando la tormenta. Ya estaba acostumbrado a las mismas, pero Myra...

Me miró fugazmente, como suelen hacer los pájaros. Siempre miraba de manera

tan rápida que uno nunca sabía si le estaba mirando... y disimulaba sus miradas con su alocada charla, mientras que su tranquilo y astuto cerebro quedaba oculto bajo aquellos modales.

La mano —bueno, no era en realidad una mano, sino la piel de una—, era como un guante de celofana. Myra se la deslizó sobre la suya y me contempló a través de sus dedos entreabiertos.

—Hola, amiguito reptil —rió, y de repente la risa se trocó en unos miedosos sollozos, al tiempo que me tendía los brazos y su bella carita quedaba mojada en lágrimas, por lo que dejó de ser bella para pasar a ser dulce... ¡Oh, tan dulce! Se aplastó contra mí.

—¿Qué vamos a hacer, David?

La estreché entre mis brazos sin saber qué decir. Ella rompió a hablar febrilmente.

—Te mordió, ¿verdad? También me mordió a mí, la maldita bestia. Los indios la adoran. Dicen que su mordedura te cambia en serpiente... Yo estaba asustada... A la mañana siguiente empecé a cambiar de piel cada veinticuatro horas... y así sigo desde entonces —se me acercó aún más y su voz se calmó un poco. Incluso entre sus sollozos era una voz suave—. Podía haber matado a la serpiente, pero no lo hice porque nunca había visto nada igual, y pensé que a ti te gustaría. Por eso te la envié... ¡y también te mordió a ti y ahora pierdes también la piel como yo... oh... oh... oh...!

—No, Myra, por favor. No me mordió. La estaba despellejando cuando se me escurrió el cuchillo. Me corté. La serpiente ya estaba muerta. ¡Así que fuiste tú quien me la envió! Debí suponerlo. Llegó sin carta ni tarjeta. ¡Claro que era un regalo tuyo! ¿Cuánto... cuánto tiempo hace que cambias de piel?

—Cua... cuatro meses —sorbió y se limpió la nariz en mi solapa porque yo me había olvidado de ponerme un pañuelo en el bolsillo del pecho—. No me importó cuando descubrí que no causaba ningún dolor ni molestia siquiera, y que sabía en cuántas partes se me desprendía la piel. Creí... creí que esto no duraría mucho. Pero un día vi tu mano en un escaparate de Albuquerque. Era una hebilla de cinturón: una mano sujetando un palo, con la muñeca rodeando un extremo del cinturón y el palo en el otro; compré la hebilla y comprendí qué era porque la mano estaba rellena con la molienda perfumada que usas siempre para embalsamar tus pájaros y demás animales, y además, tú eras el único que podía haber ideado un cinturón tan bonito, y el único también a quien podía ocurrírsele emplear su propia piel porque... porque la tenías tan a mano... y entonces me odié y te... te amé por todo esto...

Echó atrás la cabeza y me miró a los ojos, con la extrañeza y una cierta alegría retratadas al mismo tiempo en su semblante.

—Sí, te amo por esto, David, te amo como nunca había amado a nadie y no me importa... —hurgó en mi otra oreja y la piel se le quedó en las manos—. ¡Pero si te estás despedazando!

Ahora lo comprendía todo. El loco deseo de Myra de subir a la meseta, una de aquellas islas del desierto donde la flora y la fauna siguen inmutables desde miles y miles de años; su descubrimiento de la serpiente, atrapándola para mí que era una combinación de taxidermista y joyero, y como ella nunca había visto un animal semejante creyó que a mí me entusiasmaría. Una idea estupenda... y alocada. La serpiente la mordió y no le dijo nada a nadie porque «no dolía»; después, averiguó que yo sufría ya misma dolencia y acababa de llegar directamente desde su residencia a Nueva York para confesarme que todo era culpa suya.

—Si piensas así, Myra —repuso suavemente—, no me importa todo lo ocurrido... ni la serpiente ni nada de todo esto...

La besé.

Era una cosa sorprendente esto de la piel. Con la regularidad de un cronómetro, cada veinticuatro horas la epidermis se endurecía, se desprendía y salía. Era extrañamente cohesiva. Mis pies dejaban su piel dentro de las zapatillas, conservando la forma exacta de aquellos. Flexionando la piel muerta un par de veces y arrugándola por todas partes se tornaba suave y flexible. Las uñas también se desprendían, pero solamente la capa de las células superiores. Tratadas con ácido tánico y con aceite de lana quedaban fuertes, translúcidas y suaves. Aceptaban la laca y pintura aceitosa «Vandyke» mezclada con polvo de bronce, lo cual les confería un bellissimo color dorado. No sabía si todo aquello era una dolencia o una comodidad.

Aquella serpiente era de seis palmos de longitud, gruesa en la cabeza y la cola y más estrecha en el centro. De color naranja brillante, más oscura por abajo que por arriba, y altamente fluorescente. Olía a miel y ácido fórmico, si hay alguien capaz de imaginarse esta mezcla de olores. Tenía dos colmillos, pero uno en la parte superior de la boca y el otro en la mandíbula inferior. La lengua era ahorquillada, aunque sólo en sus raíces; poseía una epiglotis, siete pares de extremidades rudimentarias y no tenía escamas. Le llamaba serpiente porque se parecía a las serpientes, no porque lo fuese en realidad. Creo que esto era justo. Myra es más bien un ángel de Puckish, pero hay que seguir llamándola mujer, ¿verdad? A la serpiente le pasaba lo mismo, ya que no era un ser definido, pero juraría que su origen no era terrestre. Myra y yo estábamos cogidos de la mano contemplando a la bestezuela y preguntándonos qué íbamos a hacer.

—Podríamos hacernos ricos enseñándola —propuso Myra.

—Nadie nos creería.

Arrugó la naricilla.

—¿Qué vamos a hacer, pues, David? —me preguntó acto seguido como si yo tuviese que saberlo y ella confiaba sólo en mí, truquito que suelen siempre usar las mujeres.

—Bien, pues...

En aquel momento llamaron a la puerta.

Sólo hay un animal bastante estúpido para aporrear una puerta cuando en la misma hay un timbre, y es un policía. Le ordené a Myra que se quedase en el laboratorio y esperase, por lo que me siguió al vestíbulo.

—¿David Worth? —me preguntó el tipo. Iba de paisano y tenía una cara redonda.  
—Pase.

Obedeció y se sentó sin invitarlo, mirando de reojo la botella de whisky, con evidente esperanza.

—Me llamo Brett. H. Brett.

—¿Hache de halitosis? —le preguntó Myra, gentilmente.

—No, de Horacio. ¿Qué cree que soy, griego? Bien, el cuartelillo desea investigar un poco en sus adornos, amigo Worth —aquel individuo poseía una asombrosa habilidad para masticar las sílabas—. Dicen que parecen hechos de piel humana. Usted es taxicochista, ¿verdad?

—Algo parecido. ¿Y qué?

—¿De dónde saca sus materiales? El análisis dice que se trata de piel humana. ¿Qué dice usted?

Cambié una mirada con Myra.

—Es cierto.

Evidentemente, no era la clase de respuesta que esperaba de Brett.

—¿Qué? —su tono fue de triunfo—. ¿De dónde la obtiene?

—Crece.

Myra comenzó a pasear por la estancia porque estaba disfrutando con aquella situación. Brett recogió su sombrero del suelo y lo miró como si fuese el único objeto en que pudiera confiar. Comencé a sentir lástima del pobre individuo.

—¿Qué han hecho allí, Brett? ¿Análisis microscópicos? ¿Con ácidos y bases?

—Sí.

—Dígame, ¿qué es lo que tienen... manos?

—Sí, y un par de pies.

—Siempre has tenido unos bellos pies, querido —suspiró Myra.

—Le diré qué haré, Brett —cogí una hoja de papel, vertí un poco de tinta en un secante y lo usé como un almohadillado. Cuidadosamente, apreté los dedos sobre la tinta y después sobre el papel—. Lleve esto a la comisaría y entrégueselo a sus suspicaces sabios. Dígales que comparen estas huellas con las de los adornos. Redacte su informe y entrégueselo a ellos, aconsejándolos que se olviden de todo el asunto; porque de lo contrario me querellaré contra la ciudad, contra usted y contra cualquiera que se interponga en mi camino, por difamación. Y no lo consideraré una descortesía que salga usted inmediatamente de mi casa, amigo Brett, sin despedirse siquiera.

Fui a la puerta y la mantuve abierta.

Sus pupilas llamearon levemente. Se levantó, dio una vuelta en torno a Myra, que estaba riendo y palmoteando, y salió. Pero antes de poder yo cerrar la puerta, dio media vuelta y encajó el pie en la abertura.

—Oiga... no sé qué ocurre aquí, ¿sí? Pero ni usted ni esta jovencita saldrán de la ciudad, ¿sí? Desde ahora, esta casa quedará bajo vigilancia, ¿sí? Y tan pronto como llegue a la comisaría tendrá usted noticias mías, ¿sí?

—De acuerdo, querido «sisí» —exclamó Myra por encima de mi hombro, y antes de que pudiera detenerla se quitó la nariz y se la arrojó al rostro del detective. Éste echó hacia atrás la cabeza con tanta rapidez, que el sombrero salió volando, y unos segundos más tarde oímos el fuerte batacazo que se pegó cuando pretendió descender el cuarto tramo de una escalera que sólo tiene tres.

Myra danzó tres veces en torno al salón y saltó sobre el piano, hazaña meritoria, teniendo en cuenta que no es de cola. Comenzó a reír y a despellejarse el resto de la cara.

—Algo me dice que no debiste hacer eso —la reocriminé cuando logré hablar, lo cual fue al cabo de un buen rato—. Pero me gusta que lo hicieras. Opino que el detective Horacio Halitosis Brett no volverá por aquí.

Myra hizo un vago gesto hacia su bolso. Se lo arrojé y comenzó a empolvase la nariz y las mejillas con el modo ausente y distraído de todas las mujeres.

—Vaya —exclamó al terminar—. Afuera lo viejo y bien venido lo nuevo.

—Eres la primera mujer de la creación que obtiene un tratamiento de belleza a su pesar. Esto es maravilloso.

—No es malo —se estaba contemplando en el espejito.

—¡No, no está mal, Myra!

Pensando en ella, contemplándola, tuve plena conciencia de ella. A veces ocurre así. Uno ignora que ama a una muchacha, y de repente se da cuenta de ello.

—Myra...

Pensó que iba a contarle un chiste o algo divertido, pero cuando me miró no dijo nada. Descendió del piano y vino hacia mí. Permanecimos mirándonos largo tiempo.

—Dormirás allá —señalé el dormitorio—. Y yo...

Me rodeó con sus brazos.

—David...

—Humm...

—Tendré un busto estupendo a las 12:48.

Bien, nos quedamos charlando hasta las 12:48.

Fue un par de semanas después de habernos casado, que ella empezó a romper frascos en mi laboratorio. Entró allí una tarde y me sorprendió. Yo estaba agitando

una espesa masa en un matraz, y oliéndola, y estaba tan absorto en mi trabajo que no la oí entrar. Cuando quiere, Myra se mueve como un milano.

—¿Qué estás guisando, querido? —me preguntó, quitándose un par de brazos que acababa de «manufacturar».

Dejé el matraz en el banco, casi ocultándolo con mi cuerpo.

—Pues... eh... una mezcla que yo... Oye, Myra, déjame, por favor. Tengo mucho trabajo y...

Mi mujer alargó la mano y cogió el matraz.

—Humm... Estupendo. Miel y ácido fórmico. Empleas el olor de la serpiente como una pista, ¿eh? Doctor David Worth, estás intentando hallar la curación de una enfermedad que es una mina de oro. Porque es un contraveneno, ¿verdad? Al menos eso pretendes...

Su tono era muy dulce... ¡Es tan cariñosa!

—Pues... sí —admití. Aspiré profundamente—. Myra, no podemos seguir así. Por mí no me importa, pero que tú tengas que pasarte el resto de la existencia cambiando de piel como... como un añoso roble cambia de corteza, es demasiado. Sí, con esto estás más hermosa, pero no puedo admitirlo. Ya eres muy bella, y este asunto pesa demasiado en mi conciencia. Cada vez que empiezo a rellenar algo tuyo, me siento angustiado. No es doloroso, de acuerdo... pero medita un poco, chiquilla. El resto de tu vida despellejándote, preocupándote por no recordar dónde te cayó la cara, dónde dejaste una pierna o una mano. Y yo... ¿Myra, no me escuchas?

—Claro que no. Nunca te escucho cuando dices tonterías.

—¡No es ninguna tontería! —grité enfadado.

—Me pregunto —dijo soñadoramente, jugando con el matraz— si esto rebotará.

Lo dejé caer al suelo y no rebotó. Busqué en mi memoria una palabra que expresara mi estado de ánimo.

—Escúchame, David. ¿Cuánto tiempo hace que eres taxidermista?

—Oh... once años. ¿Qué diablos...?

—Cállate. ¿Cuánto dinero has ahorrado en once años?

—Pues... nada hasta últimamente. Pero ahora...

—Exacto. Ahora tienes en el banco más de ochocientos pavos. Y sólo porque ahora te ha dado la manía de no querer aceptar mis... productos, quieres matar la gallina de los huevos de oro. David, eres un idiota, un solemne idiota... un taxidermista majadero.

—Esto no es muy amable.

Myra parpadeó.

—Pero es la verdad, David. Tanto tú como yo soportamos la misma molestia. Ambos estamos aprovechándonos de ella y aún podremos aprovecharnos más si no cometes una estupidez. Lo que más me gusta es que seamos socios... Yo te estoy

ayudando, David. Te amo. Y ayudarte significa para mí que... Oh, David, ¿no lo ves? ¿No lo ves?

La besé.

—Pensé que lo hacías por deporte —susurré—. Y que eras una especie de heroína. Y ahora comprendo que lo haces por dinero...

Bien, ella ganó. Y yo perdí. Las mujeres siempre ganan. Pero seguí emperrado en mi idea sobre el contraveneno...

Me había equivocado con el infatigable detective Brett. Fue Myra quien descubrió que nos estaba siguiendo a todas partes, que tenía el coche aparcado durante largas horas al otro lado de la calle y a veces escuchando a nuestra puerta. Yo jamás me habría dado cuenta, pero como ya insinué, Myra posee cualidades sobrehumanas. Cuando me lo contó, me sentí inclinado a encogerme de hombros. No tenía nada contra nosotros. Siempre me echaba a reír cuando pensaba en la sorpresa de los científicos del laboratorio cuando habrían descubierto que las huellas de los dedos de mi mano eran exactamente iguales a las de las manos rellenas que ellos poseían.

El hecho de que fuese piel humana y que las huellas fuesen exactamente iguales en todas las manos debió producirles una fuerte jaqueca durante un par de días. Si se demuestra que la distancia en línea recta entre dos puntos no es la más corta, ¿adonde irá a parar la geometría? Y la prueba no se refería en mi caso a que dos series de huellas fuesen idénticas, sino docenas de series, con lo cual los científicos debían estar dando vueltas dentro de un círculo vicioso.

Brett debió comprometerse a resolver el caso. Y yo me sentí casi dispuesto a dejar que se rompiese la cabeza contra la pared. Sería algo muy agradable de contemplar. Pero hubiera debido conocer mejor a Myra. Cuando me contó lo referente a la persecución de que éramos objeto por parte del detective, sus pupilas brillaban de una manera muy extraña.

Mientras tanto, yo seguía ocupándome del contraveneno. Me sentía como un villano al tener que hacerlo a espaldas de Myra. Sí, ella confiaba en mí. Habíamos sostenido una discusión por aquel asunto, y yo había cedido. Esto era bastante para ella. Ahora, cuando estaba trabajando a solas en el laboratorio no me espiaba, y yo sabía que si de repente descubría la verdad se sentiría profundamente lastimada. Pero el asunto era demasiado serio. Tenía que continuar con mis pruebas o acabaría loco.

Tenía una pista. La idea del ácido fórmico y la miel como curación quedó descartada, aunque algunos ingredientes de la mezcla tuviesen que ver con la causa, de lo cual estaba seguro. Y la causa era asombrosamente simple. Podría aclararla en tres palabras. Pero no sé si debo. Al fin y al cabo, es un secreto...

Bien, ésta era mi pista: ¡jamás me caía el cabello! Y lucía un minúsculo bigote. Pues bien, cada vez que se me desprendía la piel de la cara, no caía el bigote. Tenía

muy poco vello en el cuerpo y con mi dolencia, ninguno. Se desprendía, ya que sus folículos estaban relativamente muy separados entre sí. Primero pensé que este fenómeno era debido puramente a un pegamento físico de la piel por la raíz del cabello. Pero luego razoné que si tal fuese el caso, debajo de mi bigote se hubiese ido formando una serie de capas de piel. Lo cual no ocurría. Evidentemente, ese asombroso proceso regenerador de la piel quedaba anulado por algo de la raíz del cabello. También podría explicar de qué se trataba, pero... sería tanto como apuñalarme a mí mismo.

Trabajé como un pianista manco de un brazo interpretando la *Canción de la hilandera*, de Mendelssohn. Tardé varios meses, pero gracias a repetidas catálisis y diversos refinamientos conseguí obtener un tubo de ensayo lleno de un líquido dorado. ¿Y sabes qué era? Bueno, no me gusta repetirme, pero no voy a decirlo. Baste saber que lo obtenido podía adquirirse por galones en cualquier droguería. Nadie lo conocía como antídoto contra una particular dolencia, si puede llamarse así la regeneración de la piel, porque, a mi entender, nadie había sufrido antes este trastorno epidérmico. «Bueno»<sup>[1]</sup>.

Continué ocupándome de la causa. No tardé mucho en llegar a un resultado. Como ya he dicho, lo más asombroso respecto a todo el proceso era su enorme simplicidad.

Al final lo conseguí. Una inyección para provocar el trastorno, y una loción para curarlo o aislarlo. Fabriqué diez galones de cada líquido —era muy fácil después de descubrir su fórmula—, y entonces comencé a inquietarme por la manera cómo podría comunicarle la noticia a Myra.

—Cariño —le espeté un día— esta noche deseo obtener una cara bellísima de ti. Quiero una máscara, ¿comprendes? Pero ante todo calculemos los hechos. Tú perderás tu cara a las 8:45, ¿verdad? Bien, entonces ven al laboratorio a las ocho y media. Te enyesaré el rostro con arcilla, se secará y saldrá todo fácilmente junto con la piel y cuando la haya rellenado, y la piel esté endurecida, la arcilla saltará al momento. ¿Soy o no inteligente?

—Eres fantástico —se entusiasmó—. Iré.

Empecé a mezclar la arcilla, aunque sabía que no la usaría. Ni tampoco le caería la piel a Myra. Me sentí más que nunca como un villano.

Llegó puntual como si hubiese estado pendiente del reloj sin tener que consultarlo —¡cómo le envidiaba aquel truco!—, y se sentó. Empapé un paño en mi loción y se lo pasé concienzudamente por la cara. Sequé la piel inmediatamente. Ella aspiró con fuerza.

—¿Qué es esto?

—Cola de pegar —repliqué escuetamente.

—Oh... huele como...

—¡Chist! Alguien podría estar escuchando (esto va por ti, querido lector).

Me puse a su espalda con un pedazo de cuerda. Ella estaba echada hacia atrás con los ojos cerrados, encantadora. Me incliné en la besé en los labios, cogiéndole las manos hacia atrás. Me moví deprisa. Había un lazo a cada extremo de la cuerda. Le pasé uno por sus muñecas, tiré fuerte, pasé la cuerda por el respaldo de la silla y dejé caer el otro lazo sobre su cabeza.

—No te muevas, querida —le susurré—. No te pasará nada si te estás quieta. Muévete y te ahorcarás tú misma.

Coloqué el reloj donde ella pudiera verlo y me marché. No quería escuchar el lenguaje que estaba empleando mi querida mujercita.

Se calmó al cabo de unos diez minutos.

—¡David!

Traté de no escuchar.

—¡David, por favor!

Fui a la puerta.

—Oh, David, no sé qué es todo esto, pero supongo que es de razón. Por favor, ven donde pueda verte. ¡Estoy tan asustada...!

Debí sospechar algo. Myra nunca se asusta de nada. Traspuse el umbral y me planté delante de ella. Me sonrió. Me acerqué más. Me largó un puntapié al estómago.

—Esto es por haberme atado... canalla. ¿Ahora qué más?

Cuando logré incorporarme y recobrar el aliento, contesté:

—¿Qué hora es... luz de mi vida?

—Las nueve menos diez... ¡David! ¿Qué has hecho, David? ¡Oh, maldito imbécil! ¡Sinvergüenza! Ya te dije que... ¡Oh, David! —y por segunda y última vez en mi vida la vi llorar. Eran las nueve menos diez y su cara seguía incólume. ¡Estaba curada! Al menos, en la cara. Me coloqué detrás de ella, donde no pudiera alcanzarme.

—Myra, lo siento, pero tenía que hacerlo. Bien... ya sé lo que opinas respecto a tu curación. Jamás habría conseguido convencerte. Éste ha sido el único modo. ¿Qué piensas ahora de mí, terca criatura?

—Pienso que eres un cerdo. Muy listo, pero un cerdo. Desátame. Quiero irme de aquí.

Sonreí.

—Oh, no. No, hasta que caiga el telón del segundo acto. ¡No te irás!

Fui a la mesa y cogí la aguja hipodérmica.

—Ahora no te muevas. No deseo romper esta aguja en tu mandíbula.

Le humedecí ligeramente las mejillas con la loción para localizar la inyección.

—Espero que tus intenciones sean honradas —masculló por entre los apretados

dientes cuando la aguja se hundió en la suave carne de su barbilla—. Yo... ¡Oh! ¡Ay! Me escuece... ¡David!

De repente, su cara se resquebrajó. Cogí la piel de su frente y tiré suavemente. Myra abrió mucho los ojos y dijo en voz baja:

—No puedo besarte, maravilloso mortal, a menos que me desates.

La desaté, me besó y juntos pasamos al saloncito, donde Myra pudo gozar a su antojo sin romper nada de valor.

En medio de un pellizco, se detuvo en seco, con un pensamiento escrito en su semblante.

—David, vamos a hacer algo entretenido.

Se sentó en el suelo y empezó a chillar. A chillar de verdad.

A los treinta segundos, se oyeron unos pasos acelerados en la escalera y la voz de Brett que aulló:

—¡Abran en nombre de la ley!

Es el único hombre que conozco que siempre habla en tono sumamente airado.

Myra se levantó y corrió hacia la puerta.

—Oh, señor Brett... ¡qué sorpresa! —exclamó en su tono más invitador—. Adelante.

El detective la miró ceñudo.

—¿Qué pasa aquí?

Ella le devolvió una inocente mirada.

—¿Cómo, señor Brett?

—¿Por qué chillaba?

Ella afirmó alegremente con el gesto.

—Me gusta chillar —alegó luego—. ¿A usted no?

—No. ¿Por qué?

—Oh, siéntese y le contaré algo. Tome un trago —le sirvió una copa de whisky tan fuerte que debió sospechar algo. Luego le empujó hasta un sillón y le entregó la bebida—. Beba esto. La verdad es que le echaba de menos a usted.

Brett la contempló vacilando.

—Bien... yo no. Vaya, gracias, señorita Worth.

Se tragó el contenido de la copa de un solo sorbo. Era un buen whisky. Brett parpadeó dos veces y dejó la copa. Myra volvió a llenarla, indicándome por señas que me callara. Me callé. Cuando Myra actúa así no hay más remedio que callar y esperar a ver qué sucede.

Bien, consiguió que Brett se enzarzara en la historia de su vida. Cada doscientas palabras vaciaba la copa. Y Myra volvía a llenársela. Empecé a comprender, cuando observé la mezcla que vertía ahora cada vez en la copa. Su combinación favorita, para otros, porque a ella no le gusta, es lo que llama un «tres-dos-uno». Tres dedos de

whisky, dos de ginebra y uno de soda. Sólo que en el caso de Brett sustituyó la soda por el ron. ¡Pobre muchacho!

Al cabo de una hora y media nuestro policía extendió los brazos.

—¡Mamitaaaa! —gritó y se dobló.

Myra lo miró y meneó la cabeza.

—Ajá... Lástima que no tenga nada para hacerle recuperar el sentido.

—¿Y ahora qué? —inquirí medroso.

—Coge tu aguja. Vamos a infectar aquí a John Law.

—Oye, Myra... Un momento. No podemos...

—¿Cómo no? Vamos, David... No se estará de nada. Mira... esto es lo que le haremos.

Me lo explicó. Era una buena idea. Cogí mi hipodérmica y puse manos a la obra. Trabajamos intensamente. Varias inyecciones en todo el cuerpo. Durante la operación durmió pacíficamente. Cuanto más pensaba en ello... ¡Ah, pobre chico!

Una vez hubimos hecho con él lo que deseábamos, le desnudamos y le empapé con la loción. Cuando volviese en sí estaría como nuevo. Le dejé acostado en el salón y Myra y yo pasamos el resto de la noche trabajando en el laboratorio.

Cuando terminamos, cogimos el objeto y lo instalamos en el salón. Brett ya no respiraba estertorosamente. Volvía a ser un hombre vigoroso. Myra anduvo de puntillas y colocó a su lado el despertador. Después nos dispusimos a ver el espectáculo desde la puerta del laboratorio apenas entreabierta.

Los primeros rayos de sol entraban por la ventana, iluminando nuestra obra maestra. De pronto, la campanilla del reloj sonó de manera explosiva. Brett se sobresaltó, gruñó, se quejó y se llevó ambas manos a la cabeza. Miró en torno buscando el reloj y de un manotazo lo hizo caer al suelo. Brett volvió a quejarse y por fin abrió lentamente los ojos. Primero contempló la ventana, tratando vagamente de descubrir qué le pasaba. Adiviné que estaba pensando que ignoraba dónde se hallaba. El reloj, en el suelo, dejó de sonar. Brett fue paseando su soñolienta mirada por la estancia. El techo, las paredes y...

Allí, en el centro geométrico de la habitación se hallaba el detective inspector Horacio Brett, completamente vestido. Su placa relucía al sol. En su cara había una expresión asesina y en su mano una pistola, que apuntaba directamente a los ojos del hombre que estaba en el sofá. Se contemplaron mutuamente diez largos segundos, el hombre de la borrachera y la piel del hombre de la pistola. Después, Brett se movió.

Pasó por delante de la efigie como un relámpago. Con mi mejor manta de lana arrastrando en pos, llevando sólo su ropa interior y el reloj de muñeca, atravesó la puerta —y no el umbral, sino la puerta porque no se detuvo a abrirla—, y trotó tambaleándose por las escaleras. No le habría alcanzado de no haber vuelto a olvidar que sólo había tres tramos de escalones. Lo atrapé y le obligué a regresar al piso antes

de que los vecinos empezasen a asomarse. Myra estaba rodando por el suelo. Cuando entré con Brett, dio un salto y besó la imagen provista de la pistola, piropeándola con un adjetivo que hubiera debido reservar para mí.

Entre los dos tranquilizamos al pobre Brett, curamos sus heridas y desvanecemos su resaca. Al principio se mostró muy enojado, pero después sumamente agradecido, y para hacerle honor, muy deportivo. Se lo explicamos todo. No tuvimos que pedirle que nos guardase el secreto. No hacía falta. De no haberle dado alcance en la escalera, habría ido corriendo casi desnudo hasta la comisaría.

Bien, ya no era una molestia sino una comodidad. El negocio se extendió asombrosamente. No queríamos que creciese mucho, pero sí hasta cierto punto. Por ejemplo, en el consultorio de belleza de Myra, hay un camarín reservado para la gente más adinerada. Myra emplea lociones y cremas con sus clientes, a fin de atraérselos. Luego, después de aislar la piel de la cara, la infecta con una pequeña aguja. A los pocos minutos, la piel salta, pero una capa de barro lo oculta. Poco después, la dama o el caballero tienen una cara nueva. Myra envía la piel a mi laboratorio donde mis expertos trabajan en ella. Después, gracias a la tienda de Myra, la dama o el caballero, generalmente, vienen a pedirme una máscara eterna. Yo les doy un par de citas, que se convierten en otras tantas sesiones, finjo trabajar un poco en ellos, y a su debido tiempo les entregó la máscara nuevamente tintada. No saben, pobre gente, que han contraído y han sido curados de una dolencia que hasta ahora no figura en los tratados de patología. Bien, es un negocio fabuloso y estamos reuniendo un gran capital.

Como todos los grandes negocios, naturalmente, tiene un pequeño fallo. Cierta detective viene unas tres veces por semana para un afeitado completo, libre de gastos. Es una buena persona. Su efigie sigue presidiendo el saloncito, ahora con una pistola de juguete. ¡Pobre muchacho!

## Cortesía

CLIFFORD D. SIMAK

*"La civilización no adopta la misma forma en todas partes, ni siquiera en la tierra, pero la brutalidad es comprendida y resentida en cualquier sitio. En un lejano planeta incluso los habitantes más prudentes tienen su propia manera de mostrarse ofendidos; y esto puede resultar fatal para cualquier terráqueo que se encuentre allí.*

*Clifford Simak, uno de los mejores periodistas del Tribune, de Minneapolis, empezó a escribir obras futuristas en 1932. Lo cual, a pesar de su juventud, le convierte en uno de los pioneros de esta literatura."*

El suero no era bueno. Las etiquetas lo pregonaban.

El doctor James H. Morgan se quitó las gafas y las limpió cuidadosamente, al tiempo que el terror hacía presa en su corazón. Volvió a colocarse las gafas y con un dedo corrigió su posición sobre el puente de la nariz. Después volvió a mirar atentamente las etiquetas. La primera vez estuvo en lo cierto. La fecha del suero era de diez años atrás.

Giró sobre sí lentamente, dio unos tambaleantes pasos hacia la abertura de la tienda y permaneció allí, encorvado, asiendo nerviosamente la tela de cada lado.

Fuera, los fantásticos páramos llenos de líquenes se extendían, grises y monótonos, hasta el horizonte. El sol poniente era un globo rojo a occidente, y a oriente la noche empezaba ya a caer, con aquel velo de purpúrea luz que parecía descender como un telón sobre la tierra, cubriéndola rápidamente.

Del este sopló una ráfaga de viento helado ya por la frigidez de la noche, y agitó la lona bajo los dedos del doctor.

—Ah, sí —susurró el doctor Morgan—, los exquisitos páramos de Landro.

Un lugar solitario. No sólo solitario en su desnudez ni en su extraño salvajismo, sino con una soledad que podía enloquecer a un hombre solo.

Era como un gran cementerio, un lugar de muerte, vacío. Y sin embargo, sin la asociación íntima del cementerio, sin la ternura y la certeza del cementerio. Porque un camposanto tiene como depósito sagrado las tumbas de los que antaño vivieron, y este planeta estaba vacío, sin el menor recuerdo.

«Pero ya no por mucho tiempo —pensó el doctor Morgan—, no por mucho tiempo.»

Continuó contemplando los desiertos páramos y la cuesta que ascendía más allá del campamento y decidió que resultaría un cementerio altamente satisfactorio.

Todos los parajes eran semejantes. Éste era el mal. No era posible distinguir un sitio de otro. No había árboles ni matorrales; nada más que hierbajos que crecían por todas partes, tapando la desnuda tierra a trechos, como los harapos que vestiría un pordiosero.

Benny Falkner se paró en el sendero al llegar a la cumbre y permaneció inmóvil con el terror dentro de su alma. El temor a la cercana noche y su helada, el temor a las montañas silenciosas y las negras sombras, y el más distante y terrible temor a los pequeños nativos que en aquel mismo instante podían estar acechándolo desde muy cerca.

Se secó el sudor de la frente con la manga. No sudaba, no podía sudar, se dijo a sí mismo, ya que hacía frío, y éste aumentaba a cada minuto. Dentro de una hora, dos a lo sumo, la helada resultaría muy inclemente para que un hombre pudiera seguir a campo abierto.

Luchó contra aquellos terrores que le ponían un nudo en la garganta, y apretó los

dientes para no castañetear y por un instante consiguió dominarse para no dejarse vencer por el pánico.

Había derivado hacia el este, por lo que, si quería regresar al campamento, ahora tenía que ir hacia el oeste, aunque no podía estar absolutamente seguro de haber andado en línea recta todo el tiempo, ya que podía haberse desviado hacia el norte o al sur. Pero el desvío no podía ser muy grande, por lo que si volvía a occidente no podía dejar de divisar el campamento.

No tardaría seguramente en avistar el humo del campamento de los terrestres. En cualquier risco, en cualquier loma, en cualquier recodo del camino, podía divisarlo. Subiría a una eminencia del terreno y allí se extendería el campamento a sus pies, con el semicírculo de tiendas de lona, mortecina a la amortiguada luz del crepúsculo y con la delgada columna de humo que surgía de la tienda donde el cocinero Bat Ears Brady estaría entonando alguna de sus obscenas canciones.

Pero todo esto lo había pensado una hora atrás cuando el sol todavía colgaba sobre el horizonte. Ahora recordó que, de pie en un risco, se había mostrado un poco nervioso, pero no aprensivo. No podía figurarse entonces que un hombre pudiera extraviarse a sólo una hora de marcha del campamento.

El sol ya había desaparecido y el frío se filtraba con el viento, que tenía un macabro rumor que no había notado cuando aún reinaba la luz solar.

«Otra elevación —se dijo—. Una sola y si no veo el campamento lo dejaré para mañana. Buscaré un lugar abrigado en cualquier parte, una roca que me proporcione cierta protección y encenderé una fogata... si encuentro con qué.»

Se irguió en toda su estatura y escuchó el gemido del viento al barrer la tierra desnuda, y le pareció que era un verdadero sollozo, como si el viento estuviera angustiado, como si estuviese siguiendo su rastro y husmeando su olor.

Después oyó otro sonido, el ruido de unos pasos suaves que bajaban del monte hacia él.

Ira Warren estaba sentado a su mesa de trabajo, mirando acusadoramente el montón de papeles que tenía delante. A regañadientes, extrajo algunos documentos del montón y los separó sobre la mesa.

«Ese imbécil de Falkner —pensó—. Les he repetido mil veces que no debemos separarnos, que nadie debe marcharse solo.»

«Un puñado de críos —añadió tristemente—. Sólo un puñado de críos mal educados, acabados de salir de la universidad, con las orejas apenas secas y llenos de erudición, pero sin una sola pizca de sentido común. Y ninguno de ellos quiere escucharme. Esto es lo peor, que ninguno me hace caso.»

Alguien arañó la lona de la tienda.

—Adelante —invitó Warren.

Se presentó el doctor Morgan.

—Buenas noches, comandante.

—Bueno, ¿qué pasa? —gruñó Warren, irritado.

—Pues... —el doctor estaba sudando—. Se trata del suero.

—¿El suero?

—El suero —repitió Morgan—. No es bueno.

—¿Qué quiere decir? Ya tengo bastantes quebraderos de cabeza, doctor. No tengo tiempo de ocuparme del suero.

—Es demasiado antiguo —le explicó Morgan—. Más de diez años. No podemos utilizarlo. Bien, podría...

—Deje de tartamudear —le ordenó Warren, ásperamente—. El suero está pasado. ¿Cuándo lo ha descubierto?

—Ahora.

—¿En este instante?

Morgan asintió, desdichadamente.

Warren empujó a un lado los papeles, cuidadosa y deliberadamente. Colocó las manos sobre la mesa, haciendo puente con los dedos.

—Dígame, doctor —habló cautelosamente, como buceando en su cerebro para emplear las palabras exactas—. ¿Cuánto tiempo lleva esta expedición en Landro?

—Pues... —repuso el doctor—, bastante tiempo —contó con los dedos de la mente—. Seis semanas, para ser exacto

—¿Y el suero ha estado allí todo ese tiempo?

—Naturalmente. Fue descargado de la nave al mismo tiempo que todo lo demás.

—¿No lo dejaron en algún sitio donde usted no pudo hallarlo? ¿Fue llevado directamente a su tienda?

—Sí —admitió Morgan—. Fue la primera cosa. Insistí en ello.

—¿Y en cualquier momento durante estas seis semanas usted pudo inspeccionar el suero y descubrir que no servía, verdad? ¿No es cierto, doctor?

—Supongo que sí. Pero...

—No ha tenido tiempo —sugirióle Warren, amablemente.

—No, no es esto...

—¿Tal vez ha tenido que prestar atención a otras cosas?

—Bueno, no exactamente.

—Sabe usted que hace una semana hubiéramos podido ponernos en contacto por radio con la nave, la cual habría regresado, reembarcándonos a todos. Lo habría hecho de haberles notificado lo del suero.

—Lo sé.

—Y también sabe que ahora ya se halla fuera de nuestro alcance de onda. No podemos notificarles nada. No podemos conseguir que regresen. No podremos entrar en contacto con ningún ser humano hasta dentro de dos años.

—Yo... —exclamó débilmente Morgan—, yo...

—He querido recordarle todo esto. ¿Cuánto tiempo cree que transcurrirá antes de que muramos?

—Falta otra semana, aproximadamente, para que seamos de nuevo propensos al virus —explicó Morgan—. En algunos casos, incluso tardará unas seis semanas en poder matar a un hombre.

—Dos meses —exclamó Warren—. Tres, a lo sumo. ¿Cree que esto es exacto, doctor Morgan?

—Sí.

—Hay algo que deseo me diga —le rogó Warren.

—¿Qué?

—Cuando le sobre tiempo, cuando pueda y no sea un inconveniente para usted, me gustaría saber cómo se siente una persona que ha condenado a morir a veinticinco compañeros.

—Yo...

—Y a sí mismo, naturalmente —añadió Warren—. Lo cual aumenta la suma hasta veintiséis.

Bat Ears Brady era todo un personaje. Durante más de treinta años había zarpado en expediciones planetarias con el comandante Ira Warren, aunque éste no era comandante cuando empezó su carrera, sino un subordinado. Hoy seguían estando juntos, formando un equipo de duros y eficientes exploradores espaciales. Aunque nadie hubiera podido adivinarlo, ya que Warren dirigía las expediciones y Bat Ears se limitaba a cocinar.

Warren dejó una botella sobre su mesa y envió a buscar a Bat Ears Brady.

Warren escuchó los pasos que se acercaban. Bat Ears debía llevar un par de copas en el cuerpo, ya que estaba entonando su canción más obscena.

Atravesó la abertura de la tienda muy tieso y erguido, como si estuviera siguiendo una línea recta trazada con tiza. Vio la botella y la cogió, sin hacer caso de los vasos que había a su lado. Vació la botella en unos cuatro dedos y la dejó. Después se sentó en una silla de campaña.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Nunca me envías a buscar a menos que ocurra algo.

—¿Qué has estado bebiendo? —quiso saber Warren.

Bat Ears hipó pulidamente.

—Una cosa que puse a hervir. Verás... —contempló medrosamente al comandante—. Antes podíamos llevar un poco de licor, pero ahora está prohibido. Por esto, cuando un hombre quiere beber, tiene que poner a prueba su inge... inge...

—Ingenio.

—Ésta es la palabra. Exactamente, ésta es la palabra.

—Estamos en un aprieto, Bat —le confesó Warren.

—Siempre estamos en un aprieto. Ya no es como en los viejos tiempos, Ira. Entonces, todos éramos hombres. Y ahora...

—Sé a qué te refieres.

—Chiquillos —Bat Ears escupió en el suelo, con desprecio—. Apenas fuera de la lactancia. Hay que limpiarles la nariz y...

—No es esta clase de apuro. Es un callejón sin salida. Si no hallamos ninguna, todos habremos muerto antes de dos meses.

—¿Los nativos? —quiso saber Bat.

—No los nativos. Aunque estarán muy contentos de que muramos.

—Buenos parroquianos —comentó Bat—. Uno de ellos se escurrió adentro de la tienda y le di un puntapié sin ceremonias. Me chilló. No le gustó en absoluto.

—No debes pegarles, Bat.

—Bueno, en realidad, no le propiné un puntapié, sino un leve golpe con la pala. Siempre prefiero usar la pala que mis pies. Llega más lejos y...

Alargó la mano hacia la botella y volvió a vaciarla unos dedos más.

—¿Qué ocurre, Ira?

—El suero. Morgan esperó hasta que la nave estaba demasiado lejos para poder entrar en contacto con ella antes de examinar el suero. Y no sirve... Tiene diez años de antigüedad.

Bat Ears se quedó aturdido.

—Por lo tanto, no podremos inyectarnos —continuó Warren—, lo cual significa la muerte para todos. Ya sabes que aquí hay un virus mortal... que se llama... se llama... Bueno, no recuerdo su nombre. Pero en fin, ya lo sabes.

—Seguro, seguro que lo sé.

—Es muy gracioso —Warren no rió—. Uno espera encontrar algo por el estilo en uno de esos planetas boscosos. Pero no aquí. Hay algo con los nativos. Son humanoides. Tienen las mismas entrañas que nosotros. Por tanto, el virus desarrolló una gran habilidad para atacar el sistema de un humanoide. Y nosotros somos humanos, o sea un nuevo material para ellos.

—Pero el virus no parece atacar a los nativos —observó Bat Ears.

—No —asintió Warren—. Parecen estar inmunizados. O han descubierto un contraveneno o poseen una inmunidad natural.

—Si poseen un contraveneno podemos conseguir que nos lo revelen.

—Y si no quieren —agregó tristemente Ira Warren—, o si la adaptación es la solución al problema... estamos ya más muertos que los difuntos.

—Empecemos a trabajarlos —propuso Bat Ears—. Nos odian, y les gustaría vernos morir, pero ya descubriremos la manera de conseguir que nos ayuden.

—Siempre nos odia todo el mundo —se quejó Warren—. ¿Por qué, Bat? Hacemos cuanto podemos y los demás siempre nos odian. En todos los planetas

donde el hombre ha asentado su pie. Tratamos de hacer que nos quieran y hacemos por ellos cuanto podemos. Pero no aceptan nuestra ayuda. O rechazan nuestra amistad, o nos toman por un enjambre de ladrones... hasta que finalmente perdemos la paciencia y empezamos a aporrearles con la pala.

—Y entonces —añadió sentenciosamente Bat—, toda la carne está ya en el asador.

—Ahora estoy preocupado por los muchachos —confesó Warren—. Cuando se enteren de lo del suero...

—No podemos decírselo —objetó Bat—. No deben saberlo. Naturalmente, se enterarán dentro de poco, pero no inmediatamente.

—Morgan es el único que lo sabe, y hablará. No podemos obligarle a callar. Mañana lo sabrá todo el campamento.

Bat Ears se levantó. Permaneció delante de la mesa y extendió una mano hacia la botella.

—Pasaré a ver a Morgan para que no hable —decidió.

Tomó un largo sorbo de la botella y volvió a dejarla sobre la mesa.

—Le haré una descripción de lo que le ocurrirá si habla.

Warren continuó retrepado en su silla viendo salir a Bat Ears.

«Siempre hay alguien en quien uno puede confiarse», pensó.

Bat Ears volvió a los tres minutos. Se quedó junto a la entrada, sin el menor signo de borrachera en él, solemne el rostro, los ojos desmesuradamente abiertos por lo que acababa de ver.

—Se ha matado.

Era verdad.

El doctor James H. Morgan estaba muerto en su tienda, con la garganta abierta por una mano profesional. Un corte que sólo un hábil cirujano habría podido efectuar.

A medianoche, la partida de socorro encontró a Falkner.

Warren lo contempló ceñudamente. El muchacho estaba asustado. Iba arañado por culpa de su vagabundeo nocturno y mostraba una gran palidez en su semblante.

—Vio la luz, señor —explicó Peabody— y gritó. Así le hemos encontrado.

—Gracias, Peabody —díjole Warren—. Ya lo veré por la mañana. Ahora quiero hablar con Falkner.

—Sí, señor. Me alegro de haberle encontrado, señor.

Peabody se marchó. Warren hubiera querido tener algunos otros hombres como él. Como Bat Ears, el antiguo explorador planetario. Peabody, un hombre ya viejo, y Gilmer, el oficial de aprovisionamiento. Con éstos podía contar. Los demás eran unos críos.

Falkner trató de permanecer inmóvil.

—Señor —empezó a decir—, me pareció divisar un crestón...

Warren le interrumpió.

—Naturalmente, señor Falkner, ya sabe que una de las reglas de esta expedición es no salir nunca solo, por ningún motivo.

—Sí, señor, lo sé.

—Y también sabe —continuó Warren— que está vivo sólo por una verdadera casualidad. Si los nativos no le hubiesen localizado, le habría matado la helada de la noche.

—Vi a un nativo, señor. Y no me molestó.

—Tuvo usted más que suerte, entonces —reconoció Warren—. Pocas veces los nativos pierden una oportunidad de cortarle la garganta a un ser humano. En las cinco expediciones que han estado aquí antes que nosotros, han asesinado a dieciocho. Estos cuchillos de piedra que poseen son excelentes para esto.

Warren extrajo una agenda, la abrió e hizo una meticulosa anotación.

—Señor Falkner, quedará usted confinado al campamento por un período de dos semanas por infracción del reglamento. Asimismo, durante este tiempo, tendrá que ayudar al señor Brady.

—¿Al señor Brady, señor? ¿Al cocinero?

—Precisamente. Con toda seguridad tendrá usted que ayudarlo a llevar el combustible, a lavar los platos y a disponer de la basura... y otras tareas tan gratas.

—Pero yo vine con esta expedición para realizar observaciones geológicas, no para cocinar.

—Cierto —admitió Warren—, pero también vino aquí sujeto a un reglamento. Y usted no ha observado sus cláusulas, por lo cual yo tampoco estoy obligado a atenerme a las mías. Además se impone una disciplina. Nada más, señor Falkner.

El aludido saludó y dio media vuelta hacia la salida de la tienda.

—A propósito —le llamó Warren—. Olvidé decírselo. Me alegro de que le hayan encontrado.

Falkner no contestó.

Warren tensó los músculos un momento y luego se relajó. Al fin y al cabo, ¿qué importaba? Dentro de unas semanas nada les importaría a él ni a Falkner ni a los demás.

El capellán entró en la tienda muy de mañana. Warren estaba sentado al borde de su camastro poniéndose los pantalones cuando entró el clérigo. Hacía frío y Warren temblaba a pesar de tener la estufa encendida a toda marcha.

El capellán se mostró muy preciso respecto a su visita.

—Pensé conveniente venir a verlo con respecto a los servicios necesarios para nuestro querido doctor.

—¿Qué querido doctor? —preguntó Warren, temblando y poniéndose un zapato.

—El pobre doctor Morgan.

—Entiendo. Sí, supongo que tendremos que enterrarlo.

El capellán se envaró ligeramente.

—Me pregunto si el doctor tendría alguna preferencia religiosa.

—Lo dudo. Yo, en su lugar, llevaría la cosa con un máximo de sencillez.

—Esto es lo que opinaba —reconoció el capellán—. Unas cuantas palabras y una simple oración.

—Exacto —apoyó Warren—. Una oración. Necesitamos muchas oraciones.

—Perdóneme, pero...

—Oh... no importa. Pura palabrería.

—Ya —asintió el capellán—. Me pregunto, señor, si tiene usted alguna idea del porqué.

—¿Del porqué?

—¿Por qué se suicidó el doctor?

Warren terminó de anudarse los zapatos y se incorporó.

—Señor Barnes, usted es un hombre de Dios y muy bueno, por lo que he visto. Tal vez tenga usted la respuesta a una pregunta que me está importunando.

—Pues...

—¿Qué haría usted si de repente descubriese que no le quedan más que dos meses de vida?

—Yo... —el capellán reflexionó—. Supongo que seguiría viviendo del mismo modo. Con un poco más de atención a los menesteres de mi alma.

—Ésta es una respuesta práctica —admitió Warren—. Y supongo que es la más razonable que nadie podría darme.

El capellán le contempló con curiosidad.

—¿A qué se refiere, señor?

—Siéntese, Barnes. Atizaré la estufa. Ahora le necesito a usted. He de serle sincero, nunca me gustó mucho la idea de que los de su condición se uniesen a las expediciones. Pero supongo que hay ocasiones en que los hombres necesitamos a los hombres como usted.

El capellán tomó asiento.

—Señor Barnes —continuó Warren—, no le he formulado una pregunta hipotética. A menos que Dios obre un milagro, dentro de dos meses todos habremos muerto.

—Bromea usted.

—En absoluto. El suero no es bueno. No sirve. Morgan esperó a comprobarlo hasta que ya era demasiado tarde para ponernos en comunicación con la nave. Por esto se ha matado.

Contempló atentamente al capellán, pero éste no movió un solo músculo.

—Pensé no decirle nada a usted —prosiguió Warren—. Y al menos por unos días

no pienso decirles nada a los demás.

—Una cosa como ésta tarda un poco en penetrar en la mente humana —afirmó Barnes—. Lo digo por mí mismo. Tal vez, sin embargo, debería contárselo a los demás, darles una oportunidad...

—No.

El capellán le miró fijamente.

—¿Qué espera, Warren? ¿Qué espera que suceda?

—Un milagro.

—¿Un milagro?

—Ciertamente —repuso Warren—. Usted cree en milagros. Debe creer.

—Sí —confesole Barnes—, claro está, existen algunos milagros... podríamos llamarlos milagros alegóricos, y a veces los hombres ven en ellos más de lo que significan.

—Yo soy más práctico —objetó Warren—. Hay el milagro del hecho que los nativos de este planeta son humanoides como nosotros y no necesitan inyectarse ningún suero. Hay un milagro potencial en el hecho de que sólo los primeros humanos que aterrizaron en este planeta trataron de vivir en Landro sin la ayuda del suero.

—Puesto que lo menciona —le interrumpió el capellán—, también hay el milagro de que nosotros estemos viviendo aquí.

Warren parpadeó.

—Exacto. Dígame, ¿por qué cree que estamos aquí? Tal vez por un decreto divino. O por la inmutable representación de las misteriosas fuerzas que mueven al hombre en su sendero.

—Estamos aquí —replicó el capellán— para continuar con unos trabajos de investigación iniciados por las brigadas espaciales que nos precedieron.

—Y que serán proseguidos por las brigadas que nos sigan —concluyó Warren.

—Olvida usted —objetó Barnes—, que todos nosotros moriremos. Y en la tierra se mostrarán reacios a enviar otra expedición para remplazar a una que haya sido eliminada totalmente.

—Y usted —le reprochó Warren— se olvida de los milagros.

El informe estaba redactado por el psicólogo que acompañó a la tercera expedición a Landro. Warren consiguió, después de buscar largo tiempo en el archivo, encontrar una copia del mismo.

—¡Basura! —exclamó, golpeando el documento con el puño.

—Podía habértelo dicho antes de que lo leyese —le espetó Bat Ears—. Estos principiantes no pueden decirle nada nuevo a un viejo explorador como yo respecto a estos abo... abo...

—Aborígenes —le apuntó Warren.

—Ésta es la palabra —afirmó Bat—. Ésta es la palabra que necesitaba.

—Aquí dice —declaró Warren— que los nativos de Landro poseen un alto sentido de la dignidad, delicadamente sintonizado —el psicólogo empleó esta misma palabra—, y un código del honor muy elevado cuando tratan entre ellos.

Bat Ears soltó un gruñido y cogió la botella. Tomó un trago y contempló desolado lo que quedaba en el fondo.

—¿Seguro que esto es todo lo que te queda? —preguntó.

—Tú deberías saberlo.

Bat Ears sacudió la cabeza.

—Consolador, muy consolador.

—Aquí dice —continuó Warren— que también poseen un sistema que es casi un protocolo, montado sobre una base muy primitiva.

—No sé nada de este porto... potor... o cómo se llame —replicó Bat—, pero esto del código de honor me llama la atención. Vaya, si esos buitres le robarían sus peniques a un muerto. Siempre tengo una pala a mano y cuando aparece uno de ellos...

—El informe resulta exhaustivo —añadió Warren—. Lo explica todo.

—¡Al diablo las explicaciones! —gruñó Bat Ears—. Esta gente sólo quiere saber lo que tienes para entrar y robarlo.

—Aquí dice que es como robarle a un ricachón —le explicó Warren—. Como un niño que ve un campo con un millón de melones y piensa que no es ningún delito coger uno.

—Nosotros no tenemos un millón de melones —respondió el cocinero.

—Era una analogía. Pero todo lo que tenemos aquí debe parecerles un millón de melones a nuestros pobres y pequeños amigos.

—Es igual —protestó Bat—. Será mejor que se mantengan alejados de mi tienda o...

—¡Cállate! —le atajó el otro furioso—. Te he mandado llamar para hablar contigo y lo único que haces es vaciarme la botella y rezongar respecto a tu maldita cocina.

—De acuerdo. ¿Qué quieres saber?

—¿Qué hacemos para entrar en contacto con los nativos?

—No podemos entrar en contacto con ellos —contestó Bat—. No logramos verlos. Están por todas partes, como si fuesen moscas. Pero cuando los necesitamos, como ahora, se esconden con suma maestría.

—Como si supiesen que los necesitamos —meditó Warren.

—¿Cómo podrían saberlo?

—No lo sé. Ha sido una idea.

—Y si los encontramos —quiso saber Bat—, ¿cómo les obligaremos a hablar?

—Sobornándolos. Comprándolos. Ofreciéndoles cuanto tenemos.

Bat Ears meneó su cabezota.

—No sirve. Porque saben que sólo tienen que esperar. Si esperan bastante, todo será suyo. Hay un medio mejor.

—Tus medios no les obligarán en absoluto.

—De todos modos, tú estás perdiendo el tiempo —refunfuñó Bat—. No creo que posean ningún medicamento. Es sólo cuestión de adapta... adap...

—Adaptación.

—Seguro. Ésta es la palabra que buscaba.

Cogió la botella, la midió con el pulgar y con un gesto súbito la vació.

Se puso en pie.

—Voy a preparar un poco de comida. Tú quédate aquí y sigue reflexionando.

Warren permaneció sentado en la tienda, escuchando los pasos que se alejaban por entre las tiendas del campamento.

Claro está, no quedaba ninguna esperanza. Lo hubiera debido suponer, pero había querido posponer la realidad.

Posponerla, hablando de milagros y esperando que los nativos tuviesen la solución al problema; pero la solución por parte de los nativos, que éstos poseyesen un medicamento, era más fantástica aún que esperar un milagro. ¿Cómo cabe esperar que unos seres primitivos y desmedrados sepan de medicina cuando no conocen los vestidos, cuando llevan consigo pesados cuchillos de piedra y cuando encienden sus hogares y fuegos con pedernal?

Los veinticinco que restaban morirían, y acto seguido, los nativos, pequeños y con un solo ojo, entrarían a saco en el campamento sin dejar ni los huesos.

Collins fue el primero. Murió penosamente, como morían todos los que quedaban infectados por el peculiar virus de Landro. Antes de morir, Peabody también se acostó con la terrible jaqueca que preludiaba la enfermedad. Después, los hombres fueron cayendo como árboles talados. Gritaban y se quejaban en su delirio, y parecían muertos varios días antes de expirar, mientras eran comidos por la fiebre, como un hambriento animal que hubiera surgido de los páramos.

No podían hacer nada. Rodearlos de comodidades, bañarlos y cambiarles las ropas de la cama, hacerles beber el caldo que hervía Bat Ears en pequeñas marmitas sobre los fogones, llevarles agua fresca para sus irritadas gargantas.

Al principio, las tumbas fueron profundas con cruces de madera, el nombre y los datos del difunto sobre la cruz. Después, las sepulturas fueron más superficiales porque había menos manos que cavasen y menos fuerza en dichas manos.

Para Warren fue una pesadilla de eternidad, una incesante ronda, vigilando a los enfermos, ayudando a cavar las sepulturas, anotando en el diario de la expedición los nombres y datos de quienes morían. Dormía a ratos cuando podía conciliar el sueño o

cuando se hallaba tan agotado que no podía mantener los párpados abiertos. La comida era algo que le llevaba Bat Ears y que se tragaba sin pensar, sin sentir el menor gusto ni sabor.

El tiempo no existía y llegó a perder la cuenta de los días. Preguntó qué día era y nadie supo contestarle. El sol nacía y se escondía y los páramos se extendían hasta los grises horizontes con la soledad que llegaba hasta el campamento.

Vagamente fue dándose cuenta de que cada vez quedaban menos hombres que trabajaban a su lado, y cuando contempló un escuálido rostro comprendió que todo estaba terminando.

—Es una cosa muy cruel, señor —dijo la cara escuálida.

—Sí, señor Barnes —asintió Warren—. ¿Cuántos quedan?

—Tres —repuso el capellán—, y dos casi han muerto ya. El que está mejor es el joven Falkner.

—¿Alguno levantado aún?

—Bat Ears, señor. Usted, yo y Bat.

—¿Por qué no nos mata el virus, Barnes? ¿Por qué resistimos todavía?

—No lo sé. Pero tengo la impresión de que no nos libraremos, señor.

Bat Ears penetró en la tienda y dejó una marmita sobre la mesa. Sacó una copa, que goteaba, y se la entregó a Warren.

—¿Qué es esto, Bat?

—Algo que he hecho, algo que necesitas.

Warren levantó la copa y la vació. Le quemó el estómago, puso fuego en su garganta y estalló en su cabeza.

—Patatas —explicó Bat Ears—. Parece pólvora. Los irlandeses lo descubrieron hace muchos años.

Cogió la copa, la metió en la marmita y se la pasó a Barnes. El capellán vaciló.

—Bébalo, hombre —le gritó el cocinero—. Le ayudará a resistir.

El ministro bebió, se ahogó, y dejó la copa vacía sobre la mesa.

—Han vuelto —anunció Bat.

—¿Quiénes? —inquirió Warren.

—Los nativos. Están rodeándonos, esperando nuestro fin.

Desdeñó la copa, cogió la marmita y aplicó a ella los labios. Parte del licor se derramó por las comisuras de su boca, manchándole la camisa.

Dejó el utensilio en la mesa y se secó los labios con un velludo paño.

—Al menos podrían mostrar cierta decencia —gruñó—. Podrían mantenerse lejos hasta que todo haya terminado. He atrapado a uno que se escurría fuera de la tienda de Falkner. Un tipo gris. Quise cogerlo pero corrió más que yo.

—¿La tienda de Falkner?

—Seguro. Tratando de robar antes de que el chico muera. Pero no se llevó nada.

Falkner estaba dormido. Ni siquiera le despertó.

—¿Dormido? ¿Seguro?

—Seguro —repitió Bat—. Con una respiración natural. Cogeré la pistola y me cargaré a unos cuantos tipejos de éstos, para divertirme. Yo les enseñaré...

—Señor Brady —se inmiscuyó el capellán en la conversación—, ¿está seguro de que Falkner dormía con naturalidad? ¿No estaba en coma o muerto?

—Sé muy bien cuando un hombre está muerto —le gritó Bat, de mal humor.

Jones y Webster fallecieron durante la noche. Warren halló a Bat, a la mañana siguiente, caído al lado del fogón, con la marmita de licor a su lado. Al principio pensó que el cocinero estaba borracho, pero luego observó los síntomas. Se lo cargó a la espalda y lo colocó sobre el camastro; luego fue en busca del capellán.

Lo halló en el cementerio, manejando una pala con sus encallecidas manos.

—No será muy honda, pero los cubrirá —explicó—. Es lo único que puedo hacer.

—Bat Ears está enfermó —le anunció Warren.

El capellán se apoyó en la pala, respirando pesadamente.

—Es raro, es raro en él —observó—. El viejo y valiente Bat Ears. Parecía una fortaleza.

Warren cogió la pala.

—Yo terminaré esto, mientras usted los amortaja. Yo... no tengo ya valor.

El capellán le cedió la herramienta.

—Es gracioso lo del joven Falkner —meditó.

—Usted dijo ayer que estaba mejor. ¿Fue una figuración suya?

Barnes meneó la cabeza.

—Estuve a verlo. Ahora está despierto y lúcido, y sin fiebre.

Se contemplaron mutuamente largo tiempo, procurando acuitar la esperanza que brillaba en sus rostros.

—No pensará...

—No —lo atajó el capellán.

Pero Falkner siguió mejorando. Tres días más tarde se levantó. Y seis días después estaba con los otros dos junto a la sepultura cuando enterraron a Bat Ears.

Sólo quedaban ellos tres. De veintiséis.

El capellán cerró el breviario y se lo metió en el bolsillo. Warren cogió la pala y rellenó el hoyo de tierra. Los otros los contemplaron en silencio, mientras Warren llenaba la tumba lenta, deliberadamente, ya que nada le apresuraba... Luego, sirviéndose de la misma pala, alisó el montón de tierra.

Los tres descendieron juntos por la ladera, sin cogerse del brazo, aunque muy juntos... de regreso a las blancas tiendas del campamento.

No hablaban.

Como si comprendieran el valor del silencio en aquellos momentos, un silencio

que se abatía sobre la tierra y el campamento donde sólo quedaban tres hombres de veintiséis.

—No hay nada raro en mí —observó al cabo Falkner—. Nada diferente de los demás.

—Debe haber algo —insistió Warren—. Usted ha sobrevivido al virus, muchacho. Enfermó y está curado. Tiene que existir un motivo.

—Ustedes dos ni siquiera se han contagiado —replicó el joven—. También debe de haber un motivo.

—No podemos estar seguros —musitó el capellán.

Warren repasó coléricamente sus notas.

—Aquí está todo.

—Todo lo que usted sabe, todo lo que puede recordar. A menos... A menos que calle algo que deberíamos saber.

—¿Por qué tendría que retener ninguna información? —preguntó Falkner.

—Su historial de la infancia —continuó Warren—. Todo lo de costumbre. Sarampión, un poco de catarro, la normal aceptación en la escuela y las obligaciones sociales. Todo igual que todo el mundo. Pero tiene que haber una respuesta. Algo que usted hizo...

—O —le interrumpió Barnes— algo que pensó.

—¿Cómo? —inquirió Warren.

—Quienes podrían decírnoslo se hallan en la ladera —añadió el capellán—. Usted y yo, Warren, estamos andando por un sendero para el que vamos bien equipados. Un médico, un psicólogo, incluso un psicólogo espacial, un estadístico... cualquiera de ellos podría contribuir en algo. Pero están todos muertos. Usted y yo estamos tratando de hacer algo para lo que no estamos capacitados. Tal vez tengamos la respuesta delante de nuestras narices y no sepamos verla.

—Lo sé, lo sé... Pero hemos hecho cuanto hemos podido —exclamó Warren.

—Yo he dicho todo cuanto he recordado —declaró Falkner—. Todo lo que sé. Les he contado cosas que no habría confiado a nadie en otras circunstancias.

—Lo sabemos, muchacho —asintió Barnes, benignamente—. Lo sabemos.

—Sin embargo —insistió Warren—, en algún punto de la vida de Benjamín Falkner tiene que haber una respuesta... una respuesta que la Humanidad debe saber. Algo que usted ha olvidado. Algo que no nos ha dicho, sin mala intención. O, aún más probable, algo que nos ha dicho y nosotros no hemos sabido captar.

—O —agregó Barnes— algo que sólo un especialista podría captar. Algún extraño recoveco de su cuerpo o de su mente. Alguna transformación que nadie sospecharía. O incluso... Warren, recordará usted que me habló de un milagro.

—Estoy cansado de todo esto —se quejó Falkner—. Durante tres días me han estado atormentando, trabajándome, diseccionándome...

—Volvamos sobre la última parte —decidió Warren, severamente—. Cuando se extravió usted.

—Ya les he dicho todo más de cien veces.

—Una más. Sólo una más —casi suplicó el comandante—. Usted estaba en el sendero, explicó, cuando oyó unos pasos que descendían del monte.

—No eran unos pasos —objetó Falkner—. Al principio pensé que sólo era un rumor.

—¿Y se asustó?

—Me asusté.

—¿Por qué?

—Bueno, la oscuridad, estaba perdido y...

—¿Pensó en los nativos?

—Pues sí, alguna que otra vez.

—¿Sólo alguna?

—Bien... continuamente, señor —admitió Falkner—. Sí, a cada momento. Tal vez desde que me di cuenta de que me había extraviado. Los tenía presentes en el fondo de mi cerebro.

—¿Y por fin reconoció que eran unos pasos?

—No. No los reconocí hasta que vi al nativo.

—¿Sólo uno?

—Sólo uno. Viejo. Tenía el pelo gris y una gran cicatriz en la cara. Distinguí la costura blanca.

—¿Está seguro de la cicatriz?

—Sí.

—¿Y de que era viejo?

—Parecía viejo. Todo el pelo era gris. Andaba lentamente y cojeaba.

—¿Y usted no se asustó?

—Sí, claro. Pero no tanto como suponía.

—¿Le habría matado de haber podido?

—No, no le habría matado.

—¿Ni aun para salvar su vida?

—Oh, seguro, pero no lo pensé... Yo... bueno, no quise tropezar con él. Nada más.

—¿Lo miró?

—Sí, unos segundos. Pasó por mi lado, bastante cerca.

—¿Le reconocería si volviera a verlo?

—Lo reconocería.

Falkner calló, estupefacto.

—¡Un momento! ¡Un momento! —gritó.

Se pasó una mano por la frente. De pronto, su mirada centelleó.

—Volví a verlo. Lo reconocí. Sé que era el mismo.

—¿Pues por qué no lo dijo? —estalló Warren.

Pero Barnes se le adelantó.

—Volvió a verlo. ¿Cuándo?

—En mi tienda. Cuando estuve enfermo. Abrí los ojos y lo vi delante de mí.

—¿De pie delante de su cama?

—Y mirándome. Como si quisiera tragarme con su amarillento ojo. Después... después...

Los otros esperaron ansiosamente.

—Yo estaba enfermo. Tal vez deliraba. No estoy seguro. Pero me pareció que el viejo extendía las manos, más bien sus garras... y que me tocaba con una garra a cada lado de mi cabeza.

—¿Le tocó? ¿Le tocó físicamente?

—Con suavidad —prosiguió Falkner—. Con mucha suavidad. Sólo un instante. Después volví a dormirme.

—Se adelanta usted —le interrumpió Warren con impaciencia—. Volvamos atrás. Usted vio al nativo...

—Ya lo he dicho mil veces —se quejó Falkner con amargura.

—Probaremos una vez más. El nativo pasó tan cerca de usted que pudo verlo muy bien. O sea que él salió del sendero y dio un ligero rodeo...

—No —negó Falkner—, no he dicho esto en absoluto. Fui yo quien salió del sendero.

Hay que mantener la dignidad humana, afirmaba el manual. Por encima de todo, la dignidad humana, el prestigio del hombre. Ser amable, sí. Y ayudar. Incluso mostrar hermandad. Pero la dignidad ante todo.

Y a menudo, la dignidad humana es la arrogancia humana.

La dignidad humana no permite que uno se aparte en un sendero. Es el otro quien debe apartarse y dar un rodeo. Por inferencia, la dignidad humana automáticamente les asigna a los demás una posición inferior.

—Señor Barnes —dijo Warren—, todo está en las manos.

El capellán que estaba en el camastro, irguió la cabeza para mirar a Warren, casi como sorprendido de verlo allí. Los delgados labios se entreabrieron en la pálida faz y cuando habló sus palabras fueron entrecortadas y débiles.

—Sí, Warren, en la imposición de manos. Un poder que poseen estas criaturas. Un poder que no posee ningún ser humano.

—Pero es un poder divino...

—No, Warren —opinó el capellán—, no necesariamente. No tiene por qué serlo. Puede ser un poder real, humano, que va unido a la perfección mental o espiritual.

Warren pareció hundirse en su taburete.

—No puedo creerlo. No puedo. No creo que estos seres de ojos de búho...

Miró fijamente al capellán. Éste tenía el rostro encendido por la fiebre y su respiración era sumamente trabajosa y débil. Tenía los ojos cerrados, como si en realidad ya hubiese muerto.

Había el informe redactado por el psicólogo de la tercera expedición. Hablaba de la dignidad de los humanoides, de su código de honor y de un protocolo primitivo. Y todo era exacto.

Pero el hombre, atento a su propia dignidad, a su prestigio, no concedía jamás dignidad a los demás. El hombre siempre deseaba mostrarse amable si su amabilidad era debidamente apreciada. Ayudaba si la ayuda podía demostrar su superioridad. Y en Landro, apenas se había molestado nadie en mostrarse amable o benévolo con los nativos, sin soñar ni por un momento que aquellos seres del planeta, desmedrados, entecos, sin vestir, fuesen algo más que una peste y una molestia, que no debían ser tomados en serio ni siquiera cuando, a veces, constituían una amenaza.

Hasta el día en que un muchacho asustado se apartó a un lado para cederle el paso a un nativo.

—Cortesía —murmuró Warren—, ésta es la respuesta. La cortesía y la imposición de manos.

Se levantó y salió de la tienda. Vio a Falkner.

—¿Cómo está? —se interesó el joven.

Warren meneó la cabeza.

—Como los demás. Ha tardado en enfermar, pero no hay remedio.

—Dos —contó Falkner—. Sólo quedamos dos de veintiséis.

—Dos, no —replicó Warren—. Sólo uno. Usted.

—Pero usted...

Warren volvió a sacudir la cabeza.

—Ya tengo jaqueca. Y empiezo a sudar. Me flaquean las piernas...

—Quizá...

—Lo he observado demasiadas veces para engañarme.

Alargó una mano, asió la lona de la tienda y trató de afirmarse sobre sus pies.

—No tengo la menor esperanza —declaró Warren—. Yo no cedí el paso a nadie.

# Secreto

LEE CAHN

"En estos días de tantos reglamentos de seguridad de alto nivel, de científicos que poseen secretos de los estadistas, y militares que poseen secretos de ambos, bueno será recordar que el secreto puede ser vendido en ambos lados de los distintos telones en que está dividido el mundo. Aquí la "venta" fue en favor de los americanos, pero sólo por azar. Podía haber ocurrido lo contrario y el resultado habría sido completamente distinto.

*No sólo es ésta la primera aparición de Lee Cahn en una antología, sino también su primer relato publicado. Es ingeniero de controles automáticos —"ingeniero de robots", como dirían en la ciencia-ficción—, y ha trabajado en la construcción de diversos aparatos que pueden, según sus propias palabras, realizar "ocupaciones humanas moderadamente inteligentes, para las que no todo el mundo se halla calificado". ¡El mundo del mañana!"*

La escena en la comisión senatorial de Asuntos Militares. 10 de mayo de 1962.

Senador Guy. —Su nombre y empleo, por favor.

Testigo Schlosberg. —William Schlosberg, ingeniero.

Senador Guy. —¿Cuál es su relación con el cohete dirigido *Albatros V*?

Schlosberg. —Fui ingeniero ayudante en la dirección del proyecto.

Guy. —¿Cuáles eran las principales características del *Albatros V*? Puede hablar con entera libertad.

Sch. —El *Albatros V* poseía una planta de poder atómico, por lo que su alcance era ilimitado. La velocidad máxima era de cinco Mach...

Guy. —¿Cuánto es en kilómetros por hora?

Sch. —Cuatro mil quinientos kilómetros por hora en servicio espacial. La cabeza del proyectil pesaba mil cien kilos; el cohete estaba destinado para llevar una cabeza de proyectil *Mark VII*, pero jamás me comunicaron oficialmente su radio mortal. Extraoficialmente, tengo entendido que excedía de los cincuenta kilómetros. Len Johnson era el ingeniero del proyecto de la cabeza de proyectil para el A. E. C.

Guy. —¿Y respecto al sistema de dirección?

Sch. —La desviación no debía exceder de un kilómetro en cualquier lugar de la tierra. Se suponía que era invulnerable a las contramedidas que podían esperarse para 1962. En realidad, todo el cohete era invulnerable. La Yall Aircraft lleva quince años dedicada a los cohetes, y el *Albatros V* era el más perfeccionado. Todo está anotado en las actas y el contrato.

Guy. —Aquí tengo una carta «alto secreto» del general A. S. Frederick, del Departamento del Aire. Le pide a usted que tenga listo un *Albatros V* para su disparo el 21 de marzo de 1961. ¿Qué hizo usted al recibir esta carta?

Sch. —Bien, ante todo cancelé la fecha del primero de marzo para el disparo, a fin de estar seguros de tener un buen cohete. Después bajé a los talleres y traté de tener preparados el Número Siete a fin de que si el Cinco y el Seis fallaban, pudiéramos tener otra oportunidad. Me prometieron que así se haría, pero el Siete no estuvo listo hasta el 4 de junio.

Guy. —¿Usted mandó algún escrito a los jefes adjuntos?

Sch. —Sí, señor.

Guy. —¿Qué les dijo?

Sch. —Les pedí que no utilizaran el *Albatros V* para una misión táctica. Sabía que lo era; ellos no lo dispararían para una misión práctica.

Guy. —¿Por qué les aconsejó que no utilizaran el cohete, señor Schlosberg? ¿Sabía lo que iba a suceder?

Sch. —No, señor. No lo sabía. El *Albatros V* estaba aún en su fase de pruebas. Había modelos de artesanía y todavía teníamos que pulirlo. No estaba listo. Pero no quisieron escucharme.

Guy. —Tengo aquí sus informes quincenales, en particular el de la primera quincena de febrero. Afirma usted que todas las dificultades de importancia han sido superadas y subraya que en lo sucesivo se podrá iniciar la producción de tales cohetes. ¿Cómo puede explicar esto?

Sch. —Oh, esto es sólo un informe de progreso. No hay que hacerle caso. Bueno, la redacción de tales informes se ve afectada por otras consideraciones diferentes de los resultados de las pruebas. Los altos peldaños del mando suelen mostrarse optimistas cuando tratan con el Gobierno. Jamás aseguré que todas las dificultades estuviesen superadas, señor.

Guy. —De acuerdo, señor Schlosberg. Nadie informará a la Yall Aircraft lo que acaba usted de declarar. Necesitamos la verdad. ¿Qué razón dieron a los jefes adjuntos para disparar el *Albatros* por encima de sus objeciones?

Sch. —Bien, parece ser que la inteligencia les calentó la cabeza respecto a las sensacionales armas defensivas del nuevo enemigo, y las referencias del *Albatros* parecían excelentes. Y leyeron el informe quincenal. Además, el disparo serviría para reforzar un ultimátum, por lo que por razones psicológicas, tenían que seguir adelante.

Guy. —Entiendo. Su tono demuestra cierto escepticismo respecto a las especificaciones. ¿Falló en algo el cohete?

Sch. —Sí, varias veces, pero no siempre en lo mismo, ni al mismo tiempo. Se tarda bastante en crear algo completamente bueno y de confianza, lo mismo con máquinas que con gente.

Guy. —¿Quién era el responsable de que el cohete estuviese en condiciones de operar el 21 de marzo de 1962?

Sch. —Yo, señor, y Levasseur, el ingeniero de sistema para aquel cohete. Él comprobó la operación de cada parte del sistema y ambos estudiamos los resultados en el panel de pruebas automático. Todo iba bien.

Guy. —¿Incluyendo el disparador de la cabeza del proyectil?

Sch. —No, señor, esto era cosa del A. E. C, y jamás lo vimos ni supimos cómo operaba. Los encargados de fabricar la cabeza del proyectil la entregaron cuando la tuvieron lista. Los del cohete no pudimos saber nunca nada de esa parte. Seguridad, ¿entiende? Sólo la montamos en el cohete. A partir de aquí, era obra suya. Esto está especificado en el contrato. ¿Ha leído el contrato y sus cláusulas?

Guy. —Tal vez quisiera usted manifestarnos cómo se dieron las instrucciones para el cohete.

Sch. —Un montón de tarjetas perforadas se insertaron en las ranuras de órdenes. Las tarjetas estaban taladradas en el autocomunicador según el destino, el programa de vuelo, instrucciones especiales de defensa...

Guy. —¿Qué instrucciones se le cursaron a usted para esta misión?

Sch. —No tuve instrucciones, señor. El ayudante del general White, coronel Saunders, que sabía usar el autocomunicador, entró en la sala de comunicaciones, se encerró, y preparó las tarjetas. La máquina posee un circuito interno consistente, que capta la mayoría de las instrucciones. No se nos dijo nada respecto al blanco, aunque todos pensamos que era Moscú. Seguridad, ¿entiende? Cualquiera de mis muchachos se lo confirmará. Por esto supimos que ocurría algo raro. Cuando el *Albatros* tomó rumbo este, comprendimos que no podía tratarse de Moscú. Moscú se halla demasiado al norte de Muroc, a lo largo de una geodésica. Levasseur y yo nos contemplamos mutuamente y luego bajé a mi despacho. Allí tenía una tarjeta taladrada duplicada y una unidad de reproducción para comprobar las tarjetas de los cohetes y ayudar a la reducción de datos. Reproducimos el vuelo que el coronel Saunders había trazado según las tarjetas duplicadas. El *Albatros* se encaminaba a Washington, Distrito de Columbia. Duración del vuelo: setenta y cuatro minutos.

Guy. —¿Qué hizo usted entonces?

Sch. —Primero, hice que algunos de mis muchachos cogiesen al general White y al coronel Saunders y los encerrasen. Hasta más tarde no descubrí que «Saunders» era un espía enemigo y que White no era más que su hombre de paja. No podía correr riesgos. Después, llamé a Washington, al Pentágono. Tardé ocho minutos en hablar con el jefe del Estado Mayor de las Fuerzas del Aire, y otro en conversar con el presidente.

Guy. —Por favor, procure recordar su conversación lo mejor posible, señor Schlosberg. Esto es muy delicado.

Sch. —Sí, señor. Bien, se lo tomaron con mucha calma. No hubo mucho intercambio de palabras.

Guy. —¿Qué hicieron ellos?

Sch. —Primero, el General Allen designó al *Albatros* como hostil y ordenó que se dispusiesen los interceptores y los antiaéreos.

Guy. —¿Qué efecto produjeron?

Sch. —No mucho. El *Albatros* voló por encima, barrió a los aviones y a la mayoría de los cohetes SA. Como dije, no había interceptor que pudiera detener al *Albatros*. Al menos, dos cohetes SA llegaron a su radio de acción, pero nuestro cohete los hizo estallar prematuramente. Trabaja como un radar. Es universal; destruye cualquier espoleta próxima, incluyendo las nuestras. Primitivamente se desarrolló para el *Albatros III*.

Guy. —¿Qué hizo el presidente a continuación?

Sch. —Me ordenó que hiciera regresar al *Albatros*. Le expliqué que las contramedidas habían tornado a los cohetes dirigidos anticuados hacía años y que el lanzado actuaba por sí solo. Si yo hubiese puesto algo en el *Albatros* que le hiciese retroceder, el enemigo también podría capturarlo.

»Entonces, el General Allen ladró:

»—Bien, ¿cuáles son sus frecuencias de radar, su amplitud de pulso, su porcentaje de repetición? Tal vez sea posible trastornar todo eso y precipitarlo al océano. Es su bebé, Schlosberg. Usted tiene que saber cómo detenerlo.

»Pero durante tres años todos habíamos batallado para que no pudieran detenerlo, y así lo habíamos construido. Si había algún medio, no podía imaginarlo en sesenta minutos, cuando no lo había visto en tres años. Mi oficio era construir un cohete invulnerable, y creo que lo era.

»En respuesta a la pregunta específica del General Allen, el *Albatros* no usaba radiación para localizarse, por lo que no podía ser engañado por aquélla. No es posible darle algo a un objeto que no lo acepta. Ésta parece ser la mejor solución al problema de la descentralización, de lo contrario se pierde uno en un enjambre de frecuencias, claves cifradas, descifradores y espionaje. Rechazamos el radar desde el principio.

»Entonces, el presidente se mostró preocupado por Washington. No sabía si evacuarlo o no. Sólo una pequeña parte de la población habría podido marcharse en sesenta minutos, y muchos hubiesen muerto en la huida. Naturalmente, también podían morir si se quedaban, excepto si se hacía fracasar al *Albatros*. El General Allen recordó mi protesta y me preguntó cuáles eran las posibilidades de que fallara el cohete, que una de sus dificultades volviera a presentarse. Bien, nosotros esperábamos un fallo por cada doscientos minutos de operación, o una posibilidad de fallo de cada tres. Tampoco había garantía de que un fallo le impidiese al *Albatros* precipitarse sobre el blanco.

»Por fin, el presidente decidió no evacuar y demorar el aviso hasta que lo hiciese el sistema regular de advertencias. Esto, entonces, parecería un ataque enemigo por sorpresa, lo cual fortalecería la resolución de la nación y nuestra posición moral ante el mundo. Si anunciaba que uno de nuestros propios cohetes iba a caer, se daría al traste con la moral y la unidad nacional, para no mencionar el prestigio. Hubiéramos sido el hazmerreír del mundo entero. Además, pocos se salvarían. Sin embargo, el presidente tenía a punto su avión particular y otro para los jefes del Pentágono.

»Bien, todos juramos secreto y ningún periódico se atrevería a publicar una historia semejante. Aunque nosotros hablásemos, sólo sería un rumor, y esto era un mal menor. La comisión tendrá que decidir si desea que sea revelado este episodio al público.

»El General Allen propuso una serie de proyectos estúpidos, a los que nosotros ya nos habíamos anticipado. Algunos trucos de su defensa eran inteligentes, aunque ninguno servía para nada. Aprendí bastantes cosas entonces, que luego propuse para el proyecto del nuevo *Albatros VI*.

Guy. —Esta comisión le está sumamente agradecida, señor Schlosberg, por

haberse mostrado tan sincero. Otros envueltos en este asunto no lo fueron tanto. ¿Puede decirnos, finalmente, por qué cayó el cohete en el patio del Pentágono sin estallar? Esto nunca se ha sabido.

Sch. —Siento un orgullo algo amargo al poder asegurar que el *Albatros* fue a donde se le dijo, dentro de su posible desviación. No estalló porque el disparador de su cabeza de proyectil fue sabotada por un espía enemigo de la dotación de la bomba. A pesar de la alta seguridad, el A. E. C. albergaba a una víbora en su seno.

Guy. —¡Estos comunistas son muy sutiles! Nos asustan durante una hora de manera mortal, y después completan la destrucción psicológica no haciendo estallar el proyectil.

Sch. —¡Oh, ellos de buena gana habrían dado al traste con la destrucción psicológica a cambio de una buena explosión, senador! Le pregunté al espía de la dotación de la bomba antes de ser conducido a la cárcel, por qué lo había hecho. Al parecer, «Saunders» trabajaba para la inteligencia del Ejército Rojo, mientras que el saboteador de la cabeza de proyectil era un agente del M. V. D. En resumen, no iban coordinados.

## *Dios sediento*

MARGARET ST. CLAIR

*"Margaret St. Clair, señora del horror en los relatos futuristas de anticipación, se excede a sí misma en este relato de retribución inconsciente, casi demasiado terrible para poder ser recordado. La narración publicada originalmente con el pseudónimo de Idris Seabright, y editada de nuevo con su verdadero nombre con permiso de la autora, transcurre también en uno de los posibles mundos imaginados por la señora St. Clair. Estos relatos raramente son optimistas, pero casi nunca tan horribles como el presente.*

*Nacida en California, Margaret St. Clair publicó su primera obra futurista en 1946."*

Brian cabalgaba briosamente cuando, al crepúsculo, llegó al santuario. Había reventado dos monturas desde el día anterior, y a pesar de su marcha los Hrothy, aullando como una manada de derviches, estaban muy cerca. Se alzó sobre los estribos y miró angustiadamente hacia atrás.

Sí, dentro de cuarenta segundos, aproximadamente, los parientes de Megath estarían a tiro de ballesta. Si lo atrapaban, lo colgarían por los tobillos y le dispararían unas aguzadas flechas que le harían agonizar dos o tres días antes de morir. Se estremeció. La entrada de la capilla estaba a oscuras y no resultaba muy alentadora, pero estaba casi seguro de que los Hrothy la respetarían por su carácter sagrado, y el santuario le parecía, por su inexperiencia en tales cuestiones, una capilla semejante a las que punteaban la superficie del segundo planeta. Era una suerte que la hubiese encontrado. Saltó del ruano y se hundió en la oscuridad.

Los Hrothy atraparon al animal cincuenta segundos después. Era fácil adivinar dónde estaba Brian. Se contemplaron mutuamente en silencio. El tío de Megath, que había sido el más ansioso en la persecución, lanzó una corta risotada. Los hombres fueron desmontando sin hablar.

Los Hrothy consideraban que Brian, por su violación y subsiguiente abandono de Megath, acababa de cometer un pecado imperdonable. En realidad, no les importaba tanto la violación de la joven como el abandono cuando se cansó de ella. A esto se oponían rotundamente. Iba en contra de sus costumbres. Deseaban que el violador aceptase para siempre a su víctima. Pero pensaban, por los relatos que habían leído y por sus experiencias, que si Brian permanecía en el interior de la capilla doce horas, sus ansias de venganza quedarían satisfechas. Megath quedaría vengada. Silenciosamente, los hombres de la tribu se sentaron en semicírculo delante de la capilla.

Brian, atisbando desde el interior, se sintió a la vez asombrado y aliviado. Había temido que recogiesen la hierba que crecía a la orilla del fangoso río y trataran de ahumar el sagrado recinto. Y todo ese ajeteo por culpa de una mujer cuya piel era decididamente purpúrea. Bien, por lo visto, contaban con que se muriese de hambre. Acarició los tubitos de pastillas alimenticias que llevaba en el bolsillo y sonrió. También tenía un frasquito. Tendrían que esperar largo tiempo.

Continuaron en silencio —los Hrothy eran naturalmente ruidosamente emocionales—, y el silencio comenzó a molestarle. Los acechó dubitativamente una vez más. Pero al parecer respetaban la santidad de la capilla. No tenía por qué preocuparse.

Retrocedió unos pasos hacia el interior. Estaba muy oscuro. El suelo parecía estar hecho de barro resbaladizo. En realidad, se trataba de un plástico resistente a la humedad, pero Brian no lo sabía. Vaciló y se tendió en el suelo. Estaba agotado.

Quería mantenerse despierto, en guardia, pero la fatiga lo rindió. Al cabo de diez

minutos estaba profundamente dormido.

Tan pronto como su respiración regular dio la señal, los rayos sonda comenzaron a actuar sobre él. Le tomaron el pulso, la frecuencia respiratoria, la consumición de oxígeno. Un paño se deslizó bajo su axila y tomó una muestra del sudor para el análisis. Cuando empezó a roncar, otro paño entró momentáneamente en su boca abierta. Y cuando estuvo completamente dormido, una diminuta aguja hipodérmica le extrajo una gota de sangre del lóbulo de la oreja. Sobre la muestra se llevó a cabo una refinadísima técnica de electroforesis.

La noche se hallaba muy avanzada cuando las sondas completaron su diagnóstico. En cierto sentido, Brian las intrigaba. Fisiológicamente, se hallaba muy lejos de lo acostumbrado. Pero allí yacía, escasamente dentro del límite de variación permisible. El mecanismo de los rayos sonda estaba ya un poco desgastado. Después de una pausa casi humana, las instalaciones de acondicionamiento de la capilla comenzaron a actuar sobre él.

Los Hrothy, fuera en la noche oscura, aguardaban con un silencio de lobos. No era el carácter sagrado de la capilla lo que respetaban, sino su competencia como factoría.

Brian se despertó por fin. Tenía la impresión de que había transcurrido mucho tiempo, y aunque esto no era cierto cronológicamente, sí lo era fisiológicamente, ya que le habían sucedidos muchas cosas mientras dormía.

La idea del tiempo transcurrido le alarmó. ¿Qué estuvieron haciendo los Hrothy durante su sueño? Todavía adormilado, corrió a la puerta de la capilla y miró afuera.

Los Hrothy estaban sentados igual que antes, en cuclillas y en torno a la penumbra que formaba un leve cono de luz delante de la capilla, envueltos en sus capas brillantemente coloreadas. Intentaban esperar hasta que el hambre le hiciese salir de la capilla. Brian lanzó una burlona risita y volvió al interior del santuario. Cuando giró sobre sí mismo, su cabeza chocó penosamente y de manera inesperada contra el dintel de la entrada.

Por un momento, el dolor físico oscureció el significado de lo sucedido. De sus ojos surgieron unas lágrimas de dolor y lanzó una maldición. Después, el significado del incidente se le apareció claro de repente. Acababa de tropezar contra el dintel de la puerta. Pero la primera vez, el dintel estaba dos o tres palmos, al menos, más arriba de su cabeza.

Levantó la mirada. Su negro y lustroso cabello rozaba el techo. ¿Qué diablos...? ¿Qué le había ocurrido? ¿Había crecido, era más alto que antes?

Por un momento pensó que padecía una fiebre alucinatoria. En Venus abundaban y la idea del crecimiento era característica de un par de ellas. Además, tenía sed y sentía un extraño calor. Contemplese las manos. Los puños quedaban sólo a unos cuatro dedos de los codos. A menos que se tratase de una alucinación muy

persistente... No podía ser la fiebre. No se sentía febril, sólo sediento y acalorado. Bien, había tomado varias vacunas contra todas las epidemias endémicas de Venus antes de salir de Dyndimene. No cabía duda; había crecido durante la noche.

La idea, cosa rara, no le alarmó. Más bien se sentía complacido. Por un momento, pensó en salir atrevidamente de la capilla y causar un gran estrago entre los Hrothy. Les enseñaría a molestar a un hombre que medía dos metros y medio... no, más, casi tres metros de estatura. Pero eran unos veinte y poseían gran cantidad de flechas. Era preferible no salir.

Además, se sentía somnoliento y letárgico, sin ganas de pelear. No podía imaginarse qué le había sucedido, aunque no le importaba. Decidió sentarse en el suelo y tomar un trago de agua del frasco.

El recipiente de plata parecía muy pequeño en sus enormes manos. Bebió hasta la última gota de líquido y luego arrojó el frasco con petulancia. Era agua, sí, pero él no deseaba agua. Lo que necesitaba era algo más denso.

Cruzó las piernas y se recostó contra la resbaladiza pared. Cerró los ojos, pensando que ello le ayudaría a pensar. Pero poco después volvía a estar dormido.

Esta vez se despertó cuando caía la tarde. Llovía intensamente. Sin moverse de postura, miró hacia fuera, notando distraídamente que tenía la espalda envarada.

Los Hrothy se habían marchado. No se veía ni uno solo en el húmedo paisaje, ni siquiera uno de sus bastones, o la boñiga de un ruano. Probablemente sería una trampa; debían hallarse escondidos por el contorno. O tal vez hubieran regresado al poblado en busca de refuerzos. Brian sonrió. No se dejaba engañar fácilmente. Decidió levantarse.

Trató de moverse. No pudo. Bien, estaba entumecido por la mala postura. Tenía dormidas las piernas.

De nuevo le dio la orden al cuerpo. Tampoco ocurrió nada. Brian se humedeció nerviosamente los labios. ¿Estaba parálitico? ¿Qué le pasaba? Empezó a estar asustado. Y fue entonces cuando entró el plunp.

El plunp era el más raro de los naturales de Venus. Algunos obreros que lo habían estudiado insistían en que su extraña apariencia escondía una rica y singularmente variada vida espiritual. Otros etnólogos lo negaban apasionadamente y afirmaban que sus leyendas de la creación y sus figuras «totam» mostraban la vacuidad de su vida espiritual.

Fuese como fuese, los plunp no producían buena impresión. Poseían una piel gris y correosa, largas mandíbulas con feroces colmillos y crueles ojos amarillentos. No llevaban ropa, ni siquiera una hoja de parra. Y olían como ranas.

Éste penetró en el santuario y se detuvo delante de Brian. Esbozó un gesto con una mano; tanto podía tratarse de un saludo solemne, o bien simplemente de un «hola» familiar. Contempló calculadoramente a Brian e inclinó la cabeza. Abrió la

especie de coco que llevaba colgando de un largo sarmiento en torno a su cuello.

Brian estaba interesado. No podía hacer nada y la llegada del plunp tenía que significar algo. Contempló a aquel ser con extremada repulsión (los plunp no son bellos), mientras sacaba un pellizco de unguento amarillento del coco y se lo pasaba por todo el cuerpo. Después, comenzó a girar lentamente delante de Brian, con sus retorcidos brazos, de Piel untuosa, extendidos adelante.

Casi tan pronto como el unguento amarillo tocó la piel del plunp, Brian se sintió extrañamente excitado. Era como la intensidad de un impulso sexual, pero no había nada sexual en su mando imperioso y frío. Era como si todas las miríadas de su cuerpo tuviesen sed, sed individual, una rara sed del unguento amarillo y la humedad de la piel del plunp.

El agua del frasco de Brian no era bastante densa para satisfacer su sed. Aquella humedad, sí.

Experimentó como un aura, una proyección de sí mismo. No era un caso de voluntad consciente; incluso cuando realizó el contacto inmaterial con el plunp, se resintió de ello. Era sed, sí, pero le parecía que al deshidratar al plunp estaba realizando un servicio íntimo, sometándose a una odiosa familiaridad con un ser que le repugnaba odiosamente. Un íntimo contacto, por muy impalpable que fuese, con un plunp... ¡Se odió a sí mismo! Pero no podía hacer nada por impedirlo. (El paralelismo entre este impulso y lo que él le había infligido a Megath se le escapó. Y aunque lo hubiese observado, no le habría edificado. No era un hombre que se edificase fácilmente.)

El plunp continuó girando lentamente volviéndose primero a un lado y luego al otro, hacia la intoxicante sequedad que Brian sentía emanar de su persona. Brian llegó a pensar que su actitud era la de un devoto hacia un dios, un dios muy servicial. Sus ojos amarillentos estaban cerrados; su untuosa piel parecía estar más arrugada y resbaladiza a cada momento, a medida que la deshidratación de los tejidos iba en aumento. Su afilado rostro tenía una expresión de repulsiva dicha. De haber podido moverse, Brian habría vomitado.

Era odioso. Un odioso servicio ejecutado por un ser odioso. Y resultaba autodestructivo, pese a la necesidad de humedad de Brian. Era como si Brian, en su nuevo cuerpo, no estuviese a gusto. En su contacto con el plunp, era como una planta que, a falta de azufre en el suelo, se ve forzada a absorber selenio. Era como si estuviera envenenándose a sí mismo.

En esta suposición, Brian estaba acertado. La capilla no era una capilla. Anteriormente había sido una factoría. Fue originalmente destinada por los biólogos del cuarto planeta a ayudar a los colonos del segundo planeta a reajustarse al avasallador y húmedo ambiente de Venus.

Existen dos formas de batallar con la humedad. Una es ser impermeable, como lo

son las plumas de los patos. Los marcianos probaron este sistema y no les gustó. Se sentían desfallecer en el húmedo calor de sus cuerpos impermeables. Por lo tanto, adoptaron el segundo sistema, que es gozar del agua, vivir en el agua como las ranas. Esta solución significaba una adaptación fisiológica mucho mayor, pero los marcianos quedaron mucho más satisfechos.

Una vez adaptados, continuaron absorbiendo agua a través de sus poros, agua que extraían del húmedo ambiente, usándola en su metabolismo y exhalando de nuevo aire seco. Había cierto grado de selección en el proceso. Podían elegir entre varios objetos para la extracción de agua. Los marcianos vivían felices con este sistema, aunque en la estación de sequía padecían cruelmente, lo mismo que cuando regresaban a Marte a pasar sus vacaciones. Pero Brian no era marciano, y las sondas estaban estropeadas y desequilibradas por el mucho tiempo transcurrido desde que los últimos marcianos abandonaron Venus. Por esto, con él era diferente.

Para el plunp, él era un dios deliciosamente higroscópico. Para sí mismo, era un hombre maldito.

El plunp se marchó por fin, con la piel colgándole en grandes pliegues. Se tambaleó ligeramente al traspasar el umbral, como si estuviese bebido. Dejó el coco en la capilla. Brian le vio marchar por entre la cortina de lluvia.

No podía moverse; ni siquiera agitarse. Tenía la espalda completamente envarada. No sabía cómo lograba respirar. Pero estaba seguro de una cosa: no volvería a extraer agua de ningún otro plunp.

Si volvía a estar sediento tendría que impedirlo de algún modo. ¿Pero cómo? No lo sabía, pero aquella ignorancia no afectó su decisión. Inmóvil, mientras contemplaba la lluvia en medio de la creciente oscuridad, sintió surgir en su interior un hálito de esperanza. Era imposible lo que le estaba ocurriendo. No podía ser verdad. No podía durar eternamente. Más pronto o más tarde, alguien lo encontraría. Un recolector de plantas, un agente del Gobierno... alguien. Todo lo que tenía que hacer era continuar vivo hasta entonces.

Al día siguiente seguía lloviendo copiosamente. Brian recordó haber oído decir que en aquella parte de Venus la lluvia podía, durante la estación lluviosa, pasar de setenta centímetros en veinticuatro horas.

A mediodía del día siguiente volvió el plunp. Brian había podido saciar su ardiente sed gracias a la humedad del aire, y ahora tenía sus planes. Cuando el plunp, untado con la crema amarillenta, giró delante de Brian, éste se retiró dentro de sí mismo. Era como mostrarse sordo al estruendo del trueno, como negarse a ver una cegadora luz. No sabía cómo lo lograba, pero lo hacía.

El plunp se detuvo. Se contemplaron mutuamente sin pronunciar palabra y luego él empezó a mover sus retorcidas manos. Brian sintió la caricia del triunfo en su interior; había vencido a la odiosa criatura. Y se sintió aún más victorioso cuando,

después de otro silencio, el plunp desapareció.

Pero al cabo de un momento llegaron varios, transportando un cofre de madera de agudas esquinas. (Los plunp no poseían suficiente habilidad como para fabricar tales objetos, por lo que traficaban para obtenerlos de los Hrothys, más civilizados.) Lo abrieron. En el interior se veía una pasta gelatinosa, rojiza, untuosa. Los plunp ya poseían suficiente experiencia de los dioses recalcitrantes.

El plunp cuya piel era más gris, colocó un poco de pasta en la punta de un palo. Cautelosamente, alargó el mismo hacia Brian. Lo movió atrás y adelante, a través del pecho del joven y debajo de su nariz.

El resultado, para Brian, fue catastrófico. Le pareció que se volvía todo su ser de dentro afuera. Con odiosa, forzada rapidez, empezó a deshidratar al plunp de la piel grisácea. Era como caer interminablemente por un precipicio vertical, y sentirse mareado al mismo tiempo.

Los plunp se marcharon por fin, al oscurecer. Desaparecieron, con unos pasos de baile y ejecutando gestos histriónicos para saludar a Brian.

Éste los vio marchar, inmóvil. Ni siquiera podía temblar. La humedad aceptada de ellos a la fuerza, le había hecho engordar un tercio; asimismo, sentía una inmensa furia y un lamentable desamparo. Esta vez había sido diez... no, cien veces peor que la primera. Después de esto aceptaría la degradación con docilidad. Cualquiera cosa era mejor que verse obligado a ello.

Estuvo sentado toda la noche en un trance de horror.

Es ocasiones, no estaba seguro de quién era. Sólo sabía que estaba sospechando algo que él mismo no habría resistido. Alguien había aprendido un pavoroso secreto respecto a Brian. Con la mente ofuscada esperó la llegada del nuevo día.

Llovía menos y sólo compareció un plunp. El dios que era Brian pensó:

«Si sólo viene uno podré resistirlo. Ayer fue mucho peor.»

Pero el día siguiente vinieron cinco, y después, dos, y más tarde, tres... Y prosiguieron acudiendo cada día, cada vez más, a medida que avanzaba la estación y la lluvia se espesaba. Día tras día. Los Hrotys debían hallarse más que satisfechos.

Brian odiaba a sus adoradores de ojos vidriosos con un furor que al principio era asesino y que después se tornó interno. De poder moverse, habría hecho cualquier cosa menos deshidratar a los plunps; tal vez se habría matado. Acariciaba interiormente todos los detalles de su autodestrucción. No estaba bien decidido si terminaría con su vida mediante el cuchillo, el fuego o un veneno corrosivo. Deseaba el medio que más le doliese.

Desde un punto de vista, su ingeniosa preocupación con los detalles de su muerte era una bendición. Ello le impedía padecer la aprensión o la ansiedad de su creciente degeneración física. Su masoquismo era genuino; cada nueva evidencia de fallo —visión torpe, mala audición, hinchazón permanente— lo recibía con deleite. Incluso

podía recibir alborozado el servicio de deshidratación que los plunp requerían de él, puesto que era ésta la causa primordial de su degeneración. Esto, sin embargo, apenas se le ocurrió. La violencia a su ego era demasiado grande.

Pasó el tiempo. Llovió a raudales. A veces, veinte plunps se hallaban en la capilla, girando como embriagados, inexpresivos sus rostros. Después, a medida que los días se fueron, alargando, la lluvia comenzó a amainar. Hubo un día claro, luego otro y después dos seguidos. Llegaba el seco verano.

Los adoradores comenzaron a frecuentar menos la capilla. Y cuando venían, no estaban mucho tiempo. La gradual sequía de los tejidos de sus cuerpos por el calor del verano no los intoxicaba; les tornaba soñolientos. Ya no estaban interesados en los dioses, en la higroscopia ni en el ungüento amarillo. En realidad, empezaban a sestear.

Brian, al principio no se atrevía a creerlo. Pero cuando transcurrió una semana sin que se presentase un solo plunp para ser deshidratado, se sintió invadido por el mayor de los alivios. No habría más demandas. Los días eran ya más largos y brillantes. No habría más plunps.

Después, a medida que el aire se tornaba más seco, Brian descubrió que empezaba a encogerse.

No se alarmó, pero sí se sintió intrigado. Permaneció inmóvil en su rincón, con las piernas cruzadas bajo el cuerpo, pero cada día era más pequeño, más ligero, más seco, que el día anterior. Traspasó el punto de la estatura normal que tenía antes de que el mecanismo de la capilla lo cambiase, y siguió encogiéndose. Su piel comenzó a colgarle como a jirones.

Y seguía encogiéndose.

No estaba alarmado. Su preocupación era una emoción vaga solamente. Y a medida que transcurría el tiempo, en sus ideas se producían grandes lagunas llenas de voluptuosa negrura.

Lentamente comprendió que aquellas tinieblas mentales, aquella incesante y bienvenida aniquilación de su mentalidad, significaba la muerte. ¿La muerte? No las destrucciones agonizantes que había estado planeando, sino algo mucho mejor. Y se gozó en esta idea. Pero... (aún sentía cierta curiosidad)... ¿por qué?

Bien, supuso, los dioses no viven eternamente, y él se había esforzado hasta la extenuación al deshidratar a los plunps. Se había agotado por completo con esta operación, y la estación de sequía le estaba exterminando. Al año siguiente, los plunps —por primera vez en su agonía comenzó a reír—, al año siguiente los plunps tendrían que buscar otro dios.

Al fin se sentó en su rincón, del tamaño de un muñeco. Ya no oía, veía ni sentía. Su mente se había detenido. Estaba reducido casi a la nada; sus brazos y piernas eran más pequeños que huevos de zurcir. Ya no existía Brian.

De haberle quedado una chispa de ego para efectuar una declaración, habría jurado que estaba muerto.

Pero los plunps no corrían peligro inmediato de perder a su dios. Cuando llegara la estación de las lluvias, Brian despertaría de nuevo. Y una vez más se vería obligado a reemprender su forzado servicio hacia ellos.

Como adorado, como dios, a Brian le quedaba aún muchos años de acción higroscópica en favor de los plunps. Pero ahora era verano. Sincronizando con el ciclo de sus adoradores, el dios de los plunps también se estaba.

## *La mutación del hermano*

FRITZ LEIBER

*"Este relato de un nativo de Chicago, que es uno de los directores del Science Digest, es de los que pueden ocurrir cualquier día. Si son posibles la telepatía y el control a distancia de las mentes de otros seres, y no hay razón científica alguna para que no pueda ser así, esta narración resulta casi peligrosamente posible.*

*Tal vez ya haya ocurrido alguna vez. Quizá el final fue distinto del que se apunta aquí. ¿Cómo podemos saberlo? Tal vez nuestras desdichas y las del mundo entero sean debidas a haber vencido el Hermano Perverso.*

*Fritz Leiber empezó a publicar obras de anticipación y fantasía en 1939, con el apoyo del editor John W. Campbell, cuando otros muchos comenzaban a dedicarse a este aspecto de la literatura."*

La cabina del aeropropulsor de Steelton era como una enorme caja satinada, colgada milagrosamente en la noche. En el interior, el rugido de los motores quedaba suavizado hasta un ligero rumor. Los pasajeros dormitaban al leve resplandor de las amortiguadas luces, o conversaban en voz baja.

Reinaba comodidad en la cabina y el calor de la seguridad humana.

Pero Greer Canarvon apartó la vista de sus compañeros de viaje y contempló las nubes desgarradas que corroían impulsadas por el viento, iluminadas por una luna plateada. Se elevaban y disgregaban como monstruos sombríos, ya acercándose al avión, ya rasgando sus vestiduras a fin de dejar asomar a la luna por encima de las tierras yermas de Dakota.

Greer sabía que allí fuera se hallaba su verdadero linaje... con todo lo que es extraño, terrible y solitario. Con las fuerzas salvajes de la oscuridad y lo desconocido. Con todo lo que es anormal e inhumano, aunque lleve la máscara de la humanidad.

El hambre de hallarse con uno de su propia clase —hambre que jamás había satisfecho— se elevaba hasta el paroxismo.

Buscó en su bolsillo el radiograma, ya arrugado y marchito, aunque lo había recibido el día anterior.

#### CONSOL SKYGRAMS

Express Beam

N.<sup>a</sup> 3A-3077-B89.

9/7/1973

Greer Canarvon  
209 Buna Terrace  
Compton, Ohio.

Querido hermano:

Es hora de entrar en contacto. Si eres lo que creo, sabrás que no necesitamos hablar de esto. Tú y yo podemos entendernos. La dirección es 1532 Damon Place, Steelton. Si vienes, no te demores.

John Hallidane

El corazón de Greer latió con más fuerza, aquel corazón cuyos latidos siempre ponían un momentáneo fruncimiento de cejas de perplejidad en los semblantes de los médicos cuando lo auscultaban a través de sus estetoscopios. Buscó un cigarrillo, pero el paquete estaba vacío. Consultó su reloj de pulsera radiactivo. Media hora todavía para Steelton. Tal vez una hora para llegar a Damon Place.

Su único hermano. Su hermano gemelo. Y si era posible fiarse de los archivos del orfanato respecto a su asombrosa semejanza, su mellizo idéntico. La única persona en el mundo cuyos cromosomas y genes podían mostrar la pauta de aquella terrible

mutación.

Porque tenía que ser una mutación. No era imaginable que sus padres hubiesen poseído aquel poder, llevando una existencia tan mediocre como la anotada en las fichas. Casi tan imposible como que aquellas características hubiesen estado adormecidas en el plasma genético durante varias generaciones, sumergidas por otros factores dominantes, para cobrar nuevo impulso por un azar de apareamiento.

—Llego a casa un día antes para complacer a mi mujer —explicaba locuazmente uno de los individuos del asiento delantero—. Este asunto Castairs la tiene en vilo.

—Una ciudad bastante grande, completamente asustada —asintió el otro—. También yo me alegro de volver al lado de mi familia.

«Un hogar», pensó Greer con amargura. Todo lo familiar, lo grato, lo seguro, lo cierto... todo aquello de que él estaba ahora privado. Hubiera debido inclinarse hacia delante y susurrar confidencialmente:

—Hablando de sustos, caballeros. Sé con toda seguridad, que hay un monstruo a bordo de este avión.

Aunque en realidad su vida hogareña había sido completamente convencional y feliz. Sus padres adoptivos eran buenas personas; aparentemente, a este respecto, tuvo más suerte que John. Durante su infancia y su adolescencia sólo había tenido ligeros vislumbres de lo que algún día lo separaría de los demás. Los doctores fruncían el ceño al auscultar su corazón, y se mostraban extrañados ante el colorido de sus ojos y el tinte de su piel. Habían captado leves, fugaces impresiones de «diferenciaciones». Pero como eran doctores prácticos, se dijeron que su salud era buena, y no investigaron más. O tal vez, una especie de intuición que protege a los hombres del contacto con lo sobrenatural, les hizo abandonar su interés por el asunto.

A veces, Greer se preguntó, con un poco de miedo, si no habría en él algo diferente. Pero todos los niños piensan lo mismo.

Por otra parte, creció con buena salud, como un niño normal en un ambiente favorable. Sus ideales, sus propósitos y sus normas de conducta habían sido las de todos los niños que le rodeaban... tal vez algo mejores; ya que su padre adoptivo era un hombre muy recto.

Y mientras tanto aquel poder había ido creciendo lentamente en su cuerpo.

La cabina se balanceó ligeramente y el rumor de los motores adquirió un tono más profundo, como si un vasto órgano del espacio dejase oír las primeras notas de un espantoso prelude. Las nubes de reflejos plateados rodearon el aparato.

El conocimiento de su poder llegó con la rapidez del relámpago. Acto seguido, se presentaron las terribles jaquecas que le duraban semanas, y comprendió que algo raro le pasaba a su cerebro. Tal vez estuviera desarrollando un nuevo órgano para el que faltaba espacio en su cráneo.

Todas las características de un individuo, sea normal o mutante, están presentes

en su nacimiento. Algunas, como la sexualidad, vienen más tarde. Su poder era así.

Contempló las desgarradas nubes. Por un momento, parecieron estar ejecutando una danza salvaje, tal vez una invocación al espíritu del grotesco y desnudo paisaje que atravesaba el avión. Un terror de la anormalidad de su ser en el cosmos se apoderó de él. La evolución era un proceso inhumano, frío y pavoroso. La mutación actuaba por azar. No poseía normas ni planes. Usualmente, sólo convivía poco tiempo en un organismo normal. A veces, aunque raramente, traía una ligera mejoría. Pero podía dar origen... a todo.

Empezó a temblar. Su rostro era una contraída máscara. Automáticamente buscó un cigarrillo y recordó que el paquete está terminado y arrugado. Estaba asustado de su propio poder, completamente aterrado. Era una cosa inhumana, como una supervivencia de un mito o un sortilegio primitivo. Por esto no se había atrevido a confiárselo a nadie. Estaba lleno de inmensas y terribles potencialidades. Podía convertirlo en un rey... en algo más que un rey. Era un poder que podía utilizar. Le tentaba, y no sabía si siempre sería tan fuerte como para resistirse.

Debía hablar con alguien de este asunto. Antes de una hora estaría con su hermano. Entonces todo sería más fácil. Juntos podrían trazar un plan de acción. ¡Si al menos se hubiesen reunido antes...!

Greer no se enteró de la existencia de su hermano hasta más tarde. Cuando sus padres adoptivos se lo llevaron del orfanato, su hermano había sido ya adoptado por los Hallidane. Más adelante, sus padres adoptivos trataron de reunir a los dos hermanos, al menos en una visita; pero los Hallidane se negaron a tal sugerencia.

Había cosas que sus padres adoptivos no le contaron respecto a los Hallidane, cosas desagradables, que luego había ido descubriendo a través de sus recientes investigaciones en el orfanato. Cómo los Hallidane fueron acusados de negligencia y crueldad hacia su hijo adoptivo, aunque consiguieron escapar a toda acción legal. Cómo —último acto de lo que debió ser una tragedia doméstica— el padre asesinó a la madre y a continuación se suicidó.

Esto ocurrió un año antes. Después, el orfanato perdió toda huella de los Hallidane.

Durante un breve instante, las suaves luces de la cabina parpadearon. La luz de la luna atravesó una nube y transformó a sus compañeros de viaje en una compañía de fantasmas, rumbo a una vengativa misión.

Desde que Greer sabía que tenía un hermano gemelo, solía absorberse en interminables especulaciones respecto a aquél. Se imaginaba que su hermano hacía sus mismas cosas y pensaba lo mismo. El saber que era un mutante había cambiado aquellas especulaciones en un frenético deseo de contacto. Durante los últimos meses hizo todos cuantos intentos pudo para ponerse tras la pista de su hermano. Todos fracasaron. Y al final fue su propio hermano quien entró en contacto con él.

Evidentemente, John Hallidane había ignorado por completo que tenía un hermano gemelo, y lo descubrió por casualidad. Tal vez se había puesto recientemente en contacto con el orfanato.

Greer volvió a repasar el texto del radiograma. Entre aquellas líneas impresas leía cierta ansiedad. El mismo deseo por un ser semejante. El mismo temor de ser descubierto por los demás.

«Si eres lo que creo...»

La anticipación hizo de la mente de Greer una cosa penosa, vivida. Las especulaciones respecto a su hermano y a la existencia del mismo atravesaban por su cerebro antes de que pudiera captarlas por completo. Había mil cosas que necesitaba saber.

—Bien, llegaremos dentro de un par de minutos —observó uno de los hombres del asiento delantero, cogiendo su sombrero—. Entonces, podremos saber qué hay de cierto en el asunto Castairs.

Sólo media hora... ¡tal vez menos!

—No hay duda —replicó el otro individuo con una nerviosa risita—. Todo el mundo en Steelton debe hablar de lo mismo.

Cuando Greer dobló el radiograma se dio cuenta de que le temblaban las manos. Todo el cuerpo parecía zumbar... como una sensación de sofoco.

El ahogado rugido de los motores cambió de tono. Greer apretó el rostro contra los vidrios de la ventanilla. El avión volaba hacia un agujero entre dos nubes. A través de la grieta, logró divisar las calles y los torreones de Steelton. Un resplandor general y la ausencia de brillantes puntos de luz convertían a la ciudad en una población espectral.

Por un momento, sintió mucha menos emoción que espanto.

—Un paquete de Camdens —le pidió Greer a la joven del mostrador de tabaco, en la terminal de Steelton.

—¿Autoignitivos?

Greer meneó la cabeza. Mientras ella iba en su busca, el muchacho trató de analizar qué era lo que tanto le sorprendía en la conducta de los que lo rodeaban. Había algo raro en sus expresiones, algo tenso en sus movimientos. Eran como los maniqués robot que desfilaban ricamente ataviados en el escaparate de enfrente. El rumor de las conversaciones no era tan alto como debiera. La amplificadora voz del altavoz sonaba con toda claridad. Desde que aterrizó, el ambiente de aprensión fue tan palpable como la niebla. Steelton era como una ciudad que espera ser atacada.

Probablemente ello fuese solamente un reflejo de su propio nerviosismo.

Impacientemente, se volvió de cara al mostrador y captó la fija mirada de la

dependienta. Cogió el paquete que ella le entregaba. La joven sonrió, muy nerviosa. Cuando le dio el cambio, siguió contemplándole con atención.

Greer encendió un cigarrillo. Mientras tanto, prestó atención a la telepantalla.

—Esta noche el director de policía, Marly, aseguró a una comisión de ciudadanos de Steelton que es sólo cuestión de tiempo apresar a Robert Castairs. Todos los oficiales de policía están alerta, afirmó Marly. Hemos jurado a doscientos delegados. Nuestras redes están tendidas. Las horas de libertad de Robert Castairs están contadas.

De repente, Greer se dio cuenta de que el rumor de las conversaciones y el ruido de las pisadas habían cesado como por ensalmo. La chica del mostrador estaba contemplando la enorme telepantalla.

Y los demás la imitaban.

—Aprovechamos esta oportunidad para repetir una declaración anterior del jefe de la policía Marly —continuó el locutor—. Es deber de todo ciudadano ayudar a la ley a deshacerse de esta amenaza que pesa sobre Steelton. Robert Castairs es muy peligroso. Como lo demuestra demasiado bien la enorme tragedia del hogar de los Castairs, ese delincuente posee un perverso talento para congraciarse con sus víctimas y someterlas al poder de su voluntad. Si alguno ve a este hombre, debe informar instantáneamente a la policía.

Entonces, Greer vio en la pantalla, en cada detalle y en cada facción, un retrato de sí mismo.

Lo que sucedió a continuación a Greer le pareció que se desarrollaba lentamente. La dependienta se volvió hacia él. Su boca se abrió para gritar.

Pero el grito no surgió. Greer ejerció su poder. No veía sus pensamientos... pocas veces podía leer en el pensamiento. Se limitó a ejercer su poder. Y la joven permaneció inmóvil y callada.

Hundiendo la cabeza de modo que la cara le quedase oculta por el ala del sombrero, se alejó rápidamente. Sólo podría contener a la muchacha durante un centenar de pasos. Después...

Un individuo que llevaba una maleta negra lo miró fijamente, y volvió a mirarlo por segunda vez. Dejó caer la maleta. Se volvió hacia Greer, con las manos extendidas.

Pero no llegó a cogerlo. Bajo el control del joven, volvió a coger la maleta y prosiguió su camino.

Varias personas observaron el incidente. Miraron a Greer con curiosidad. Primero dos, luego tres, lo reconocieron como el individuo que acababan de ver en la telepantalla. No sabía a cuántos podría dominar porque nunca lo había intentado. Suponía que sólo a cinco o seis.

A sus espaldas sonó un penetrante chillido, cuando la dependienta de la

tabaquería escapó a su influjo.

De la manera como saltó la gente al oír el grito obtuvo una idea. Distracción. Había un joven que se acercaba con una chaqueta gris y un sombrero parecido al suyo. Cuando el número de personas que lo reconocían iba a llegar al límite de su poder de control, obligó al joven a echar a correr, y envió a tres personas detrás de él, gritando:

—¡Ahí va! ¡Ahí va!

Después, Greer prosiguió su marcha hacia la salida.

Se sintió profundamente satisfecho. Era agradable utilizar aquel poder sin tener tiempo de asustarse, de pensar las consecuencias. Anduvo despacio, escudriñando con la vista a la multitud para descubrir algunos signos de reorganización, a fin de poder controlarlos.

Detrás de él, hombres y mujeres volvían en sí con un sobresalto, al darse cuenta de que habían transcurrido varios segundos sin comprenderlo. Habían visto al archicriminal Robert Castairs. Habían estado a punto de hacer algo. Y de repente, aquél se había desvanecido... como si la vida fuese una película, y el operador se hubiese saltado un par de rollos. ¿Había sido una alucinación? ¿O qué clase de ser era Robert Castairs? Había relatos... historias con las que los periodistas mantenían al público en suspenso. En torno a sus corazones se extendían los retorcidos tentáculos de un frío terror.

La agitación fue siguiendo a Greer hasta la salida, como una ola que lamiese sus tobillos, aunque sin llegar jamás a saltar sobre su persona. Iba cambiando constantemente el control de un grupo a otro.

El joven de la chaqueta gris y del sombrero se acercó a una anciana a la que había empujado y comenzó a darle toda clase de excusas. Sus perseguidores se detuvieron a su alrededor, tan aturdidos como él. Los comunicadores individuales enviaron un alerta a la policía y los detectives se apostaron en la terminal, como un observador en la galería trata de adivinar la naturaleza de una conmoción.

Greer se aproximaba a la salida. Pero la agitación iba en aumento, centrándose cada vez a su alrededor, acosándolo. Lo estaban contemplando demasiadas personas. La situación comenzaba a ponerse más allá de su control. Si tenía que contener a una docena a la vez, no podría. Cinco o seis era el límite.

Cambió de táctica. Hizo que cuatro individuos formaran un cordón a su alrededor, escudándolo de la vista general. Les obligó a andar con ligereza, asumiendo expresiones de importancia oficial, a fin de que la gente se apartase a su paso.

En la puerta de salida se hallaban dos policías, uniformados en azul y plata, de ojos suspicaces. Pero cuando llegaron al alcance del poder de Greer, sus expresiones cambiaron, primero en inocuas, y después en deferentes. Le abrieron la puerta. Y Greer se deshizo de su cordón. Continuó manteniendo bajo control a los policías,

procurando mantenerlos en la salida para bloquear el paso de sus perseguidores.

Había un monotaxi que cruzaba por delante de la terminal. Lo llamó. Cuando subió al vehículo, éste se quejó bajo su peso. El monotaxi volvió suavemente a su equilibrio cuando se lanzó adelante.

Bajo su control, el conductor torció varias esquinas al azar, y al final se encaminó hacia la cita de Damon Place.

Como Steelton era una joven metrópoli, lo normal eran las luces indirectas. El resultado era una ciudad sin sombras, fantasmal, irreal, materializada en la noche. A Greer le pareció que había muy poca gente transitando por las calles. Y que ninguna vagaba al azar. Sus expresiones aprensivas eran más acusadas que las de la gente de la terminal.

El monotaxi ronroneaba como un gato. Greer se sintió caer hacia una dulce somnolencia. Había algo fundamentalmente odioso en el uso de la gente como muñecos. Uno no sabía cuándo debía parar.

¿Era esto lo que le sucedía a su hermano gemelo? ¿Había cedido a la tentación de usar su poder mutante para su propio engrandecimiento, utilizando a los demás como peones?

La mente de Greer descartó esta posibilidad. Probablemente, su hermano se hallaba en algún apuro por haber revelado imprudentemente su poder. Esto era bastante para que la gente le odiase a uno, fabricase histéricas acusaciones, y le achacase a uno toda clase de crímenes y delitos. ¿Qué cabía esperar de la gente respecto a un mutante con el poder de un directo control hipnótico?

¿Pero por qué el cambio de nombre de Hallidane a Castairs?

Trató de alejar las siniestras sospechas que asaltaban su cerebro. En parte por una irrazonable lealtad. En parte porque deseaba entrar en contacto con su hermano y no podía sufrir la idea de que algo se interpusiera entre ambos. La actitud de su hermano debía ser semejante a la suya.

Pasó un monocoche de la policía. Greer hundió la cabeza, sabiendo que, fuese cual fuese el embrollo en que se hallase su hermano, era también el suyo. Por el momento, en Steelton había dos Robert Castairs.

Naturalmente, Greer podía probar su identidad. ¿O no?

El pánico de Steelton era histérico, y todo el mundo era capaz de tirar primero y preguntar después. Y suponiendo que demostrase que era el hermano mellizo de Robert Castairs. ¿No significaría esto tener que eliminar a dos monstruos en lugar de uno?

Su hermano debía necesitar su ayuda desesperadamente. Ahora comprendía la última línea del radiograma:

«Si vienes, no te demores.»

El monotaxi llegó a un barrio residencial. Las casas estaban separadas de la acera por la protección de los árboles. Las luces disminuidas de la calle eran una contrapartida fantástica a los fríos rayos de la luz de la luna. A reducida velocidad, el motor estaba casi callado. Greer oyó una sirena que creció de intensidad y luego fue reduciendo el volumen. El rostro del conductor estaba plácido, pero pálido. Greer se estremeció, aunque era su propio poder el que controlaba al hombre.

Quieta, casi furtivamente, porque el conductor respondía al humor de Greer, el monotaxi se detuvo delante de una arcada en la que se leía, en reluciente metal, el número 1532.

Greer saltó al suelo, mirando extrañado a su alrededor. Algo parecía fuera de tono. No era la clase de barrio en que esperaba encontrar a su hermano.

En respuesta a su no formulada pregunta, el conductor se volvió hacia él. La luz de la luna blanqueaba el poco color que le quedaba en las mejillas. Pronunció sin acento:

—Sí, conozco este sitio. Es la residencia de los Castairs.

En aquel instante, el cerebro de Greer se oscureció con la nube telepática que le advertía que había mentes hostiles dentro de su radio de control.

Desde la arcada, y desde otra similar al otro lado de la calle, surgieron unos rayos de luz blanca, como relucientes espadas. Greer sabía que aquella luz serviría para trazar el curso de las balas que serían disparadas. Pero la advertencia telepática le concedió la fracción de segundo que necesitaba. Antes de que los dedos pudiesen apretar los gatillos, las mentes a quienes los dedos obedecían cayeron bajo su control.

Sin embargo, algo rozó su oreja con un débil silbido. Una momentánea incandescencia surgió de la acera cuando se hundió en el suelo una bala explosiva. Tal vez desde un tejado, a un centenar de metros, una linterna tan poderosa como un foco lo estaba buscando, inexorablemente determinada a trazar el curso de un segundo disparo.

Una vez más, como en la terminal, a Greer le pareció que todo se realizaba lentamente, con movimiento retardado. Su cerebro se hallaba lejos del alcance del policía del tejado. La distancia era excesiva. Y la linterna seguía buscándolo. Además; los músculos del joven no podrían hacerle moverse con la velocidad necesaria para desviarse a tiempo de la mortífera bala. El policía podría disparar al menos otras dos antes de que él llegase a cubierto. Quizá tres. Sólo podía hacer una cosa.

Casi antes de darse cuenta, los focos de los policías que se hallaban bajo su mando se reunieron, centrándose en la sola figura del tejado, una silueta recortada contra una tubería negra del calentador solar. Las pistolas aullaron al unísono. La solitaria linterna se balanceó salvajemente. Hubo una pausa. Después, se oyó el

choque de un cuerpo contra el pavimento.

Greer experimentó un espasmo de revulsión. Había ordenado un asesinato. El policía del tejado no tuvo ninguna oportunidad.

Sin embargo, mientras luchaba contra este sentimiento, mientras trataba de seguir manteniendo a los policías bajo su control, comprendió que no era sólo el impulso de salvación lo que lo había empujado.

Había una tarea que lo esperaba, una tarea que sólo él podía realizar. Había un monstruo suelto en Steelton, y la ciudad debía ser liberada de tal monstruo.

No sólo Steelton. El mundo entero.

En un solo instante, sus temores y sospechas se cristalizaron. Sólo la lealtad a su desconocido hermano y un tremendo deseo de tener un compañero de su propia especie, pudo cegarlo ante la obvia verdad.

¿Por qué su hermano le llamó a Steelton, «sin avisarle del terrible peligro en que se vería»?

Por un motivo, por uno solo: para que Greer Canarvon fuese eliminado. De este modo, Steelton pensaría que era Robert Castairs el muerto. Y su hermano podría seguir explotando su poder sin caer bajo sospechas, sin duda con más sutileza y precaución; pero con un peligro infinitamente mayor para la humanidad.

No era el odio el que inspiraba a Greer, sino una fría determinación. Ya tenía esbozado su plan. La policía que se hallaba bajo su control lo escoltaría a la Jefatura de Policía.

Sus pensamientos cruzaban por su cerebro a impresionante velocidad. Todo Steelton se hallaba entregado a la caza del hombre. Si la mente de su hermano trabajaba como la suya, sólo podía hallarse en un lugar.

Y si estaba en tal sitio, Greer conocía un medio muy sencillo para llegar hasta él.

Una vez más, las nubes se interpusieron entre la tierra y la luna. Por entre las calles solitarias, el monocoche fue corriendo hacia su destino, con la sirena lanzando su prolongado lamento. Greer iba sentado entre dos policías, y había otros dos en el asiento delantero. Para todo intento, era su prisionero.

Uno de ellos le iba contando la historia del caso Castairs. Sólo cierta falta de color en la voz indicaba que se hallaba bajo directo control hipnótico... inconscientemente, pero obediente a las órdenes mudas de Greer, tanto como el policía que conducía.

—Al principio, creíamos que se trataba de un vulgar ratero. Incluso cuando se produjeron varios suicidios no los relacionamos con él hasta más tarde. Algunas personas robadas afirmaban que sus cerebros estaban en blanco, usualmente mientras deambulaban por una calle muy transitada. Al volver en sí, medio bloque más allá, descubrían que todas sus joyas y pertenencias de valor habían desaparecido. Supusimos que eran unos distraídos y que el ratero se había aprovechado de su

embobamiento. Más adelante nos vimos obligados a cambiar de opinión; ya que en dos casos los testigos declararon haber visto cómo la víctima le entregaba al ladrón su cartera, por su libre voluntad.

—Casi al mismo tiempo, empezó una inexplicable serie de desvalijamientos de pisos. Los inquilinos iban a la puerta en respuesta a la llamada del timbre, sus mentes se ofuscaban, y cuando recobraban el conocimiento descubrían que la casa había sido desvalijada. Un periodista lo descubrió y empezó a desarrollar una historia respecto a un criminal que empleaba un gas misterioso que tornaba indefensas a sus víctimas. Los médicos de la policía no hallaron sostén para esta teoría.

El monotaxi torció peligrosamente por una esquina. Pero la voz continuó tranquila, monótona.

—Primero opinamos que los robos y los demás casos eran fingidos, para llevar a cabo un fraude contra las compañías de seguros o algo similar. Pero había demasiados casos, y era imposible fingirlos todos.

»Entonces vino a vernos una mujer con una historia que le había contado la joven Castairs. Los Castairs son los más acaudalados de la ciudad. La hija de la familia afirmaba que estaban siendo víctimas de un joven que se había instalado en su casa y pasaba ante las visitas como un pariente lejano. Controlaba sus cerebros, produciéndoles la pérdida de la conciencia y obligándoles a realizar lo que les ordenaba. Lanzó varias amenazas muy explícitas respecto a lo que les ocurriría si alguno se atrevía a contarle nada a nadie, no estando bajo su control. Todos estaban aterrados. La chica se hallaba también asustada, pero habló.

»Bien, ésta fue la extraña historia que nos contó la mujer. Era realmente asombrosa, como muchas de las acusaciones sin fundamento que llegaban hasta nosotros. Pero fuimos al hogar de los Castairs a investigar, llevándonos consigo a la mujer.

»La hija de los Castairs lo negó todo. Afirmó que la mujer se lo había inventado. Sí, su primo Robert estaba con ellos de paso, pero era un joven completamente respetable. Las acusaciones eran absurdas. Por aquel entonces ignorábamos que Robert Castairs se hallaba escondido en la estancia contigua.

»La joven hablaba con mucha tranquilidad, sin el menor indicio de temor en su voz. Por esto sonaba tan convincente. Fue la mujer la que se puso histérica.

»Pero como nos hallábamos en un callejón sin salida, destinaron un detective a seguir a Robert Castairs.

»Dos días más tarde, el detective encerróse en una habitación y se suicidó.

»Un auténtico suicidio con las puertas cerradas y una nota en su mano, con su propia escritura. No era posible ningún error ni falsificación. Pero... existía la coincidencia. El jefe de la policía, señor Marly, realizó algunas averiguaciones respecto a Robert Castairs. A la chita callando, naturalmente, porque los Castairs son

gente influyente, y si estaban bajo el poder de Robert era casi seguro que paralizarían todas las pesquisas.

»Gradualmente, sumando dispersos fragmentos de información, llegamos a la verdad. Los amigos de Castairs se quejaban de que toda la familia parecía de mal humor. En algunas ocasiones, usualmente estando presente Robert, se mostraban muy agradables... pero había algo raro en sus modales. Otras veces, parecían sentirse muy desdichados, como acosados por algún secreto que no se atreviesen a divulgar. Algunos amigos afirmaron haberse sentido incómodos en presencia de Robert. Por algún motivo que no acertaban a definir, lo temían. Un par afirmó haber sufrido lagunas mentales en casa de los Castairs.

»Un criado despedido nos contó una historia que demostraba que la palabra de Robert Castairs era ley en la casa.

»Intentamos averiguar su pasado y de dónde venía. Nos estrellamos contra una pared de piedra.

»Los hombres de negocio comentaban la manera cómo el viejo Castairs estaba modificando los asuntos financieros de su firma. Muchos pensaban que Robert era responsable de tales cambios.

»Mientras tanto, la ola de crímenes continuaba. Los delitos eran cada vez más atrevidos, como para satisfacer un capricho o hacer alarde de poder, y no sólo por afán de lucro. Parecía como si el criminal se divirtiese con sus víctimas.

»Después, se pasó una fotografía de los Castairs asistiendo a un acto social en las telepantallas. Uno de los testigos de un hurto anterior acudió a la policía e identificó a Robert Castairs como el joven a quien la víctima entregó su cartera.

»Esto era lo que estábamos aguardando.

»Tal vez Marly tenía una intuición de lo que podía suceder, ya que envió a media docena de hombre a efectuar el arresto.

»Bien... no envió bastantes. Dentro de la casa algo les ocurrió a sus cerebros. Se tornaron como locos... asesinos. Hasta ahora, esto se ha mantenido en secreto. Lo cierto es que se mataron entre sí. Al menos, se les encontró muertos con sus propias armas.

»Lo mismo les ocurrió a los Castairs, sólo que en ellos había indicios que apuntaban al suicidio.

La sirena aumentó de intensidad cuando el monocoche dobló hacia una calle brillantemente iluminada, pero a Greer les pareció que seguían abismados en las tinieblas. Su cerebro estaba tenso y helado. Recordaba cómo los padres adoptivos de su hermano, los Hallidane, habían muerto —una sórdida tragedia familiar—, asesinando el padre a la madre y suicidándose a continuación.

Suicidio... una especie de firma con que su hermano sellaba los crímenes.

Greer lo comprendía sobradamente. Conocía la tentación de utilizar a la gente,

después ir un poco más lejos... y un poco más. De haberse criado en el ambiente de su hermano...

John había puesto en pie de alarma a toda una ciudad antes de comprender que existían límites a esta clase de poder. Podría indudablemente huir de Steelton, pero siempre sería un delincuente con un récord criminal a sus espaldas. Era mucho más sencillo que Robert Castairs muriese.

Como asistiendo a sus propios pensamientos, Greer inclinó la cabeza. La historia extraída al detective había confirmado su idea respecto a la norma de conducta de su hermano. Cuando se enteró de su poder, se apoderó mentalmente de la familia más pudiente de Steelton y se mantuvo pegado a ella hasta el último momento. Ahora que no era más que un hombre acosado por toda una ciudad...

El escribiente de la Jefatura de Policía de Steelton levantó la cabeza para mirar a los recién llegados. Vio al prisionero y sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—Sí, hemos cogido a Castairs —le espetó uno de los detectives—. Vamos a llevarle ante Marly.

Anduvieron por un corredor, uno a cada lado del preso, y otros dos a su espalda, dispuestas las pistolas.

El escribiente los vio alejarse. No había creído jamás que atraparan a Castairs. Era imposible... si uno sabía cómo trabajaba la policía.

¡Y ahora se mostraban tan casuales con su victoria...!

Hasta más tarde no recordó que no le había advertido a Marly aquel suceso.

Greer sintió la tirantez creciente de sus músculos y su cerebro. Trató de alejarla, a fin de mantener su mente vacía de toda idea, para retenerla sólo concentrada en los cuatro hombres que lo rodeaban. Debía evitar que avisasen a nadie.

El corredor giró en ángulo recto. Greer ordenó a los cuatro hombres que se le adelantasen. Aquellos apretaron el paso en respuesta al apremio.

«Sólo un poco más, se dijo Greer, un poco más...»

Después, en una oscuridad mental, sintió un brillante resplandor, como una vivida luz. Le pareció que chocaba contra su mente en oleadas fortalecedoras y que le ordenaba a su cerebro que saltase adelante y se mezclase con la luz. Pero Greer resistió aquella orden.

Al frente, los cuatro policías atravesaron un umbral. Sobre la puerta una placaregonaba: «Jefe Superior». Más allá divisó una mesa metálica muy reluciente y un hombre rubicundo, de cabello gris, con dos policías uniformados sentados a su lado.

Pero detrás había otra persona. Como un espejo sutilmente distorsionado, Greer se contempló a sí mismo.

Sus sospechas eran ciertas. Su hermano había cometido la única cosa lógica que cabía esperar.

Esta noche la ciudad se había entregado a una caza del hombre... y era su

hermano quien la dirigía.

Y ahora, frente a frente con su mellizo, mente a mente, se sintió sobrecogido por la idea de lo que hubiera podido significar aquel encuentro en otras circunstancias, y vaciló largo tiempo en dar la orden que sabía tenía que dar.

Antes de que los hombres bajo su control pudieran levantar sus pistolas, se vieron detenidos por una oleada de fuego procedente de las armas del jefe de la policía Marly y los dos oficiales que estaban con él. La carne humana explotó de manera nauseabunda.

Entonces, por tercera vez aquella noche, el tiempo pareció retardar su marcha. Greer saltó a un lado. Fuera del radio de acción de las pistolas... pero sólo por un momento. Sabía que su turno era el siguiente. Trató de controlar a Marly y los otros dos policías. Lo mismo hubiera podido tratar de controlar a unas estatuas. Eran los muñecos de su hermano... no los suyos.

Oyó cómo moría en el corredor el eco de los disparos. Divisó unas volutas de humo que se escurrían por la puerta. Los segundos le parecían minutos.

Veía claramente el propósito de su hermano, lo leía directamente en su mente. El control del mundo. Y sería una cosa fácil... Sólo necesitaba someter a los hombres que controlaban la tierra, o a los que estaban en posición para controlarla... y luego dominarles a ellos.

Y Greer podría impedirlo si...

Si...

¡De pronto se sumergió en la mente de su hermano para controlarla!

Por un instante creyó haberlo conseguido. Luego, por un momento pensó que había fallado. La brillantez mental chocando con la brillantez mental, buscando la extinción. Sintió cómo la parálisis se apoderaba de sus músculos y las tinieblas rodeaban su cerebro. Gracias a un supremo esfuerzo, consiguió evadirse.

Pero lo que necesitaba era un compás de espera.

En el despacho de Marly, atronaron las pistolas.

Greer no necesitó mirar. Sintió cómo moría la mente de John.

Al resistir el ataque mental de Greer, su hermano se había visto obligado a libertar a sus muñecos.

Greer se preguntó si también él debía morir. También era un peligroso monstruo. Esta noche había asesinado a un hombre inofensivo y causado la muerte de otros cuatro.

Y no sólo había destruido al único de su especie en el mundo, sino al único ser con quien podía hablar de mente a mente y obtener respuestas. Ahora sufriría la oscuridad mental. La oscuridad mental de manera interminable.

Desde el despacho del jefe superior de policía se oyó una ahogada exclamación de asombro, estupefacción y aturdimiento.

Greer comprendió que si quería escapar tenía que actuar velozmente.  
Dio media vuelta para enfrentarse con su solitario destino.

## *Brigada de estudio*

F. L. WALLACE

*"Los biólogos afirman que la vida, en los planetas con atmósfera de oxígeno, en general, sigue una pauta evolutiva similar a la de la Tierra. Pero no hay ninguna razón para que los autores de obras futuristas o de anticipación tengan una mente tan limitada, especialmente cuando los biólogos no pueden demostrar su opinión. En la presente narración se nos ofrece un ejemplo de la amplitud mental biológica, tan amplia, que llega a ser un poco espeluznante. Si es posible la clase de vida que se desarrolla en el planeta Glade, y si Wallace tiene razón, tal vez sea mejor que la raza humana se quede en la Tierra y no se mezcle con nuevos y extraños tipos en período de evolución.*

*F. L. Wallace es tan reciente en el campo de la anticipación que su nombre ni siquiera aparece en el índice de las revistas de ciencia-ficción entre 1926-50. En 1952 y 53, sin embargo, publicó algunas de las mejores historias de anticipación de dichos años."*

La primera mañana que pudieron dedicarla por completo al planeta, el oficial ejecutivo salió de la nave. Todavía no había amanecido. El ejecutivo Harner parpadeó. Abrió desmesuradamente los ojos, y regresó al interior. Tres minutos más tarde, reapareció casi arrastrando en pos al biólogo.

—Anoche usted afirmó que no había ningún peligro —le recordó el ejecutivo—. ¿Sigue pensando igual?

Dano Marin lo contempló fijamente.

—Sí —su voz carecía empero de convicción y parecía embarazado. Se echó a reír nerviosamente.

—No es asunto de broma. Hablaré con usted más tarde.

El biólogo se quedó en la nave, viendo cómo el ejecutivo se dirigía a la hilera de dormidos colonos.

—Señora Athyl... —le gritó cuando llegó al lado de una mujer tendida en tierra.

La joven bostezó, se restregó los ojos, rodó sobre sí misma y se incorporó. Sin embargo, las ropas que hubieran debido tajarla no existían. Ninguna de las prendas que llevaba cuando se durmió. Adoptó la postura convencional de la mujer que se ve sin ropa, sin su consentimiento.

—No pasa nada, señora Athyl. No soy demasiado remilgado; pero opino que debería usted ponerse algo encima.

La mayoría de los colonos estaban ya despiertos. El ejecutivo Hafner se volvió hacia ellos.

—Si quieren ir a la nave en busca de algunas ropas, el comisario se encargará de procurárselas. Más tarde les daré todas las explicaciones posibles.

Los colonos se diseminaron. No sentían modestia, ya que de lo contrario no habrían sobrevivido a un año de travesía en una nave espacial. Sin embargo, era una verdadera sorpresa despertarse desnudo sin saber qué ni cómo les habían arrebatado las ropas durante la noche. Era una sorpresa que los desconcertaba.

De regreso a la nave, el ejecutivo Hafner se detuvo junto al biólogo.

—¿Alguna idea?

Dano Marin se encogió de hombros.

—¿Cómo puedo tenerla? El planeta es tan nuevo para mí como para usted.

—Seguro, pero usted es el biólogo.

Como único científico en una tripulación compuesta de rudos colonos y constructores, Marin tendría que contestar a un sinnúmero de preguntas que no pertenecían a su campo de acción.

—Seguramente insectos nocturnos —sugirió.

Era una respuesta muy floja, aunque sabía que una plaga de langostas puede asolar un maizal en poco tiempo. ¿Podían hacer lo mismo con las prendas de vestir sin despertar a sus poseedores?

—Investigaré el asunto —prometió—. Tan pronto como descubra algo se lo notificaré.

—Gracias.

Hafner lo saludó y pasó al interior de la nave.

Dano Marin se dirigió al grupo de árboles entre los que los colonos estuvieron durmiendo. Fue un error dormir allí, pero cuando formularon la petición no pareció haber ningún motivo para negarse. Después de dieciocho meses encerrados en la nave espacial todos deseaban gozar de aire fresco y sentir el susurro de las hojas de los árboles.

Marin inspeccionó el lugar. Ahora estaba desierto; los colonos, hombres y mujeres, estarían vistiéndose dentro de la nave.

Los árboles no eran muy altos y las hojas mostraban un color verde botella.

Ocasionalmente, unas grandes flores blancas brillaban a la luz del sol pareciendo mayores todavía. Aquello no era la Tierra y, por lo tanto, los árboles no eran magnolios. Pero le recordaron a Marin aquella especie de árboles, por lo que después siempre los denominó así.

El problema de la pérdida de la ropa era irónico. La Vigilancia Biológica nunca cometía el menor error, pero estaba claro que ahora acababa de cometerlo. Tenían alistado aquel planeta como muy conveniente para el hombre desde su descubrimiento. Pocos insectos, ningún animal peligroso, y un clima casi equiparable al de la Tierra. Lo habían denominado Glade porque era el vocablo que mejor le encuadraba<sup>[2]</sup>. Todo el terreno parecía ser, en efecto, un vasto y amable prado.

Evidentemente, algunas cosas del planeta la Vigilancia Biológica las había pasado por alto.

Marin se dejó caer de rodillas y empezó a buscar pistas. Si eran responsables los insectos, debería haber algunos muertos, aplastados por los colonos al rodar sobre sí mismos en su sueño. Pero no había ningún insecto, ni vivo ni muerto.

Se incorporó desalentado y anduvo lentamente por el grupo de árboles. Tal vez fuesen éstos. De noche podían exudar un vapor capaz de disolver el material con el que se fabricaban los vestidos. Difícil, pero no imposible. Aplastó una hoja entre sus manos y la frotó contra su manga. Un perfume penetrante, acre, pero nada más. Claro que esto no descartaba la teoría.

Contempló por entre los árboles el sol de color azul. Era más grande que el sol de la Tierra, pero estaba mucho más alejado, por lo que resultaba equiparable al de aquélla.

Estuvo a punto de observar los brillantes ojos que lo contemplaban desde la maleza. Estuvo a punto... pero no los vio. El dominio de la biología empieza en los límites de la atmósfera, e incluye la maleza y los animalitos que medran en la misma.

Se agachó. El animalito huyó chillando. Marin corrió a sus alcances hasta fuera

del límite de la arboleda. Cuando lo atrapó, los chillidos aumentaron de tono. Le habló suavemente y el terror declinó.

Mordisqueó alegremente la chaqueta de Marin cuando éste se lo llevó a la nave.

El ejecutivo Hafner miró la jaula con poca alegría. Era un animal vulgar, pequeño y parecido a un roedor. Su piel era parda y poco reluciente; la vellosidad rala. Jamás alcanzaría altos precios en el mercado de pieles.

—¿Podemos exterminarlos? —preguntó Hafner—. Localmente, claro está.

—No lo creo. Son ecológicamente básicos.

El ejecutivo lo miró sin comprender. Dano Marin le explicó:

—Ya sabe cómo actúa el Control Biológico. Tan pronto como se descubre un nuevo planeta, envían una nave con equipo especial. La nave vuela casi a ras del suelo y los instrumentos de a bordo recogen y graban todas las corrientes neurales de los animales de su superficie. Los instrumentos son capaces de formular distinciones entre las pautas característicamente neurales de todo lo que posee un cerebro, incluyendo los insectos. Además, poseen una buena idea de las especies de animales del planeta y su distribución relativa. Naturalmente, la brigada de vigilancia se lleva unos cuantos especímenes. Tienen que relacionar las diversas pautas con los animales vivos, de lo contrario la pauta neural sería meramente una mancha sin significado alguno en un microfilm. Esta vigilancia muestra que este animal es uno de las cuatro especies de mamíferos de este planeta. También es la más numerosa.

—Por lo tanto, si los exterminamos —gruñó Hafner—, otros vendrán procedentes de otras zonas.

—Muy probable. Hay millones de ellos en esta península. Naturalmente, si desea instalar una barrera a través del estrecho istmo que la enlaza con el continente, podremos eliminarlos localmente.

El ejecutivo volvió a gruñir. Una barrera era posible, pero representaba demasiado trabajo.

—¿Qué comen? —preguntó con truculencia.

—Por lo visto, un poco de todo. Insectos, frutos, fresas, nueces y granos —Dano Marin sonrió—. Supongo que son omnívoros, puesto que también se comen la ropa.

Hafner no le acompañó en la sonrisa.

—Creí que nuestra tela era a prueba de gusanos.

Marin se encogió de hombros.

—Lo es en los veintisiete planetas. Pero en el veintiocho acabamos de descubrir que estos animalitos poseen mejores ácidos digestivos, esto es todo.

Hafner pareció apenado.

—¿Pueden echar a perder las cosechas que hemos plantado?

—Yo diría que no. Pero también habría afirmado lo mismo de nuestras ropas.

Hafner tomó una decisión.

—Está bien. Usted ocúpese de los sembrados. Halle algún medio de mantenerlos alejados de ellos. Mientras tanto, que todo el mundo duerma en la nave hasta que construyamos los dormitorios.

Moradas individuales hubieran sido más apropiadas en la colonia, pensó Marin. Pero no era asunto suyo. El ejecutivo era un hombre que consideraba sagrado cualquier programa previamente establecido.

—El omnívoro... —empezó a decir Marin.

Hafner asintió con impaciencia.

—Siga con él —dijo y se marchó.

El biólogo suspiró. El omnívoro, realmente, era una extraña criatura, pero no de las cosas más importantes de Glade. Por ejemplo, ¿por qué había tan pocas especies terrestres en el planeta? Ni reptiles, ni muchos pájaros, y sólo cuatro especies de animales mamíferos.

Todos los planetas semejantes a éste mostraban una asombrosa variedad de vida salvaje. Glade, a pesar de sus condiciones ideales, no la había desarrollado. ¿Por qué?

Había pedido al Control Biológico este destino porque le pareció un problema interesante. Ahora, por lo visto, tenía que actuar como exterminador.

Sacó al omnívoro de la jaula. No eran inesperados los mamíferos en Glade. Un desenvolvimiento paralelo se cuidaba de esto. Dado un ambiente similar, suelen desarrollarse animales similares.

En los bosques de la última era carbonífera terrestre, existían seres como el omnívoro, el primitivo mamífero del que descendieron los demás. En Glade, no obstante, este desenvolvimiento no había tenido lugar. ¿Qué le impedía a la naturaleza explotar sus potencialidades evolutivas? Éste era el verdadero problema y no la forma de exterminar a aquellos animalitos.

Marin insertó una aguja hipodérmica en la piel del omnívoro. Éste chilló y después se relajó. Marin extrajo una gota de sangre del animal y lo devolvió a la jaula. Gracias a aquella gota de sangre se enteraría de muchas cosas y tal vez de la manera de exterminar la especie.

El oficial de Intendencia estaba gritando, aunque su vozarrón era ya bastante fuerte.

—¿Cómo sabe que son ratones? —le preguntó el biólogo.

—Mire —fue la seca respuesta del intendente.

Marin miró. La evidencia indicaba ratones.

Antes de que pudiera hablar se le adelantó el intendente.

—No me diga que sólo son unos animalitos parecidos a ratones. Los conozco. La cuestión es: ¿cómo podemos desembarazarnos de ellos?

—¿Ha probado el veneno?

—Dígame qué veneno he de emplear y lo emplearé.

No era una pregunta de fácil respuesta. ¿Qué podía envenenar a un animal al que jamás habían visto y del que nada sabían? Según la Vigilancia Biológica, dicho animal no existía.

Era un asunto sumamente grave. La colonia podía vivir de la tierra y así se esperaba. Pero aguardaban otro grupo de colonos para dentro de tres años. Y se suponía que la colonia tendría almacenadas gran cantidad de provisiones para alimentar a los que fuesen llegando. Si no conseguían guardar las cosechas ni los concentrados, la comida escasearía.

Marin se dirigió pensativamente al almacén. Era una construcción semejante a la de todas las colonias. Sin estética, y bastante achaparrada. Un suelo de tierra reforzado con unos muros muy gruesos y un techo de igual material. El conjunto estaba unido por un cemento molecular que lo tornaba prácticamente impermeable. Sin ventanas, sólo dos puertas. Ciertamente, era a prueba de roedores.

Pero un examen más atento reveló un fallo. El suelo era tan duro como el cristal, y ningún animal podía atravesarlo, pero como el cristal, también era frágil. Los constructores del almacén, evidentemente tenían prisa por regresar a la Tierra y se habían mostrado poco cuidadosos, ya que en algunas partes el suelo era demasiado delgado. Y bajo el peso del equipo almacenado, se había resquebrajado en algunos lugares. Un animal podía entrar, pues, en el interior, por alguna de aquellas grietas.

Era demasiado tarde ya para construir otro almacén. Aquellos animales semejantes a ratones estaban dentro y tenían que ser dominados donde estaban.

El biólogo se enderezó.

—Atrápeme unos cuantos vivos y veré qué puedo hacer.

Por lo mañana una docena de animalitos vivos fueron entregados al laboratorio. Parecían ratones.

Sus reacciones fueron muy raras. Ni uno solo parecía quedar afectado por el mismo veneno. Una mezcla que mataba a uno en unos segundos, dejaba a los demás vivos y sanos, y el veneno destinado a controlar a los omnívoros resultó completamente ineficaz. Los estragos en el almacén continuaron. Los ratones negros, blancos, pardos o grises, de colas cortas y orejas puntiagudas y largas, o al revés, continuaban comiéndose los concentrados y estropeando lo que no comían.

Marin conferenció con el ejecutivo, planteando el problema en sus principales líneas tal como lo veía, y comunicándole sus ideas respecto a lo que podía hacerse para combatir aquella plaga.

¡Pero no podemos construir otro almacén! —arguyó Hafner—. No al menos hasta que el generador atómico esté a punto. Y entonces, lo necesitaremos para otros fines —el ejecutivo apoyó la cabeza entre las manos—. Tengo otra solución mejor. Construir uno y ver como funciona.

—Yo había pensado en tres —opinó el biólogo.

—Uno —insistió Hafner—. No podemos malgastar el equipo hasta que sepamos cómo actúa.

Probablemente tenía razón. Poseían equipo, tanto como el que podían transportar tres naves. Pero cuanto más llegaba, más necesitaba la colonia. Y el resultado era que siempre andaban escasos de material.

Marin llevó la autorización al ingeniero. De camino, revisó sus especificaciones. Si no podía obtener lo que deseaba, tendría que conformarse con uno.

A los dos días, la máquina estaba lista.

La entregaron dentro de un pequeño cajón al almacén. Abrieron el cajón y la máquina saltó, plantándose en el suelo.

—¡Un gato! —exclamó el intendente, complacido. Alargó la mano hacia el peludo y negro robot.

—Si ha tocado usted algo que haya tocado también un ratón, retire la mano —le avisó el biólogo—. Reacciona tanto al olor como a la vista y el sonido.

El intendente retiró la mano apresuradamente. El robot desapareció silenciosamente hacia los montones de provisiones.

Al cabo de una semana, todavía quedaban algunos ratones en el almacén pero ya no constituían ninguna amenaza.

El ejecutivo llamó a Marin a su despacho, un edificio de baja construcción situado en el centro de la colonia. Ésta iba creciendo, asumiendo un aspecto de permanencia. Hafner estaba sentado en su silla y contemplaba el crecimiento con íntima satisfacción.

—Un buen trabajo contra la plaga de ratones —dijo.

El biólogo asintió.

—No fue malo, excepto que no hubiera debido haber ratones. La Vigilancia Biológica...

—Olvídelo. Todo el mundo comete equivocaciones incluso la Vigilancia —se inclinó hacia atrás y miró gravemente al biólogo—. Hay una tarea que necesito se lleve a cabo. Estoy corto de hombres. Si usted no tiene nada que objetar...

El ejecutivo siempre andaba corto de hombres, y así sería hasta que el planeta estuviese superpoblado, y aún entonces trataría de hallar a alguien que realizase el trabajo destinado a sus hombres. Dano Marin no era ningún subordinado de Hafner, sino el representante del Control Biológico en la expedición. Pero era una buena idea colaborar con el ejecutivo. Suspiró.

—No es tan difícil como piensa —le alentó Hafner, interpretando correctamente el suspiro. Sonrió—. Ya tenemos preparada la excavadora y quiero que usted la ponga en marcha.

Puesto que entraba en el cuadro de sus investigaciones, Dano Marin se sintió aliviado.

—Salvo comida, tenemos que importar la mayoría de nuestras provisiones —le explicó Hafner—. Es un largo viaje, y por lo tanto, nos interesa poder utilizar todo lo que podamos encontrar en este planeta. Necesitamos petróleo. Pronto girarán muchas ruedas y habrá que aceitarlas todas. Con el tiempo, instalaremos una planta sintética, pero si ahora podemos localizar algún nuevo producto en el suelo, será una gran ventaja.

—¿Presume que la geología de Glade es semejante a la de la Tierra?

Hafner agitó una mano.

—¿Por qué no? Es como un hermano mellizo de la Tierra.

«¿Por qué no? Porque nunca puede afirmarse mirando la superficie —pensó Marin—. Parecía como la Tierra... ¿pero lo era? Bien, ahora tenía la oportunidad de averiguar el historial de Glade.»

Hafner se puso de pie.

—Cuando esté preparado, un técnico le enseñará el manejo de la excavadora. Avíseme antes de irse.

No era una verdadera excavadora. No se movía ni desplazaba un solo gramo de tierra o roca. Era un medio para investigar el subsuelo, a bastante profundidad. Como un reptil enorme, bastante grande para que en él viviera un hombre sin grandes incomodidades durante una semana.

Llevaba un generador ultrasónico y un aparato para dirigir el foco al interior del planeta. También había un aparato de envío. El extremo de recepción empezaba con una gran lente sónica que captaba los sonidos del rayo reflejado desde cualquier distancia deseada, convertidos en energía eléctrica y después en una imagen captada sobre una pantalla.

A la profundidad de quince kilómetros, la imagen era algo borrosa, pero podían distinguirse los principales rasgos del estrato. A cinco kilómetros era mucho mejor. Podía captar el sonido reflejado por una moneda enterrada y convertirlo en una fotografía en la que podía verse la fecha.

Era para un geólogo lo que un microscopio para un biólogo. Como Marin era lo último, apreciaba esta analogía.

Empezó en la punta de la península y zigzagueó a su través, hacia el istmo. Metódicamente fue cubriendo todo el territorio, durmiendo de noche en la excavadora. A la mañana del tercer día, descubrió rastros de petróleo, y a la tarde localizó la fuente principal.

Probablemente habría pasado más deprisa por aquel lugar, pero tras descubrir el petróleo deseó realizar una investigación más detallada. Empezando por arriba, dejó que la imagen fuese mostrando los sucesivos estratos.

Era lo contrario de lo que debía haber sido. A los pocos palmos de profundidad, había multitud de fósiles, casi todos pertenecientes a las cuatro especies de

mamíferos. Un animal parecido a la ardilla y animales mayores, que pastaban, eran los habitantes de aquellas selvas. De los animales del llano, sólo vio a dos, cuyos tamaños oscilaban entre los más extremos de los moradores de la selva.

Después de los primeros metros de profundidad, que correspondían aproximadamente a veinte mil años, no halló ningún fósil. No, al menos, hasta que llegó a una profundidad que podía parangonarse con la última era carbonífera de la Tierra. Allí halló animales apropiados a tal época. A aquella profundidad y más abajo, la historia de Glade era semejante a la de la Tierra.

Intrigado, siguió investigando en una docena de lugares ampliamente separados entre sí. El resultado fue siempre el mismo: fósiles históricos en los primeros veinte mil años, y ninguno durante cien millones. Después, restos de un buen desenvolvimiento biológico.

En aquel período de cien millones de años, algo único había ocurrido en Glade. ¿Qué?

Al quinto día de su investigación fue interrumpido por el sonido de la radio.

—Marin.

—¿Sí? —giró un conmutador.

—¿Cuándo puede regresar?

Marin consultó el fotomapa.

—Dentro de tres horas. Dos si me apresuro.

—Hágalo en dos. No importa el petróleo.

—Lo encontré. ¿Pero qué ocurre?

—Lo sabrá cuando venga aquí.

A regañadientes, Marin guardó los instrumentos al interior de la excavadora. Le hizo dar media vuelta y salió a la superficie. La tierra se elevó a bastante altura y los animales huyeron chillando delante de aquel monstruo. Siguió avanzando. Si la arboleda era pequeña la rodeaba, de lo contrario la atravesaba, dejando a sus espaldas los troncos tronchados.

Detuvo el poderoso reptil al borde de la colonia. El centro de actividad era el almacén. Unas grúas entraban y salían, transportando las provisiones a una zona despejada del exterior. Halló a Hafner en una esquina de la construcción, hablando con un ingeniero.

Hafner se volvió en redondo.

—Sus ratones han crecido, Marin.

El biólogo bajó la vista. El gato-robot yacía en tierra. Se arrodilló y lo examinó. El esqueleto de acero no estaba roto, sino que lo habían doblado fuertemente. La dura piel de plástico estaba desgarrada y, en el interior, el delicado mecanismo estaba masticado hasta convertirlo en una masa irreconocible.

En torno al gato había ratas, veinte o treinta, muy grandes para el tamaño medio.

El gato había luchado, ya que los animales muertos estaban despanzurrados e increíblemente destrozados. Pero no había podido con todos sus enemigos.

La Vigilancia Biológica había afirmado que en Glade no había ratas. Claro que también afirmó que no había ratones. ¿Cuál era la clave de este error?

El biólogo se incorporó.

—¿Qué está haciendo?

—Construir otro almacén con suelos de tres palmos de espesor, como una construcción monolítica. Y trasladar allí todo lo que pueda.

Marin asintió. Era lo mejor. Naturalmente, se tardaría cierto tiempo y se consumiría energía, toda la que pudiesen extraer del nuevo generador atómico. Las demás construcciones tendrían que ser suspendidas. No era raro que Hafner estuviese enojado.

—¿Por qué no construir más gatos? —sugirió Marin.

El ejecutivo sonrió tristemente.

—No estaba usted aquí cuando abrimos las puertas. El almacén estaba atestado de ratas. ¿Cuántos gatos-robot harían falta, quince? No lo sé. Además, el ingeniero me ha comunicado que no tenemos bastantes piezas para construir más gatos. Tal vez sólo tres. Y éste que está en el suelo no puede repararse.

«No hacía falta ser ingeniero para verlo», pensó Marin.

—Si necesitásemos más —continuó Hafner—, tendríamos que sacar el computador de la nave. Y me niego a permitirlo.

Naturalmente. La nave era la única relación con la Tierra hasta que llegase la nueva expedición de colonos. Ningún ejecutivo permitiría que mutilasen su nave.

¿Pero por qué le había llamado Hafner? ¿Sólo para informarle de la situación?

Hafner adivinó sus pensamientos.

—De noche alumbraremos las provisiones que estamos sacando del almacén. Apostaremos guardias armados con rifles descargados hasta que podamos llevar la comida al otro almacén. Esto tardará unos diez días. Mientras tanto, nuestras cosechas maduran. Supongo que las ratas asolarán los sembrados en busca de alimentos. A fin de proteger nuestras provisiones futuras, tendrá que activar a sus animales.

El biólogo lo miró fijamente.

—Pero va contra los reglamentos soldar a ningún animal sobre el planeta hasta que se haya realizado una completa investigación sobre los posibles efectos.

—Lo cual tardará diez o veinte años. Éste es un caso de emergencia y yo soy el responsable. Se lo ordenaré por escrito, si quiere.

El biólogo se hallaba efectivamente entre la espada y la pared. Otra Australia infectada de conejos o el planeta del que los caracoles se apoderaban podía quedar asolado, pero él no podía hacer nada.

—No creo que sirvan de nada contra ratas de este tamaño —protestó.

—Usted obtuvo hormonas. Aplíquelas.

El ejecutivo le volvió la espalda y empezó a discutir con el ingeniero detalles del nuevo almacén.

Marin reunió todas las ratas muertas y las colocó en el frigorífico para posterior estudio.

Después se retiró al laboratorio y efectuó un curso de tratamiento para los animales domésticos que los colonos habían traído consigo. Les dio las primeras inyecciones y los vigiló celosamente hasta que hubieron superado la primera fase del crecimiento. Tan pronto como vio que sobrevivían, los alimentó.

Después se concentró en las ratas. Era sorprendente la gran variedad de tamaños. Por dentro, sucedía lo mismo. Poseían los órganos normales, pero las proporciones de cada uno variaban grandemente, mucho más de lo normal. Sus dientes no eran uniformes. Algunas tenían gruesos colmillos asentados en delicadas mandíbulas; otras, los tenían muy pequeños y no concordaban con su maciza estructura ósea. Y como especie, era la reunión de animales más diversos que pudiera ver un biólogo.

Puso sus tejidos al microscopio y comparó los resultados. Aquí había menos diferencias entre los distintos individuos, pero aún las suficientes para mantenerlo meditabundo. Las células reproductoras, especialmente, eran asombrosas.

Aquel mismo día, más tarde, sintió más que oyó el zumbido de la maquinaria de la construcción. Miró hacia fuera y vio una columna de humo elevándose al cielo. Tan pronto como la vegetación quedó chamuscada, el humo cesó y las olas de calor danzaron en el aire.

Construían en un altozano. Los pequeños animalitos que se arrastraban por la maleza atacaban los lugares más vulnerables: los depósitos de comida. No había maleza, ni una brizna de hierba en el altozano cuando los colonos terminaron su tarea.

Terriers. En el pasado eran los perros de caza de la era de la agricultura. Lo que les faltaba de tamaño lo tenían de ferocidad hacia los roedores. Habían aprendido sus mañas en los graneros y los campos y, por breve tiempo, lo estaban haciendo de nuevo en los mundos coloniales donde las condiciones se repetían.

Eran terriers los perros que habían traído los colonos desde la Tierra. Todavía eran rápidos, con las mismas disposiciones contra los roedores, pero ya no eran tan pequeños. Había sido una labor difícil, pero Marin había triunfado, ya que los perros no habían perdido ninguna de sus facultades a pesar de tener ahora el tamaño de un danés.

Las ratas se trasladaron a los sembrados de cosechas rápidas. Éstas estaban destinadas a los mundos coloniales. Podían ser plantadas, crecían y se recolectaban en unas cuantas semanas. Después de tales plantaciones, la fertilidad del suelo decaía

visiblemente, pero esto nada significaba en los primeros tiempos de colonización de un planeta cuya tierra estaba virgen.

La plaga de las ratas creció en los sembrados y los perros fueron soltados contra las mismas. Corrieron por los campos, cazando. Una embestida, un chasquido de sus mandíbulas, una cabeza que se bambolea, y la rata era arrojada a un lado, con la espalda rota. Después, los perros cazaban la siguiente.

Hasta el anochecer, los perros siguieron sus alocadas carreras, persiguiendo y destrozando. Por la noche estaban ensangrentados, la mayoría exhaustos. Marin los atendió con antibióticos, les vendó las heridas, los alimentó directamente en las venas, y les inyectó un somnífero estimulante, que al día siguiente los tuvo dispuestos a reanudar la batalla.

Las ratas tardaron dos días en aprender que no debían alimentarse de día. En menor número, acudieron de noche. Treparon a los tallos y mordisquearon los frutos. Después se dedicaron a los granos y verduras.

Al día siguiente, los colonos instalaron luces. Los perros corrieron también de noche para desanimar a las ratas, que todavía fueron bastante tontas como para dejarse ver a la luz del sol. Una hora antes del crepúsculo, Marin llamó a los perros y les indujo a un forzado descanso. Luego los sacó después de anochecer y los llevó, tambaleándose, a los sembrados. El olor de las ratas los reanimó; se mostraron tan ávidos como siempre, si no tan veloces.

Las ratas llegaron de los prados del contorno, no de una en una ni de dos en dos, como antes; esta vez iban todas juntas. Chillando y susurrando entre la hierba, avanzaron hacia los sembrados. Estaba todo muy oscuro, y aunque no podía verlas, Marin las oía. Ordenó que se encendieran todos los focos en los campos.

Las ratas se detuvieron ante aquella luz cegadora, y empezaron a dar vueltas inútilmente. Los perros aullaron. Marin los retuvo. Las ratas continuaron su marcha y Marin soltó a los perros.

Éstos atacaron, pero no se atrevieron a internarse entre el cuerpo principal de roedores. Atraparon a las extraviadas y forzaron a las demás a apretar su formación. Después, las ratas fueron virtualmente inexpugnables.

Los colonos hubieran podido chamuscar a las ratas disponiendo del equipo adecuado, pero no lo tenían ni lo conseguirían en varios años. Y aunque lo hubiesen tenido, el empleo de tal equipo habría perjudicado las cosechas, que deseaban salvar si podían. Lo mejor eran los perros.

La formación de ratas llegó al borde de los campos y allí se deshizo. Podían enfrentarse con un enemigo común permaneciendo unidas, pero la presencia de la comida les hizo olvidarse de su estrategia y se dispersaron, ya que el hambre es el gran divisor. Los perros saltaron gozosamente, emprendiendo su persecución. Cazaron a los roedores muertos de inanición, uno a uno, y los mataron sin compasión.

Cuando surgió el sol la amenaza de las ratas había terminado.

A la semana siguiente, los colonos recolectaron y almacenaron las provisiones, disponiendo inmediatamente otra cosecha.

Marin se sentó en el laboratorio y analizó la situación. La colonia iba de crisis en crisis, todas relacionadas con los alimentos. En sí, cada situación crítica, era de orden menor, pero todas juntas podían significar un fracaso. Carecían del material necesario para colonizar Glade.

La culpa parecía ser del Control Biológico; no habían comunicado la presencia de las pestes que dañaban las provisiones de alimentos. A pesar de lo que el ejecutivo opinase, la Vigilancia conocía su oficio. Si afirmaban que no había ratones ni ratas en Glade, era porque no había... «cuando se llevó a cabo la exploración».

La cuestión, pues, era: ¿cuándo y cómo llegaron al planeta?

Marin contempló la pared, desmenuzando varias hipótesis en su cerebro, y descartándolas al ver que carecían de sentido. Su mirada se trasladó desde la pared a la jaula del omnívoro, el ser del bosque en forma de ardilla. El animal más numeroso de Glade. Era algo que los colonos veían por doquier.

Y no obstante era un animal muy notable, más de lo que se había figurado. De aspecto insignificante, podía ser el más importante de los animales que el hombre había hallado en los diversos planetas explorados. Cuanto más lo contemplaba, más se convencía de ello.

Guardó silencio, observando al animal, sin atrever a moverse. Permaneció allí sentado hasta que oscureció y el omnívoro reemprendió su normal actividad.

¿Normal? El adjetivo no podía aplicarse a Glade.

El intermedio con el omnívoro le proporcionó una respuesta. Necesitaba otra; creía conocerla, pero le hacían falta más datos, más observaciones.

Instaló su equipo cuidadosamente en los límites de la colonia. Allí y en ningún otro lugar residía la información que necesitaba.

Pasó algún tiempo en la excavadora, comprobando sus investigaciones primitivas. Logró formar un cuadro completo. Cuando estuvo seguro de los hechos visitó a Hafner.

El ejecutivo estaba de buen humor, como resultado de la facilidad con que se desenvolvía, en general, la colonia.

—Siéntese. ¿Fuma?

El biólogo se sentó y aceptó un cigarrillo.

—Pensé que desearía saber de dónde vinieron los ratones.

Hafner sonrió.

—Ya no nos molestan.

—También he determinado el origen de las ratas.

—Están bajo control. Estamos triunfando en toda la línea.

«Al contrario», pensó Marin. Buscó un comienzo apropiado.

—Glade posee un clima y una topografía semejante a la Tierra —comenzó—. Así fue durante veinte mil años. Pero antes, unos cien millones de años antes, tuvo también un período comparable al de la Tierra.

Vio un interés sólo cortés en el rostro del ejecutivo, mientras le explicaba lo que era obvio. Bien, sí, era obvio, hasta cierto punto. Pero las conclusiones no lo eran.

—Entre un centenar de millones de años y veinte mil años atrás, algo ocurrió en Glade —prosiguió Marin—. Ignoro la causa; ésta pertenece a la historia cósmica y jamás lo descubriremos. Además, sea cual sea la causa (fluctuaciones en el sol, equilibrio inestable de las fuerzas internas del planeta, o tal vez un choque con una nube de polvo interestelar de densidad variable), el clima de Glade cambió.

»Cambió con una violencia inesperada y continuó cambiando. Hace cien millones de años, más o menos, había selvas carboníferas en Glade. Por ellos se arrastraban gigantescos reptiles semejantes a los dinosaurios y pequeños mamíferos. El primer gran cambio borró de la faz del planeta a los dinosaurios, lo mismo que en la Tierra. No exterminó a los más primitivos antepasados del omnívoro, porque éstos se adaptaron a los cambios.

»Permítame que le dé una idea de cómo cambiaron las condiciones. Durante unos años, una zona determinada era un desierto; después se convertiría en una selva. Más tarde, empezaba a formarse un glaciar. Y el ciclo volvía a repetirse, con grandes variaciones. Todo esto podía suceder (sucedió), dentro de un período que apenas abarcaba la existencia de un omnívoro. Y ocurrió muchas veces. Durante cien millones de años, aproximadamente, ésta fue la pauta de la existencia en Glade. Esta condición apenas servía para conservar los fósiles.

Hafner captó el significado de aquello y se mostró preocupado.

—Quiere decir que estas condiciones fluctuantes del clima terminaron hace veinte mil años, ¿verdad? ¿Pueden volver a empezar?

—No lo sé —confesó el biólogo—. Probablemente podrá predecirse si le interesa.

El ejecutivo asintió, mohíno.

—Sí, me interesa.

«Nos interesa a todos», pensó el biólogo.

—Lo interesante es que la supervivencia era difícil —prosiguió en voz alta—. Las aves podían volar y se marchaban a mejores climas, y algunas sobrevivieron. Y sólo una especie de mamíferos consiguió resistir.

—Sus hechos no son exactos —observó Hafner—. Existen cuatro especies, que van desde el tamaño de la ardilla al del búfalo marino.

—Una especie —repitió Marin, exaltado—. Son la misma. Si aumenta el alimento para los animales más grandes, algunas de las llamadas especies menores

crecen de tamaño. Al revés, si la comida escasea, la generación siguiente, que por lo visto puede producirse casi instantáneamente, adopta una forma adecuada a la provisión de la comida.

—Los ratones —articuló Hafner lentamente.

—Los ratones no existían cuando llegamos al planeta. Nacieron directamente del omnívoro semejante a la ardilla.

Hafner asintió.

—¿Y las ratas?

—Nacieron del siguiente tamaño mayor. Al fin y al cabo, estamos rodeados por el animal tal vez más difícil de exterminar de cuantos conocemos.

Hafner era un hombre práctico, acostumbrado a administrar colonias espaciales. Los conceptos no eran de su especialidad.

—¿Mutaciones, eh? Pero yo creía...

El biólogo sonrió. Una sonrisa sin humor apenas esbozada.

—En la Tierra serían mutaciones, transmutaciones, transformaciones. Aquí es meramente una adaptación normal de la evolución —movió la cabeza—. No se lo dije, pero los omnívoros, aunque puedan ser confundidos con animales terrestres, carecen de genes y cromosomas. Obviamente, han de tener herencia, pero no sé cómo la consiguen. Sin embargo, funciona, responde a las condiciones exteriores más deprisa que en cualquier otro ser conocido.

—Entonces, jamás podremos librarnos de estas plagas —admitió Hafner—. A menos, claro está, que exterminemos la vida animal del planeta.

—¿Polvo radiactivo? —inquirió el biólogo—. Han sobrevivido a cosas peores.

El ejecutivo consideró las alternativas.

—Tal vez deberíamos abandonar el planeta, cediéndoselo a estos animales.

—Demasiado tarde —replicó el biólogo—. Estarán también en la Tierra y en todos los planetas donde nos instalemos.

Hafner lo miró. Acababa de pensar lo mismo que Marin. Tres naves habían sido ya enviadas a colonizar Glade. Una se había quedado con los colonos, como un seguro de supervivencia por si ocurría algo imprevisto. Dos habían regresado a la Tierra para comunicar sus informes y detallar las provisiones y material que se necesitaba. También habíanse llevado especímenes del planeta.

Las jaulas se guardaban en lugares seguros. Pero podían derivarse de aquellos seres unas especies más pequeñas, que debían ya estar libres, sin ser detectadas, entre las mercancías de las naves.

No podían hacer nada para interceptar tales naves. Y una vez llegaran a la Tierra, ¿sospecharían algo los biólogos? No, durante largo tiempo. Primero aparecería una nueva clase de rata. Una mutación, naturalmente. Sin conocimientos específicos, no habría nada que relacionase la nueva especie con los animales apresados en Glade.

—Hemos de quedarnos —añadió Marin—. Tenemos que estudiarlos y hacer cuanto podamos.

Pensó en el vasto complejo de los edificios de la Tierra. Eran una inversión demasiado fabulosa para destruirlos y convertirlos en construcciones a prueba de ratas. Miles de millones de personas no podrían abandonar el planeta mientras se ejecutasen las obras.

Ellos tenían que quedarse en Glade no como una colonia, sino como un gigantesco laboratorio. Habían conquistado un planeta y perdido el equivalente de diez, tal vez más cuando las propiedades destructoras de los omnívoros fuesen finalmente comprobadas.

Una tos animal interrumpió los pensamientos del biólogo. Hafner alzó la cabeza y miró hacia la ventana. Con los labios contraídos cogió un fusil y salió. Marin lo siguió.

El ejecutivo se encaminó hacia los campos donde estaba madurando la segunda cosecha. Se detuvo sobre una loma y se arrodilló. Movié la palanca hasta «carga extrema», apuntó y disparó. Demasiado alto; no acertó al animal. Entre la verde vegetación apareció una nueva cinta de color castaño.

Apuntó con más cuidado y volvió a tirar. La carga surgió del cañón. Chocó contra la pata delantera del animal. La bestia saltó en el aire y cayó, muerta.

Se inclinaron sobre el animal que Hafner acababa de matar. Salvo por la falta de rayas, era una buena imitación de un tigre.

El ejecutivo le propinó un puntapié.

—Echamos a las ratas del almacén y se marcharon a los campos —murmuró—. Las arrojamos de los campos con los perros y se han convertido en tigres.

—Más fácil que con las ratas —le recordó Marin—. A los tigres es más fácil cazarlos.

Se inclinó sobre el perro descuartizado al que el tigre había sorprendido.

El otro perro llegó aullando desde el extremo más lejano del campo, adonde había huido aterrado. Era un perro muy valiente, pero no podía enfrentarse con aquel gran carnívoro. Sollozó y lamió la cabeza de su compañero.

El biólogo cogió el destrozado perro y se dirigió al laboratorio.

—No puede salvarlo —le gritó Hafner—. Está muerto.

—Pero no los cachorros. Es una perra —le explicó Marin—. Los necesitaremos. Las ratas no desaparecerán sólo porque haya tigres por aquí.

La cabeza le caía flojamente sobre el brazo y la sangre iba manchando su chaqueta. Hafner le siguió hasta la cima del altozano.

—Llevamos aquí tres meses —rezongó de repente el ejecutivo—. Los perros llevan sólo dos en los campos. Y sin embargo, el tigre estaba muy crecido. ¿Cómo puede explicarse esta anomalía?

Marin casi se doblaba bajo el peso del perro. Hafner jamás lo comprendería. Como biólogo, todas sus categorías estaban trastornadas. ¿Cómo lo explicaría la evolución? Era la historia de la vida orgánica en un mundo particular. Esto era la evolución. Más allá de este mundo particular, no tenía ninguna aplicación.

Incluso respecto al hombre había muchas cosas ignoradas, oscuras lagunas que no conseguían llenar las diversas teorías formuladas. Respecto a otros seres, naturalmente, su ignorancia no tenía límites.

El nacimiento era simple; ocurría en innumerables planetas. Seres herbívoros, fieras carnívoras... los animales más inverosímiles daban nacimiento a otras generaciones. Sucedió constantemente. Y los jóvenes crecían, se desarrollaban y se apareaban.

Recordó aquella noche en el laboratorio. Fue accidental... ¿pero y si hubiese estado en otra parte y no lo hubiese visto? No sabrían ni siquiera lo poco que sabían.

—Si el factor supervivencia —le explicó a Hafner— es alto y existe gran disparidad en los tamaños, el joven no necesita ser joven. Puede nacer tan desarrollado ya como un adulto.

Aunque no en proporción inicial, la colonia progresó. Las rápidas cosechas se tornaron más lentas y se plantó una selección más variada. Se construyeron nuevos edificios y las provisiones se almacenaron donde pudieran ser fácilmente inspeccionadas.

Los cachorros sobrevivieron y al cabo de un año eran ya adultos. Después de ser debidamente amaestrados, los soltaron en los campos donde se unieron a los otros perros. La batalla contra las ratas prosiguió, y al fin consiguieron dominarlas, aunque los daños fueron considerables.

El animal original, sin haber cambiado de forma, desarrolló un enorme apetito por la aislación eléctrica. No había ninguna protección excepto mantener la corriente en marcha constantemente. Incluso así se producían interrupciones perjudiciales, hasta que se localizaba el corte y la chamuscada carcasa era retirada. Los vehículos se guardaban estrechamente encerrados o aparcados, sólo en los edificios a prueba de ratas. Aunque la plaga no crecía en número, tampoco podía ser eliminada por completo.

Había bastantes tigres, pero eran grandes animales muy fáciles de abatir. Merodeaban de noche, de modo que se apostaron guardias en torno a la colonia durante todo el día. Cuando los focos no llegaban, se utilizaban los rayos infrarrojos. Tan pronto como llegaban los tigres, caían muertos. Excepto el primer día, no se perdió ni un solo perro.

Los tigres cambiaron, aunque no de forma. Exteriormente, seguían siendo los grandes y poderosos asesinos. Pero a medida que su matanza prosiguió, Marin observó asombrado, que la estructura orgánica interna se tornaba progresivamente

más joven.

El último que le llevaron para su examen era el equivalente a un cachorro recién nacido. Aquel diminuto estómago admitiría más fácilmente una ración de leche que de trigo. De qué manera obtenían aquellos animales la energía para la formación a voluntad de aquellos músculos era casi un milagro. Pero era así, y transcurrieron quince minutos antes de que el animal fuese abatido. No se perdió ninguna vida, pero la enfermería estuvo muy atareada.

Fue el último tigre que mataron. Después cesaron los ataques.

Transcurrieron las estaciones y no ocurrió ninguna novedad. Una civilización espacial o el fragmento representado por la colonia era excesivo para el ser al que Marin se había acostumbrado a llamar «omnívoro». Había surgido de un pasado cataclismo, pero no podía resistir el reto del nuevo ambiente.

O así parecía.

Tres meses antes de la llegada de los nuevos colonos, fue detectado un nuevo animal. Faltaba comida de los sembrados. No era otro tigre, ya que éstos eran carnívoros. Ni ratas, ya que los tallos quedaban destrozados de manera muy distinta a como lo hacían los roedores.

La comida no era importante. La colonia tenía un buen depósito. Pero si los nuevos animales significaban otra plaga, era necesario saber cómo afrontarla. Cuanto antes supieran qué clase de animal era, mejor sería la defensa que podrían presentar contra el mismo.

Los perros eran inútiles. El animal rondaba por los campos donde los perros eran soltados, pero no atacaban ni siquiera parecía conocer la existencia de aquellos.

Los colonos se vieron obligados a montar guardia de nuevo. Pero los nuevos animales los esquivaron. Patrullaron durante una semana sin obtener ningún resultado.

Hafner hizo instalar un sistema de alarma en el campo más frecuentado por el animal. También lo detectó, y el animal trasladó su campo de operaciones a un sembrado donde todavía no estaba instalado el sistema de alarma.

Hafner conferenció con el ingeniero, el cual construyó una alarma que reaccionaba a la radiación del cuerpo. La enterraron en el primer campo y la vieja alarma fue trasladada al otro.

Dos noches más tarde, poco antes de amanecer, sonó la alarma.

Marin se reunió con Hafner al borde de la colonia. Ambos llevaban rifles. Echaron a andar. El ruido de un vehículo podía asustar al animal. Dieron varias vueltas, acercándose al campo por detrás. Los hombres del campamento estaban alerta. Si necesitaban ayuda, la obtendrían al momento.

Se arrastraron silenciosamente por entre la maleza. El animal estaba comiendo en el campo, sin hacer ruido, pero lograron captar el leve rumor. Los perros no habían

ladrado.

Se fueron acercando. El sol azul de Glade brilló en el horizonte, iluminando su presa. El rifle cayó de la mano de Hafner. Apretó los dientes y volvió a cogerlo, apuntando.

Marin extendió el brazo.

—¡No dispare! —le susurró.

—Yo soy el ejecutivo y afirmo que es un ser peligroso.

—Peligroso —asintió Marin, aún en susurros—. Por esto no debemos disparar. Es más peligroso de lo que creemos.

Hafner vaciló y Marin continuó:

—El omnívoro no pudo contender con el cambio ambiental, y así se convirtió en ratón. Destruimos a los ratones y entonces se transformaron en ratas. Más adelante, éstas desarrollaron el tigre.

»El tigre resultó más fácil para nosotros, y aparentemente, los omnívoros cesaron en sus esfuerzos. Pero sólo por un breve período de tiempo. Se estaba formando otro animal, el que usted ve allí. El omnívoro tardó dos años en desarrollarlo... ¿Cómo? No lo sé. Se necesitaron un millón de años para desarrollarlo en la Tierra.

Hafner no abatió el rifle ni mostró deseos de hacerlo. Miraba por entre el alza y el punto de mira.

—¿No lo entiende? —le apremió Marin. Luego añadió—: No podemos destruir al omnívoro. Ahora ya está en la Tierra y en otros planetas, en los depósitos de nuestras grandes ciudades, enmascarado como rata. Y nosotros que no hemos sido siquiera capaces de exterminar nuestras propias ratas de la Tierra, ¿cómo podemos pretender exterminar al omnívoro?

—Mayor motivo para empezar ahora —se obstinó Hafner.

Marin logró bajarle el rifle.

—¿Son sus ratas mejores que las nuestras? —preguntó cansinamente—. ¿Vencerán sus pestes o las nuestras son más resistentes? ¿O harán la paz, se unirán y criarán entre sí, para presentar contra nosotros un frente unido? No es imposible; el omnívoro puede hacerlo si el aparejamiento intermedio es un factor de supervivencia.

»¿No lo ve? —añadió tras una pausa—. Hay una progresión. Después del tigre... esto. Si la evolución falla, si lo matamos, ¿qué creará a continuación? Con este ser podemos competir. “Pero es con el siguiente con el que no quiero enfrentarme.”

Los oyó. Levantó la cabeza y miró en torno. Lentamente, se fue alejando hasta una cercana arboleda.

El biólogo se incorporó y lo llamó suavemente. El ser se escurrió entre los árboles y se detuvo al llegar a una espesa sombra.

Los dos hombres dejaron sus rifles en tierra. Juntos se aproximaron a la arboleda, con las manos bien abiertas y separadas para mostrar que no llevaban armas.

El animal salió a su encuentro. Iba desnudo, ya que aún no había aprendido el valor de los vestidos. Ni tenía armas. Cogió una flor blanca de uno de los árboles y la enseñó como un mudo símbolo de paz.

—Me pregunto cómo será —musitó Marin—. Parece adulto, ¿pero es posible que ya lo sea? ¿Qué habrá dentro de su cuerpo?

—Yo me pregunto qué habrá dentro de su cabeza —reflexionó Hafner sarcásticamente.

Aquel animal se parecía mucho a un hombre.

**FIN**

# Notas

[1] En español en el original <<

[2] Glade en inglés significa ‘conjunto de prados escalonados’ (N. Del T.) <<